

International Best Seller

Un libro de la colección

Dina
Drake

CURANDO
el corazón

Un libro de
Dina Drake

Curando el corazón

© 2013, Dina Drake

© De los textos: Dina Drake

© Globex Editorial

MailBox 0475

Argleton, Lancashire, Angleterre.

.24 X 19 cm - 206713'58723095672304

Profesional Daway 371 42S | 22 / 68942J3123508FS

Publicado por EDITORIAL GLOBEX

Traductor : D. TEODORO LLORENTE

35-B4553BN65N-25357319

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma, sin el permiso de los editores.

3ª edición

Prologo

Adelyn Hamilton, inicialmente contratada como enfermera de Mason Russell, pronto se encuentra en una relación que va más allá de la mera atención médica. La conexión entre ellos crece, y cuando Mason le propone matrimonio, Adelyn, conmovida por la profundidad de sus sentimientos y la confianza que han construido juntos, acepta encantada.

Sin embargo, todo cambia cuando llegan a la idílica isla del Caribe para celebrar su compromiso. En este entorno exótico, Adelyn se encuentra con Preston Harvey, un enigmático y cautivador hombre que parece ocultar secretos bajo su deslumbrante fachada. La presencia de Preston despierta en Adelyn sentimientos y dudas que no había anticipado.

A medida que se adentra en la complejidad de su relación con Preston, Adelyn se da cuenta de que su compromiso con Mason no es tan sólido como pensaba. La atracción que siente por Preston y las nuevas perspectivas que le ofrece la isla hacen que Adelyn cuestione su futuro y sus decisiones. Atrapada entre el amor que ha conocido y la pasión inesperada que ha surgido, Adelyn se enfrenta a una decisión dolorosa pero inevitable. Finalmente, se da cuenta de que no puede seguir adelante con el matrimonio planeado con Mason. La revelación de sus verdaderos sentimientos y la necesidad de ser fiel a sí misma la llevan a replantear todo lo que había creído acerca del amor y el compromiso.

CAPITULO1

Por debajo de la terraza, el terreno se inclinaba en una suave pendiente hasta el mar. Pequeños montículos cubiertos de hierba, marcaban los límites de la playa y la blancura de la fina arena de coral producía un marcado contraste con el exuberante verdor que crecía, en algunas partes, a la orilla del agua. Las hojas de las palmeras se extendían airosamente y, cuando el sol del mediodía era insoportable, se convertían en una amable protección, mientras que los frondosos robles proyectaban su propia sombra sobre la laguna. Más allá de la playa, el agua encrespada, al golpear los arrecifes, producía un sonido que, desde la casa, se escuchaba como un trueno distante.

Era muy temprano y todavía el aire se notaba fresco a causa de la humedad de la lluvia que había caído antes del amanecer. Mas ya el calor del día empezaba a formar pequeñas espirales de bruma que se elevaban desde los árboles hacia el cielo, de un brillante azul dorado, y pronto el sol se colocaría sobre las montañas que se alzaban en el interior de la isla; entonces haría que las tortugas y cangrejos enterrados en la arena, buscaran lugares húmedos.

Una mujer bajaba la pendiente desde la casa, impaciente al no encontrar a su ocupante, y recorría con la vista las agitadas aguas de la laguna. Casi de inmediato, vio la cabeza oscura del que buscaba, a unos cuantos metros de la playa. El cuerpo de un hombre surgió de entre las olas y avanzó por las aguas poco profundas de la orilla. Había cierta distancia desde donde ella estaba, pero no la suficiente como para que no pudiera ver que estaba desnudo. Sus anchas espaldas indicaban que no había pasado sus días ocioso en aquel paraíso soñado, sino que había trabajado duramente para hacer productiva aquella plantación. Estaba muy bronceado y su cabello oscuro le había hecho pensar a ella en varias ocasiones, si sus ascendientes no habrían pertenecido a regiones aún más cálidas.

Apartó la vista y se volvió, sabiendo que ya la había visto. Él, con una toalla ciñendo sus caderas, caminó por la playa y se acercó a la rígida figura femenina, mirándola a la cara. Sus ojos verdes, tan peculiares, se mofaban de su evidente turbación.

— No deberías llegar sin anunciarte, hermana Evie, y no me digas que nunca me has visto nadar, porque no te creería.

— ¡No soy tu hermana! — contestó molesta. El hombre se encogió de hombros con indiferencia, mientras ella continuaba — . Te pedí que fueras anoche a la casa y no lo hiciste.

El hombre empezó a subir hacia la casa y ella tuvo que seguirlo.

— Tenía... un compromiso anoche.

— ¡Estuviste con la Robbins! — le acusó ella, frunciendo los labios con disgusto.

— ¿Me has hecho seguir? — le preguntó él suavemente. Las pálidas mejillas femeninas se sonrojaron.

— Por supuesto que no.

La expresión de él demostraba que no creía sus palabras.

Llegaron a la casa, un bungalow en realidad; la terraza se sostenía sobre postes y se

hallaba sombreada por un techo de hojas de palma. En el interior, las habitaciones eran las imprescindibles: una sala con sillones y libreros, una cocina comedor perfectamente equipada, y un dormitorio, con una cama individual y un armario.

Unos escalones de pizarra, al aire libre, conducían a la terraza, donde había dos sillas de mimbre y una mesa con cubierta de cristal, sobre la que se veía un vaso de jugo de naranja recién hecho, una rebanada de melón, pan, mantequilla y una jarra de aromático café. Todo aquello, pensó Evie, lo había dispuesto Freddie, el sirviente negro que vivía en una choza detrás del bungalow. Le debía la vida a su amo, pues lo había salvado de una pandilla de jóvenes bebedores hacía ocho años en la Martinica, y desde entonces vivía en la isla cuidando al hombre que consideraba su protector. A Evie, esta historia le parecía bastante desagradable y la presencia de Freddie la irritaba.

— Preston — dijo ahora nerviosamente, pero él hizo un movimiento negativo con la mano.

— Permíteme que me ponga algo de ropa — dijo con calma, indicándole que tomase asiento en una de las sillas de la terraza, antes de entrar en el bungalow.

Freddie se le acercó preguntándole si deseaba desayunar, pero ella se negó, hablándole con brusquedad, sin importarle los sentimientos del sirviente.

Es típico de Preston, pensaba con resentimiento, ignorar mi petición de ir a la Casa Grand, y después hacerme esperar, sin importarle que haya hecho el viaje hasta aquí sólo para verlo.

Cruzó las piernas y observó los óvalos escarlata de las uñas de sus pies. Le gustaba el color, aunque cuando el dependiente de la tienda de Soufrière se lo mostró, no le había causado muy buena impresión. Pero ahora advertía que hacía juego con la tela de su falda floreada de algodón, y era el complemento al color castaño oscuro de su cabello. "Lo probaré en las uñas de las manos, pensó, a papá le gustará", y entonces los motivos para hacer aquella visita apresurada se reafirmaron.

— ¿No te ha invitado Freddie a compartir mi desayuno?

Miró a Preston cuando se acercó, vestido con un par de vaqueros de algodón, como única indumentaria. El estado de los pantalones en nada disimulaba su indudable masculinidad y ella se vio obligada a mirar el medallón de bronce, suspendido de un cordón de cuero, que le caía sobre el pecho.

— ¿Llamas ropa a esas cosas? — preguntó para disimular la atracción que le producía, y él se encogió de hombros al sentarse en la silla, al otro lado de la mesa.

— Estoy seguro de que no has venido a discutir mi modo de vestir — replicó.

— ¡Papá vuelve a casa!

Él se limpió la boca con el dorso de la mano.

— Esas son buenas noticias. ¿Cuándo, hoy?

— ¡No! — replicó Evie, impaciente.

— Entonces, ¿por qué sudas?

— ¿Es necesario que uses metáforas tan burdas?

— ¿Es una metáfora? Creía que sudabas por estar allá en la playa — sus labios hicieron una mueca burlona — . ¿O era porque estaba desnudo?

— Todo lo limitas a términos físicos, ¿no es así? No se te puede ocurrir que pueda haber emociones más delicadas...

Calló, consciente de que él había dejado de prestarle atención. Preston lograba alterar

sus emociones y ella sufría la agonía de los celos, sabiendo que él prefería pasar las noches con Daxton Robbins y no con ella. Preston no sospechaba de sus celos; nunca debía sospechar... a menos que...

Un día, quizá, cuando ella fuera dueña de la isla... Pero eso todavía estaba lejano. Su padre era relativamente joven y, a pesar del ataque al corazón que lo había obligado a quedarse en Gran Bretaña más de lo previsto, pasaría mucho tiempo antes que muriera. Es más, estaba pensando volverse a casar.

Las manos de Evie temblaban en su regazo, al recordar la carta que había recibido la tarde anterior. Casi no había podido leerla, debido a la cólera que le provocó. Su padre le avisaba que durante su forzosa estadía en el hospital en Londres, había conocido a una señorita enfermera, más joven que la misma Evie, con la que se había comprometido. ¡Era algo inconcebible! ¡No podía pensar en casarse con una muchacha treinta años menor que él!

— Papá está pensando en casarse otra vez — dijo sin preámbulos a Preston.

Los peculiares ojos verdes del hombre mostraron una curiosidad indudable.

— ¿Casarse? — repitió lentamente — . ¿Con quién?

— Una chica — dijo Evie secamente, y viendo su gesto burlón, agregó de inmediato — . Una muchacha muy joven. Más joven que yo.

— Su enfermera.

— ¡Por Dios! — exclamó Preston, con cierta admiración — . ¡Bien, bien por el viejo Mason!

— ¿Es eso lo único que se te ocurre decir? — Evie lo miraba enojada — . ¡El viejo Mason debe estar chocheando, y tú lo sabes! ¿Qué chica de veinticuatro años estaría dispuesta a casarse con él? Sólo hay una razón, y está muy clara.

— ¿Cuál es...? — entrecerró los ojos.

— ¡Oh, no pretendas que no la sabes! — vociferó ella — . ¡Su dinero, desde luego! Preston cogió la cafetera y se sirvió.

— ¿Consideras que tu padre no tiene otra cosa que ofrecer a una mujer?

— ¿Qué otra cosa puede haber atraído a una mujer como esa?

— ¿La conoces?

— ¡Por supuesto que no! — Evie lo miró con resentimiento.

— ¿Cómo sabes, entonces, que no está locamente enamorada de tu padre?

— ¡Si hace escasamente un mes que la conoce!

— ¿Qué importa el tiempo? Puede haber sido una... atracción mutua.

— Tú tenías que decir eso, por supuesto — hizo una mueca desdeñosa — . Pero no se te olvide... toda nuestra situación aquí podría cambiar si papá se casa otra vez... ¡y tuviera un hijo!

— ¡Ah, ya veo! — sus ojos se entrecerraron irónicamente — . El viejo adagio... "¡Golpea antes que los demás te golpeen a ti!"

— Si tienes que ser tan crudo... sí — Evie se inclinó hacia él, ansiosamente — . Preston, ¿qué vamos a hacer?

— ¿Qué vamos a hacer? — terminó de beber su café y se recostó en la silla — . No me mezcles en tus planes. Si Mason decide cargar con una mujer, aunque sea una sanguijuela, ¿qué tiene que ver eso conmigo? Yo seguiré haciendo mi trabajo...

— Mientras ella te deje.

— No seas melodramática, Evie. Es poco probable que Mason me despida. Nadie haría

el trabajo con tanta eficiencia... ni con tanta honradez. Sabe que puede confiar en mí. Además, muchos de los negros no trabajarían con nadie más.

— ¡Estás muy seguro! — dijo ella con sarcasmo — . No se te ocurre pensar que papá puede concebir la idea de vender la isla, si... ¡si esa mujer decide que no quiere vivir aquí! Tú sabes que tuvo una oferta el año pasado, de esa compañía americana. Varios millones de dólares no se pueden dejar de tomar en consideración.

Los labios de Preston se apretaron; no había pensado en tal posibilidad.

Advirtiéndolo su gesto, ella se sintió contenta de haber acertado el blanco.

— ¿Por qué habría tu padre de decidirse a vender ahora, cuando siempre ha despreciado esos consorcios que compran las islas para convertirlas en falsos paraísos turísticos?

— Ya te lo he dicho... Esa mujer con quien piensa casarse es inglesa. ¿Qué le puede importar la isla? Si ella se casa con papá por su dinero, ¿cómo lo gastará viviendo aquí? Las tiendas de St. Germain no venden las cosas que querrá comprar.

Preston apartó la silla y se puso de pie, metiendo los pulgares en la cintura de sus pantalones, muy pensativo. Se recostó en el barandal de la terraza. ¡Aquella era su isla, tanto como de Mason Russell! ¿Cómo se atrevía a poner en peligro la única cosa que en realidad le importaba?

Se daba cuenta de que Evie lo observaba. Sabía que los motivos de la joven eran menos puros que los propios. Todo lo que él quería era libertad... supervisar la plantación, vivir allí, cerca del mar. Quizá su ambición era limitada, pero él ya había conocido bastante del otro mundo, cuando Mason lo envió al colegio y a la universidad en Gran Bretaña. No quería nada de aquella sociedad mediocre y presuntuosa, y había supuesto que Mason se retiraría...

¡Qué estúpido había sido! ¿No le había dado pruebas suficientes en el pasado para que no confiara en él?

Evie se levantó y se acercó a él.

— Preston — dijo con suavidad — . No te preocupes. Quizá nunca suceda. Tú sabes cómo es papá, que se aburre de las personas con bastante rapidez. Todo lo que tenemos que hacer es darle a entender que esa... esa mujer no le conviene, que nunca se sentiría bien aquí...

— Si lo que dices es cierto, quizá sea necesario — dijo sin emoción.

Evie se acercó más, de tal modo que sus brazos descubiertos rozaron su pecho.

— No se han casado todavía.

Preston no tuvo ninguna reacción por su cercanía, y sólo dijo, terminante:

— ¿Cuándo llegan?

— A principios de la semana que viene. Salen de Londres el lunes por la mañana y vuelan directamente a Saint Lucia. Pasarán allí la noche y reanudarán el viaje el martes por la mañana.

— El martes por la mañana — asintió — . ¿Y cómo está tu padre? ¿Dice que ya se encuentra bien?

— Asegura que nunca se ha sentido mejor. ¿Puedes creer eso? ¡Un hombre de su edad! ¡Y hace tan sólo cuatro semanas que sufrió un ataque!

— ¡Oh, dicen que el amor todo lo puede! — se burló con aspereza.

— ¡Bien! ¿Qué es lo que piensas? — refunfuñó Evie.

— Se está haciendo tarde. Creo que ya es hora de irme a la plantación.

— ¡Maldita sea, Preston! ¡Debe haber algo que podamos hacer! — exclamó ella, agitada.

— Déjame a mí, ya lo pensaré — Preston se encogió de hombros.

— ¿Lo harás? — lo miró, ansiosa.

— Ya lo he dicho, ¿no?

— ¿Vendrás a cenar esta noche?

— Creo que no — Preston hizo una mueca.

— ¿Por qué no? — preguntó Evie, pues estaba segura de que ahora él aceptaría.

— No creo que tu padre lo aprobara — respondió con lentitud burlona — . ¡Tú cenando con su empleado! No, no creo que eso le gustara.

— Eso es sólo una excusa. — Los labios de Evie temblaban de cólera.

Preston la miraba con afabilidad.

— No insistas, hermana Evie. Ahora, vete a la Casa Grand mientras yo me voy a trabajar para que no falte el pan en la mesa del patrón.

Ella apretó los puños y se alejó, bajando los escalones. Con paso airado se perdió por entre los árboles; su falda era una llama brillante sobre el verde follaje.

El sol era más intenso cuando Preston salió del bungalow y se sentó ante el volante de su polvoriento Jeep, que era su único medio de transporte. La isla, conocida con el nombre de Paradis, presumía de tener pocos coches, pues la mayoría de sus habitantes se conformaba con tener un carro tirado por mulas, una bicicleta o simplemente con caminar. Tenía veinticinco kilómetros de largo y unos diez de ancho y Preston necesitaba el Jeep para supervisar la plantación. Echándose su sombrero azul de algodón hacia atrás, hizo girar el vehículo, dirigiéndose por el accidentado camino hacia el pueblo.

El puerto de St. Germain era la única parte de la costa accesible por el mar. Doscientos años antes, un corsario francés había volado el arrecife, haciendo un agujero, por donde podían entrar embarcaciones más grandes que las canoas originalmente usadas por los indios caribeños, y su posición estratégica en un tiempo, había sido la manzana de la discordia entre ingleses y franceses. Los caribeños habían sido vencidos y en el pequeño pueblo que bordeaba el puerto, todavía se dejaba sentir la influencia anglo-francesa. A pesar de las casas pintadas, las tiendas y almacenes inundados con artesanías nativas, la belleza de sus arbustos florecientes y sus hermosas enredaderas, St. Germain no tenía hoteles y Mason Russell lo había mantenido así. Dueño, gobernador, político, él había logrado mantener Paradis tal y como había sido siempre, y sus raíces familiares podían remontarse hasta los primeros pobladores. No era que se investigara muy a fondo los antecedentes de nadie en la isla, pero Russell mismo había prohibido cualquier discusión sobre cierta sirvienta cuarterona que viviera en la Casa Grand durante los primeros años del siglo diecinueve.

La plantación se extendía de una orilla de la isla a la otra. Se dedicaba principalmente al cultivo de la caña de azúcar y a cada uno de sus trabajadores, se le daba cuatro kilómetros cuadrados de tierra para que hiciera sus propios cultivos. A Russell le agradaba pensar que él era un patrón generoso. Había un hospital decente en St. Germain y un colegio para los habitantes más jóvenes. Además de los Russell y el mismo Preston, había sólo otra familia de blancos en la isla, la de Zachary Burns, que administraba el hospital con su esposa Cerys, que era su ayudante. Tenían dos hijos: un niño, Randy, de catorce años y que asistía al colegio fuera de la isla, en Martinica, y

una niña, Annette, de seis años, que recibía clases de Raelyn Walters, una muchacha americana. El resto de la población era una mezcla de gente mestiza y de color, con un ligero tinte de chino e indio, excepto Lara Fowler, que dirigía el colegio, y a quien nadie se atrevía a catalogar.

La plantación de azúcar de los Russell se encontraba en las afueras del pueblo. Preston estacionó su Jeep cerca de los almacenes y se dirigió a la pequeña oficina del segundo jefe, Jayden Robbins. Este levantó la vista y le sonrió a Preston, quien le devolvió el saludo distraídamente antes de sentarse en un sillón de cuero, ya muy usado, ante el escritorio.

Jayden terminó de anotar las facturas y, levantándose, se dirigió a donde estaba la cafetera. Era un hombre en la treintena, cinco años mayor que Preston, pero su piel era más oscura que la de éste. A pesar de todo, podía pasar por blanco y Preston en varias ocasiones había especulado acerca de cuál de los antepasados de Russell sería responsable de aquella rama en particular de la familia.

— ¿Sucedó algo malo? — preguntó Jayden, colocando una taza de café sobre el escritorio de Preston, quien la aceptó, dándole las gracias.

— Evie ha venido a verme esta mañana.

Los ojos oscuros de Jayden tuvieron una expresión comprensiva.

— ¡Ah! — dijo — . No está contenta de tu relación con Daxton.

— ¡No! — Preston estaba impaciente — . ¿Crees que me importa lo que ella piense? Si yo prefiero ver a tu hermana en mis horas libres, ¿crees que Evie lo puede impedir?

— Yo sólo pensaba... — Jayden se mostró desconcertado.

— Lo sé, y siento haberme alterado. Pero no tiene nada que ver con Daxton. Mason vuelve a casa.

— Entiendo. ¿Se ha recuperado?

— Aparentemente — Preston hizo una mueca de pesar — . Se podría decir que... demasiado bien.

— ¿Qué quieres decir?

— Trae a una chica con él, su enfermera. Según Evie, tienen pensado casarse.

— ¡No! — exclamó Jayden — . El señor Russell... debe tener... debe tener...

— Cincuenta y seis, lo sé — dijo Preston con firmeza — . Y esa joven parece que tiene unos veinticuatro.

Jayden lanzó una exclamación de asombro.

— Pero... — se calló de repente, pero Preston adivinó lo que había estado a punto de decir.

— Lo sé. ¿Por qué ha de querer casarse una muchacha de veinticuatro años con un hombre de cincuenta y seis? La teoría de Evie es que sólo está interesada por su dinero. Y, por lo tanto, ¿será feliz viviendo aquí en Paradis, que no cuenta con comodidades a las que estará acostumbrada?

— ¿Quieres decir... que pudieran vivir en otro lugar? — se aventuró a decir Jayden con lentitud — . Con seguridad, Preston, eso sería mucho mejor. No necesitamos a Russell para manejar la isla. Lo has hecho bastante bien mientras él ha estado enfermo, y sabes, igual que yo, que la contribución de Russell en años anteriores, ¡ha sido insignificante!

— ¡Vamos! — los labios de Preston se contrajeron con nerviosismo — . Eso que estás diciendo es anarquía, querido amigo.

— No me importa. ¡Es la verdad! — exclamó — . Y Russell sabe esto tan bien como yo.

— Las mejillas de Jayden se colorearon.

— Bueno... quizá. Pero lo importante no es si tú o yo manejamos la plantación. La preocupación de Evie va en un sentido completamente distinto. Teme que su nueva mujer pueda convencer a Mason de vender la isla.

— ¿Venderla? — preguntó Jayden, asombrado — . Pero, el año pasado...

— El año pasado no pensaba casarse. ¿Quién puede adivinar de lo que esa mujer puede convencerlo?

— Tú no crees que lo haga, ¿o sí? — Jayden se apoyó en el escritorio.

— No lo sé — Preston tomó otro sorbo de café — . No lo sé.

— ¡Casarse! ¡A su edad! — insistía Jayden — . ¿Quién es ella, cómo se llama?

— Sé tanto como tú. Ella lo cuidó en el hospital en Londres. Eso es lo único que te puedo decir.

— ¡Dicen que no hay mayor tonto que un viejo tonto!

Preston asintió, terminando de beber su café.

— Bueno... — dijo, tomando el libro mayor — . ¿Revisaste la mercancía de Kamal Chemicals?

— Sí — Jayden se mordió los labios — . Me... me imagino que debemos demostrarle a Russell que sería un tonto si vendiera la isla.

— No nos imaginemos cosas, Jayden. Tú sabes tan bien como yo que el sembrar caña de azúcar es un negocio precario, actualmente. El mercado mundial de azúcar está cambiando. La gente joven prefiere irse a buscar trabajo en Martinica; tarde o temprano, no tendremos hombres que cosechen nuestros campos.

— Hablas con mucho escepticismo — protestó Jayden con tristeza — . ¿Quieres que Russell venda?

Preston no le contestó; miró a Jayden de tal modo, que éste se sintió incómodo.

— Te sugiero que hablemos de algo menos confuso — le dijo bruscamente, y Jayden se dejó caer entonces sobre la silla de su propio escritorio.

Pese a que la mente de Preston estaba ocupada contabilizando los sacos de cal almacenados, su subconsciente calibraba todas las consecuencias que la acción de Mason pudiera tener para todos ellos. "Maldita sea Evie, pensaba enfurecido, por sembrar la duda en mi mente. ¿Y qué diablos espera que yo haga? ¿Amenazar con dejar mi trabajo? Mason podría encontrar a otra persona. Jayden, quizá. O Carlos, ese negro imponente que puede hacer el trabajo de media docena de hombres. ¿O espera que yo seduzca a la muchacha, destruyéndola tanto a ella como a mí mismo?"

De un tirón abrió el cajón del escritorio y sacó una caja de puros. Se puso uno entre los labios, lo prendió e inhaló profundamente. El tabaco aromático relajaba la tensión que experimentaba. Quizá todos estaban siendo innecesariamente pesimistas. El mismo se dejaba influir por los celos de Evie, preocupada siempre por cualquiera que amenazara su posición; llevaba siendo la dueña de la Casa Grand mucho tiempo y no estaría de acuerdo en que usurparan su autoridad.

CAPÍTULO 2.

El piloto dijo que estaba lloviendo en Saims, y el avión descendió en medio de nubes muy bajas, para salir por encima de una playa tan blanca, que Adelyn no podía creer que fuera real. Habían volado hasta entonces sobre un océano color turquesa, con una cadena de islas que parecían tan pequeñas desde el aire, que era difícil creer que alguien viviera en ellas. De repente estuvieron sobre Saint Lucia, y a lo lejos, a la izquierda, se hallaba la pista de aterrizaje del aeropuerto internacional Vigie.

— Esa es la playa Vigie — dijo Mason, inclinándose sobre ella para señalarle los hoteles elegantes que daban al mar — . Y más allá... puedes ver los picos gemelos de Gros Pic y Petit Pic, las señales de la isla.

— Pic — repitió Adelyn, frunciendo el ceño — . Eso quiere decir pico, ¿no es cierto? Creo que mi francés ya no es lo que solía ser.

— El pico grande y el pico pequeño — explicó, sonriéndole y ella desvió la mirada para volver a observar por la ventana.

Había sido un vuelo largo, aunque no estaba cansada. Notaba que Mason empezaba a parecer un poco agotado, pero no era sorprendente. Había sido su día más activo desde que saliera del hospital, y la excitación de regresar a casa empezaba a mostrar sus efectos.

Afortunadamente, su preocupación por Mason había logrado borrar sus propias inquietudes por haberlo acompañado, y estaba muy contenta porque pasarían la noche en un hotel de Saims antes de seguir a Paradis. Este nombre la intrigaba. A pesar de sus inhibiciones, no podía negar la agitación que la embargaba, al pensar que pasaría el resto de su vida en una parte del mundo que siempre le había fascinado. Miró la mano de Mason descansando posesivamente en su hombro y dio un hondo suspiro. Ella lo haría feliz, se dijo, ignorando la mirada especulativa del sobrecargo de primera clase, que no había dejado de mirarla durante todo el vuelo. Si pensaba que había algo raro en la relación entre un hombre de mediana edad y una chica tan joven, allá él.

Las formalidades del aeropuerto terminaron pronto y un lujoso coche con chófer los llevó a la capital de la isla, a unos cuantos kilómetros de distancia. Pasaron por la playa y Adelyn quedó sin aliento al ver el hermoso mar, cuyas tonalidades iban desde el verde más oscuro a un ópalo translúcido, y las verdes montañas detrás del pueblo, tupido de vides y palmeras de coco.

Mason, como de costumbre, recostado en su asiento, parecía bastante contento de verla, disfrutándolo todo con excitación. Para él era suficiente saber que ella lo acompañaba, y las muestras de evidente admiración que le prodigaban lo llenaban de satisfacción, por estar junto a una mujer tan hermosa. Al principio, a Adelyn no le había gustado este aspecto de su relación, pero al conocerlo mejor, comprendió que nacía de un sentido innato de inseguridad. Para ella, su compañía poco exigente suponía seguridad y era un gran alivio estar libre de las torpes insinuaciones de los hombres de su misma edad con quienes había salido. Su belleza no la hacía presumida y estaba cansada de defenderse de conquistas no deseadas. Pensaba si sería frígida, cuando conoció a Mason, y su encanto y finos modales pronto la conquistaron, haciéndola

comprender que por primera vez en su vida se sentía mimada, querida, y lo más importante, respetada.

Desde luego, la dirección del hospital no lo había aprobado. Las enfermeras sabían que no debían relacionarse íntimamente con sus pacientes, y su amistad con Mason se había iniciado bajo la mirada de águila del doctor encargado del caso. No la ayudó en nada el hecho de que el doctor en cuestión, Jake Cunningham, se sintiera atraído por ella, pero Mason había sido más que enérgico con los directivos. Tan pronto como fue posible, se cambió del hospital a una clínica, llevándose a Adelyn como su enfermera particular. Todos le dijeron que era una tonta, que se arrepentiría de dejar su puesto permanente, y que cuando él regresara a su casa en las Antillas, le sería difícil encontrar otro empleo. Pero algo le había hecho seguirlo y ahora ella sabía que era amor lo que sentía hacia el hombre que sería su esposo.

En el hotel, que daba al puerto, Adelyn insistía en que Mason se fuera directamente a la cama.

— Ha sido un día muy largo y fastidioso. Debes conservar tus fuerzas.

— No soy un niño, Adelyn — Le aseguró, pero empezó a desvestirse obediente y ella fue a sacar las medicinas de la bolsa.

Cuando regresó, ya se había puesto el pijama. Era un hombre corpulento, pero durante las semanas pasadas había bajado mucho de peso y no era ni su sombra. A pesar de todo, aún era un hombre apuesto, de cabello oscuro, ya canoso, pero abundante.

— ¿Así va a ser nuestra vida, Adelyn? Tú acostándome, en vez de que sea al revés.

— Desde la cama, la miró con resignación.

Adelyn sonrió, sacando dos pastillas de un frasco y dándoselas con un vaso de agua.

— Sabes que sólo el tiempo y el descanso hacen que la curación sea efectiva. — Él tomó los comprimidos — . Dime, ¿necesitas algo más?

— Sólo a ti — le tomó la mano, haciendo que se sentara en la cama, cerca de él — .Hum... hueles deliciosamente. ¿Qué es?

— El perfume que me compraste en Lewis — murmuró, consciente de que sus dedos la apretaban con más fuerza.

Sin duda se recuperaba, pensó, y esto la hacía sentirse de repente más vulnerable.

La habitación de Adelyn era similar a la de Mason. Había entre ambas un saloncito donde quiso tomar su cena aquella noche. La vista y los sonidos que le llegaban a través de los balcones, la tentaban para ir a explorar. El breve crepúsculo dio paso a la oscuridad, y aunque afuera había mucha iluminación, también había demasiada gente, para correr el riesgo de perderse entre la multitud que atestaba las calles estrechas que abundaban en el puerto. Se contentó con salir al balcón y escuchar los sonidos que le llegaban de los alrededores.

Era tarde cuando por fin se retiró a su cama, pero no podía dormir. Aun cuando los ruidos del exterior se amortiguaron, su mente se negaba a dejar a un lado la caótica excitación, y todo lo que había sucedido durante las últimas semanas.

Era difícil creer que tan sólo hiciera dos meses que conocía a Mason. Parecía que había pasado más tiempo, y quizá esto era parte del encanto. Desde el principio se habían sentido atraídos. Un paciente muchas veces se imagina estar enamorado de su enfermera, especialmente si la enfermedad es de cuidado.

Sus propios sentimientos habían sido menos fáciles de diagnosticar. Después de pasar

dos días en cuidados intensivos en el hospital, la habían elegido para hacerse cargo de Mason, y en poco tiempo se hicieron amigos. Él le dijo quién era y dónde vivía, y todo lo relacionado con la isla; ella lo había escuchado fascinada. El hecho de que a Adelyn siempre la hubiese atraído aquella parte del mundo, aumentó su interés, y adivinó que Mason se había valido de ello para lograr su propósito.

Poco a poco hablaron de otras cosas y otros lugares. Adelyn le explicó que siempre había querido ser enfermera, y cómo ella y su madre habían tenido que luchar para pagar su educación, después que su padre se ahogara en un accidente, cuando ella tenía cuatro años. Apenas lo recordaba ahora, y como su madre había muerto hacía dos años, no había ya quien mantuviera vivos los recuerdos.

"Y respecto a casarte, le había insinuado Mason, creo que habrás tenido oportunidades".

"Nunca he pensado seriamente en casarme, había contestado con toda sinceridad. Me gusta mi trabajo y he visto a demasiadas amigas fracasar en su matrimonio, para arriesgarme a cometer el mismo error".

"¿Y por qué crees que han fracasado? Me refiero a los matrimonios de tus amigas. Me interesa".

"No lo sé. Falta de dinero, pobres condiciones de vida, incompatibilidad... o quizá una combinación de todas esas cosas".

"¿Tú crees que un matrimonio pueda funcionar ahora, con todas las presiones que vosotros los jóvenes tenéis?", le había preguntado, y ella sonrió.

"Supongo que sí... si las circunstancias son las adecuadas". "¿Y cuáles serían esas circunstancias?"

"Bueno... con tal que la única razón para casarse no sea sólo para legalizar el sexo, dijo ella, sonrojándose. Lo siento, pero esa es mi idea sobre ello".

A partir de aquel día, su relación había entrado en una nueva fase, ahora lo comprendía. Mason la estaba probando, averiguando su sentir, asegurándose que los dos pensaban igual. Después, fue cuando él le preguntó si había considerado alguna vez ser enfermera particular, y si le gustaría ir a Paradis con él, para cuidarlo.

Adelyn le había dicho que no era necesario que tuviera una enfermera plenamente dedicada a él. Entonces Mason le dijo que iría a convalecer a una clínica en Buckimshire, y le pidió que fuera con él.

Al principio se negó. Tenía una buena posición en el hospital de St. Edmunds y no quería dejarla. Después empezaron los problemas con Jake Cunningham y antes de darse bien cuenta de lo que estaba haciendo, había renunciado a su puesto.

Fue causa de gran revuelo en el hospital. Algunas enfermeras suponían que ella había visto a Mason como caído del cielo. Otras, sus amigas íntimas, pensaban que estaba loca al dejar una carrera tan prometedora, sólo porque el doctor Cunningham le hacía la vida imposible. Pero Adelyn les aseguró, y lo pensaba así, que la carrera de enfermera particular podía ser igual de conveniente.

A partir de entonces su vida había cambiado drásticamente, más de lo que ella pudo imaginarse. Una semana más tarde, Mason le pidió que se casaran y, aunque no aceptó de inmediato, su proposición no fue del todo una sorpresa para ella. La atracción y la mutua simpatía no eran un capricho temporal, pues temía el día en que él dejara la clínica para siempre. No estaba segura de si estos eran motivos suficientes para aceptarlo. Mason sugirió que, como no le podía dar un anillo, que su compromiso

no fuera oficial hasta que regresara a Paradis, pero ella debía acompañarlo. Le daría tiempo, le dijo, para conocerlo, para que decidiera si en realidad le gustaría vivir en la isla. En aquel momento fue cuando sintió que en realidad lo amaba, y no había cometido ningún error al dejar St. Edmunds, y que después de un compromiso corto, se casaría con él, porque a Mason le importaban más los sentimientos de ella que los propios...

¿Qué diría él cuando descubriera que todavía era virgen? Se imaginaba que él pensaba que había tenido un amante. Jake Cunningham, por ejemplo, se había comportado como si fuera su dueño, y además, en estos tiempos, las mujeres tan bellas como Adelyn, se suponía que tuvieran experiencia, pero no era su caso.

Suspiró, sintiendo el cabello húmedo por el sudor. Si no se dormía pronto, por la mañana estaría como una bruja, y tenía que aparecer lo mejor posible para conocer a la hija de Mason.

¡Su hija!

En la oscuridad hizo una mueca. ¡Evie! ¿Cómo reaccionaría al ver que su padre se casaba con una muchacha que era cuatro años menor que ella? Dudaba que estuviera de acuerdo. Y tratando de ser comprensiva, Adelyn tuvo que admitir que si ella estuviera en tal situación, quizá tampoco le gustara. Después de todo, no era agradable pensar que el padre de uno pudiera tener cierta clase de apetencias, especialmente con una chica lo bastante joven como para ser su hija.

Pero, razonaba, sólo porque un hombre hubiese enviudado, no significaba que debiera permanecer célibe por el resto de su vida. Era posible que hasta quisiera más niños, y no había ninguna razón para que ella no se los diera.

Suspiró. Habría problemas, estaba segura, pero no había considerado su magnitud por no saber todavía cuál era la situación. Conocía muy poco acerca de la isla. Sabía de la plantación de caña, que era su ingreso principal, y de la pequeña plantación de plátanos, que necesitaba mucho menos cultivo.

Aparte de estos detalles impersonales, Mason no le había dicho mucho sobre la relación con su hija. Aparentemente, vivían en una casa muy grande, que Evie tenía que gobernar, ya que las sirvientas eran difíciles de conseguir. Esto hizo que Adelyn pensara cómo se desarrollaría la situación una vez que ella y Mason se casaran. ¿Su hija estaría dispuesta a ceder su autoridad a otra persona? Si no fuera así, ¿qué podía hacer ella?

Echó las sábanas de algodón a un lado con el pie. Se sentía innecesariamente pesimista, pensó. No conocía a la muchacha y ya anticipaba su hostilidad. Era ridículo. Evie bien podría recibir a otra mujer blanca en su casa; mas, por alguna razón, esta suposición se le antojaba improbable.

Paradis surgía del mar en una curva graciosa. Las alturas de los cerros escarpados que se levantaban tierra adentro, estaban sombreadas de morado, bajo el brillo del sol de mediodía.

A Adelyn le llamó la atención el puerto de St. Germain, tan lleno de colorido, donde los yates y barcos pesqueros se disputaban el espacio dentro de la curva del brazo del dique. Más allá del muelle, se podían ver los puestos del mercado, y más arriba, sobre ellos, las calles sinuosas del pequeño pueblo, con sus blancas construcciones. Las buganvillas crecían en gran profusión de colores rosa y violeta, mientras los pétalos

más exóticos de los hibiscos, crecían en macetas y jardineras sujetas a los barandales de hierro forjado de los balcones.

La lancha de motor que los había traído desde Saint Lucia se acercó a la orilla del muelle y Mason tomó a Adelyn del brazo.

— ¿Bueno? — le preguntó interesado — . ¿Lo apruebas?

— ¿Que si lo apruebo? — ella lo miró, moviendo la cabeza con gesto de confusión — . ¡Oh, querido! Tu isla me parece maravillosa. .

— Querido — repitió él con satisfacción, una mano acariciándole la barbilla.

El piloto les sonrió, indicándoles que debían desembarcar.

Para el viaje, Adelyn había optado por ponerse pantalones y sólo esperaba que Evie no pensara que sus vaqueros suponían una muestra de falta de respeto. Una camisa azul marino le hacía juego, resaltando su hermosura. Se había recogido el cabello con una pañoleta de seda.

Su arribo causó gran interés, y cuando Adelyn le dio las gracias al piloto por ayudarla a bajar un grupo de personas los rodeó, dándole la mano a Mason y preguntándole cómo se sentía; por lo visto, todos sabían de su enfermedad. Adelyn se sintió objeto de un atento escrutinio, pero Mason empezaba a parecer cansado y ella los miraba a todos con ansiedad, deseando acabar con aquello antes que él empezara a presentársela a todos.

Vio un coche estacionado en el muelle y a un hombre recostado en el capó. Era alto, delgado y moreno, vestido con unos pantalones de algodón burdo y pensó que era mulato, pero cuando se movió para echarse hacia atrás el sombrero de algodón, notó que el color oscuro de su piel se debía a que estaba quemado por el sol. Él los observaba con una expresión de indolente curiosidad. Adelyn, ofendida por el modo en que los miraba, pensó, un poco irritada, que los tipos como aquel eran iguales en todo el mundo. Probablemente, se imaginaba que se interesaría por él, así que desvió la mirada de sus facciones arrogantes.

¿Dónde estaría Evie? No era posible que después de dos meses de ausencia y de una enfermedad tan seria, que bien podía haberlo imitado, su padre llegara y no acudiera ella a recibirlo. Si era así, no auguraba nada bueno para sus relaciones con la hija de Mason.

— Discúlpeme...

Era el hombre del coche. Se detuvo ante ella, con indolencia, los pulgares en los bolsillos traseros de los pantalones. Así tan cerca, ella pudo ver la sombra de la barba que le empezaba a crecer en la mandíbula, y el cabello oscuro, largo, que sobresalía por debajo del sombrero de algodón. La misma vellosa oscuridad se extendía a lo ancho de su pecho y se prolongaba hacia abajo, hasta el ombligo. Sus ojos eran de un tono curioso de verde, poco común en una persona tan morena, y sus pestañas largas y rizadas. Era agresivamente masculino, pensó con disgusto.

Adelyn miró titubeante hacia Mason, quien no se había dado cuenta de que se acercaba aquel hombre, y decidió que dependía de ella el decirle que perdía el tiempo.

Ya había conocido tipos como él, que se imaginaban que cualquier mujer haría todo lo posible por agradarles.

— Creo que está cometiendo un error — le aclaró ella con voz suave y concisa — . ¿Le importa dejarme tranquila?

— Sí, me importa — contestó, molesto.

Adelyn se irguió, por primera vez contenta de su estatura, un metro sesenta centímetros.

— Váyase, ¿quiere? — le dijo con una sonrisa nada cortés y expresión burlona, para compensar la insolencia del individuo.

— Si usted lo dice... — Girando sobre sus talones, caminó lentamente hacia el vehículo polvoriento.

— ¡Preston! — la sobresaltada voz lo detuvo.

Adelyn se volvió para mirar boquiabierta a Mason, que se disculpaba con aquellos a los que estaba hablando y, apresuradamente, salía detrás de aquel desagradable sujeto. Consternada, vio que se abrazaban y que Mason lo hacía regresar hasta donde ella estaba.

— Querida, permíteme que te presente a Preston Harvey, mi... mano derecha. Preston, ella es la señorita Caitlin Hamilton, mi prometida.

Adelyn sonrió ligeramente y le tendió la mano.

— Señor Harvey, ¿cómo está usted? — dijo cortésmente.

— Mucho gusto, señorita Hamilton — repuso él con una burla que sólo Adelyn comprendía y les indicó el vehículo que estaba a sus espaldas.

Mason se dirigió hacia el coche con evidente alivio, pero Adelyn titubeó cuando Preston pasó cerca de ellos para encargarse del traslado del equipaje: Dos de los negros que los habían recibido, avanzaban trabajosamente hacia el coche con las maletas, y Preston fue a ayudarles, quitándoles una a cada uno y hablándoles con cierta camaradería. Adelyn esperó un momento y después, consciente de que no necesitaban su ayuda, siguió a Mason a la agradable sombra del coche.

Mason ya había subido a la parte trasera del vehículo, que era una antigua camioneta. Ella lo miró, advirtiendo la palidez de sus mejillas.

— Esto ha sido demasiado para ti — dijo tajante — . Tienes que descansar cuando llegues a casa. Prométeme que lo harás.

— Espero que no te conviertas en una de esas mujeres regañonas, Adelyn — le tomó la mano, arrepentido al ver su expresión de ofendida — . Lo siento, querida, pero estas son mis gentes. Me están dando la bienvenida. No los podía ignorar. — Se apoyó con expresión de cansancio en el asiento tapizado.

— No estaba sugiriendo que debieras hacerlo — contestó Adelyn, tensa, y él acarició su mano.

— Lo sé, lo sé — le dirigió una sonrisa más bien de arrepentimiento — . ¡Pero es que no me gusta que me hagas sentirme un inútil!

Adelyn se volvió y miró por la ventanilla, sobresaltándose con el ruido pesado de varias maletas al ponerlas en el asiento de atrás. Preston les dio las gracias a sus ayudantes y con un fuerte golpe cerró la puerta de la parte trasera, dando la vuelta para sentarse ante el volante. Era esbelto y musculoso, y los ojos de Adelyn, entrenados profesionalmente, advirtieron la fuerza de los huesos y los músculos que tensaban la piel sudorosa de su espalda. Se podía haber puesto una camisa, pensó con desagrado, aunque la propia camisa de ella estaba pegada al cuerpo como si fuera una segunda piel, y daba gracias por llevar un sostén debajo de la blusa para proteger su modestia.

— Evie me pidió que viniera a recibirte. No sé... sentía bien, y como yo tenía que venir al pueblo de todos modos...

— Comprendo — dijo Mason, asintiendo con la cabeza — . ¿Qué le pasa a Evie?

— Una de sus jaquecas, creo. No sé. Me envió un mensaje con Sofía.

Mason no parecía sorprendido, pero los nervios de Adelyn se pusieron tensos. Evie bien podía tener un dolor de cabeza... una jaqueca, incluso, pero su padre había estado ausente más de dos meses. "Si yo estuviera en su lugar, pensó, tendría que estar muy enferma en realidad para no venir a recibirlo. Pero si Mason no se preocupa, ¿por qué debo hacerlo yo?"

— ¿Cómo va el trabajo? — le preguntó su prometido a Preston — . ¿Conseguisteis las paletas para el nuevo rotor? ¿Y qué pasó con la rul? ¿Te la repusieron? ¿Y Callum, cómo sigue del brazo?

— ¿No crees que debes tomar las cosas con calma en lugar de preocuparte por esas cosas que se arreglaron ya hace varias semanas? — lo interrumpió Preston. Sus ojos parpadeaban mirando a Adelyn — . ¿Qué opina tu... er... enfermera? ¿Aprueba que te preocupes tanto nada más llegar?

— Adelyn, en primer lugar es mi prometida y después mi enfermera. Ella comprende cómo me siento. ¿No es cierto, querida?

— Y tú sabes cómo me siento yo — dijo tensa.

Mason le hizo una mueca, arrugando la nariz con afecto. Después le siguió haciendo preguntas a Preston y ella prefirió poner su atención en los alrededores, tratando de no mostrarse desconcertada.

Pasaron por las calles estrechas del pueblo, tocando la bocina para abrirse paso entre las carretas tiradas por mulas y las bicicletas. Las persianas bajadas y los toldos listados que veía a su paso, le recordaban a Adelyn un poco el Sur de Francia, pero las paredes altas que exultaban los patios, eran de origen español. Observaba a las gentes, eran de todas las razas y colores.

Más allá del pueblo bordearon los campos donde los colores de la vegetación variaban desde el amarillo dorado hasta un naranja rojizo. Comprendió que aquello debía ser la plantación, y lo que ella veía eran las cañas de azúcar, tan distintas a lo que se había imaginado, que se sintió decepcionada.

Mason hizo una larga pausa en su conversación con Preston para señalarle dónde empezaba la plantación, pero Adelyn encontró que la vista de la costa, que podía observar a través de la ventanilla del coche, era mucho más atractiva. Desde que salieran del puerto, el camino había ido ascendiendo y ahora podían ver desde arriba todo St. Germain y sus playas cercanas. Era una vista increíblemente bella, y desde lo alto no se alcanzaba a ver la pobreza que Adelyn observara por las puertas entreabiertas de las casas, que eran poco menos que chozas, ni percibir el desagradable olor de las personas tan faltas de aseo que impregnaba las calles angostas. Procuró reanimarse. Era tonto dejar que cualquier cosa la molestara cuando brillaba el sol y estaba por fin en la isla, camino de su nueva casa. Si al menos Mason fuera un poquito más comprensivo, Evie hubiera ido a recibirlos... y Preston Harvey no se comportase como si él fuera el dueño de la isla...

El camino empezó a descender poco a poco entre un bosquecillo de cipreses y acacias, que se confundían con las palmeras, que tan profusamente crecían en la isla.

El mar ya estaba más cerca, Adelyn respiró hondamente, inhalando su fuerte olor. Iba a ser feliz allí, se dijo con vehemencia, mas temerosa, aunque no quisiera admitirlo, de estar equivocada. Mason se recostó de nuevo en el asiento y, oprimiendo su mano,

dijo:

— Estamos llegando a casa.

CAPÍTULO 3.

Debido a los árboles, Adelyn no se dio cuenta de que habían llegado a su destino hasta que Preston hizo dar la vuelta al coche y cruzaron unos pilares de piedra.

Al final de la curva de entrada, vio la casa y quedó boquiabierta, incrédula.

La Casa Grand, como la llamaban allí, era un remanente de años lejanos, una construcción blanca, con pilares y columnas dóricas, sosteniendo una galería que corría majestuosamente por la fachada. La parte central de la casa tenía puertas dobles, muy anchas, que estaban abiertas, y las ventanas de cada lado, eran de un estilo y línea elegantes, que se repetían por toda la casa. Aunque los jardines estaban un poco abandonados, a Adelyn todo le resultó encantador y su expresión lo demostraba.

— Bienvenida a tu nueva casa, querida — sonrió Mason y, sin importarle que Preston pudiera verlos por el retrovisor, se inclinó sobre ella y besó sus labios entreabiertos.

Preston detuvo la camioneta al pie de unos pequeños escalones y Adelyn abrió la portezuela, ansiosa por bajarse. Al hacerlo, vio el mar entre los árboles y sintió un escalofrío de placer al anticipar lo que le esperaba. Deseaba ir a la playa y sentir la fina arena de coral entre los dedos, o meterse en el agua azulada del caribe y sentir su frescura sobre el cuerpo acalorado. Por el momento, tales deseos tendrían que esperar, pues Mason requería de su atención.

Preston ayudó a su patrón a salir del vehículo y luego se dirigió a la parte trasera del vehículo para sacar el equipaje. Un sirviente negro, de edad madura, apareció en la puerta y bajó aprisa los escalones de la casa.

— ¡Señor Mason! — exclamó con alegría — . ¡Bienvenido a casa!

Adelyn se volvió para verlo, con cierta timidez, y Mason se acercó a saludarlo:

— ¡Brandon! ¡Mi viejo y querido Brandon! ¡Cuánto deseaba volver a ver tu fea cara! — exclamó emocionado.

Adelyn se detuvo a su lado, observando los saludos, dándose cuenta de que Preston los miraba también. Había una expresión cínica en su cara mientras sacaba las maletas de la camioneta. La observó y ella desvió la mirada; no quería que pensase que le interesaba su reacción.

— Adelyn, este es Brandon. Crecimos juntos. Su madre trabajaba para la mía, y ya he perdido la cuenta del número de problemas en que nos metíamos juntos.

Adelyn quedó sorprendida al pensar que Brandon era de la edad de Mason, o quizá un poco mayor. Se le veía por lo menos diez o quince años más viejo. No cabía duda que la vida de Brandon había sido bastante diferente a la de Mason y aunque esto pareciera injusto, era una cosa común en la isla. No necesitaba haber nacido o crecido allí para darse cuenta de ello.

Habiendo terminado los saludos, una joven y tímida sirvienta apareció detrás de Brandon, y fue a ayudar a Preston con las maletas.

— Sofia — dijo Mason, indiferente.

Adelyn advirtió que no le demostraba tanto afecto como a Brandon, y notó que el interés de Sofia estaba puesto en Preston Harvey. Al seguirlos, Adelyn se recriminó por

censurar la acción de la muchacha. ¿Qué le podía importar si Sofia se portaba como una tonta con cada hombre que veía? Esperaba no convertirse en una de esas mujeres que critican con acritud el proceder de otras personas. Oyó a Sofia reír, y todas sus buenas intenciones se desvanecieron por el sentimiento de disgusto que borraba toda su benevolencia.

En el vestíbulo se notaba frío después del calor que hacía fuera. Puertas arqueadas daban a las habitaciones que se abrían al vestíbulo. En el centro de éste había una escalinata en forma de abanico que conducía al primer piso, y luego, pegada a la pared, llevaba hasta el segundo. La escalera, como el suelo, era de mármol, con una barandilla de hierro forjado artísticamente.

Sin embargo, con toda su elegancia, la casa tenía un ligero aire de abandono, pensó Adelyn. Los búcaros, colocados encima de los pedestales que adornaban el vestíbulo, deberían tener flores, mas estaban vacíos y polvorientos, y nadie se había molestado en barrer las hojas secas que el aire metía en los rincones.

— ¿Dónde está mi hija?

Mason le hablaba a Brandon, y Adelyn giró para ver al sirviente.

— Está recostada, sir — explicó Brandon, que parecía molesto — . No se sentía bien esta mañana y envió a Sofia a ver al señor Preston...

— Sí, ya estoy enterado — contestó Mason secamente y Adelyn notó que se le empezaba a ver cansado otra vez.

— Mason... — dijo.

Pero como si él supiera lo que le iba a decir, se volvió hacia Brandon y le preguntó impaciente:

— ¿Habéis dispuesto una habitación para la señorita Hamilton?

— Sí, señor — asintió Brandon, y en aquel momento, Preston y la sirvienta entraron en el vestíbulo con las maletas.

— ¿Dónde las pongo? — preguntó Preston, pero Adelyn se adelantó al instante y dijo:

— Yo me ocuparé de mis maletas. Si las deja ahí, más tarde me encargaré de ellas.

— Sofia se ocupará del equipaje — dijo Mason, terminante, y la cejas negras de Preston se arquearon burlonamente.

— Me llevo las tuyas — comentó, mirando a su patrón, y Mason asintió, diciendo:

— Ya sabes dónde ponerlas.

La sirvienta era pequeña y de piel oscura, casi tanto como Brandon. Adelyn la miraba con envidia por su atractivo, y experimentó los primeros síntomas de angustia, al sentirse inútil en los dominios de Mason.

— ¿Me quiere seguir, señorita? — dijo Sofia cortésmente, y Adelyn se inclinaba para tomar su neceser, cuando Mason le dijo:

— Déjalo, Adelyn. Sofia vendrá después por él. Ve ahora con ella y te mostrará tu habitación. ¿Cuál es? — preguntó a la sirvienta — . ¿La suite azul? — Sofia asintió y Mason pareció complacido — . Bien. Después me reuniré contigo, querida.

Adelyn se mordió el labio inferior y miró a su prometido.

— Mason...

— Ya te he dicho que después subiré — la interrumpió malhumorado, y Adelyn no tuvo más remedio que seguir a la sirvienta.

Las habitaciones del primer piso estaban situadas a lo largo de un corredor cubierto con paneles blancos. Adelyn supuso que en otros tiempos, cuando los sirvientes

abundaban y el amo de la casa vivía con elegancia, se habrían celebrado bailes y cenas en aquellas estancias, que ahora acomodaban sólo a un viudo, a su hija, y a un reducido número de sirvientes. Y a su esposa, agregó mentalmente, recordando la razón de su llegada, que ahora se le antojaba irreal.

Al seguir a Sofia por el corredor, pasaron por una puerta abierta, y al mirar hacia adentro, Adelyn se desconcertó al ver a Preston Harvey enderezarse después de depositar las maletas de Mason a los pies de la cama. Al hacerlo, su sombrero debía habersele caído, pues se agachó a recogerlo y Adelyn le notó el cabello abundante y lacio, distinto al de Sofia, que era muy rizado. Luego, él volvió la cabeza y la miró. Adelyn apresuró el paso para alcanzar a la sirvienta.

La suite azul, según advirtió, estaba junto a las habitaciones de Mason, con mucha luz, bien ventilada; paredes color crema, paneles de seda azul y una colcha haciendo juego. La cama era similar a la de Mason, pero más pequeña y había un armario ropero y un par de cómodas con cajones. No había tocador, aunque un espejo circular, colocado sobre una de las cómodas, servía para el caso. Todo en la habitación era antiguo pero útil, y aparte del polvo, evidencia del descuido de la casa, estaba puesta con buen gusto.

— Muchas gracias, Sofia — le dijo Adelyn cuando la sirvienta dejó su equipaje — . Esto es muy agradable.

— El baño es ahí, señorita — señaló una puerta a su derecha — . Voy por el resto de las cosas.

— Espera un momento... ¿Es... fue... quiero decir, este dormitorio fue el de la... primera señora Russell?

— Yo sólo llevo dos años trabajando aquí — contestó Sofia y salió aprisa.

Adelyn se acercó a las ventanas. Largas cortinas ocultaban las manijas de las puertas francesas, pero estas se hallaban abiertas. Haciendo a un lado las cortinas, salió al balcón. Como esperaba, aquellas habitaciones ocupaban la parte frontal de la casa y desde allí se tenía una magnífica vista del mar. La playa parecía tener marea baja y Adelyn deseó nadar allí, sumergir su cuerpo en el agua y dejarse arrastrar por las olas...

— ¿Está todo a tu gusto?

Giró al oír la voz de Mason. Estaba recostado contra la puerta. Se le veía cansado y Adelyn corrió ansiosa hacia él.

— Querido, todo está perfecto, pero tengo que decirte... que has de reposar un poco. Estoy segura de que todos comprenderán.

— Sí — admitió con una ligera sonrisa — , tienes razón. Me siento absolutamente destrozado. Lauryn está preparando el almuerzo...

— ¿Lauryn? — Adelyn frunció el ceño, sacudiendo la cabeza — . Creo que podrías almorzar en la cama. Yo misma te lo llevaré todo en una bandeja.

— Eres tan buena... y tan hermosa — dijo Mason con voz ronca, alargando una mano para tocarle un rizo plateado y sedoso que le caía sobre los hombros — . ¿Te gusta tu habitación? Era de Amy. Evie tenía que imaginarse que yo te quería junto a mí.

Por un momento, Adelyn se sintió molesta. Era la primera vez que Mason mencionaba el nombre de su esposa. Y en cuanto a los motivos de Evie para darle aquella habitación... se le hacía difícil creer que lo hubiera hecho por ser comprensiva.

— Vamos. Deja que te acompañe a tu alcoba y me dirás quién es Lauryn.

Él aceptó gustoso y Adelyn sintió alivio al ver que Preston Harvey ya no andaba por allí. Condujo a Mason hasta la cama y empezó con toda eficiencia a despojarlo de la ropa.
— ¿Tienes pijamas aquí? — preguntó mirando a su alrededor, y él asintió, señalando una cómoda.

— Ahí, en uno de esos cajones — contestó con voz cansada.

Adelyn dobló la colcha, ayudándolo a meterse bajo las sábanas. Se acercó a las ventanas para bajar las persianas, dejando la alcoba a media luz.

— Ahora — le dijo, acercándose a la cama otra vez — , ¿te traigo el almuerzo o prefieres descansar un poco?

— Prefiero descansar — le confesó Mason con voz débil. Le cogió una mano — . Adelyn, lamento lo de Evie. Ya vendrá, sé que lo hará.

Así pues, admitía que algo andaba mal, pero Adelyn no tuvo valor para hacerle preguntas. Se inclinó, dándole un beso en la frente y diciéndole con voz suave:

— Descansa. Todo irá bien, no te preocupes.

Ya en su habitación, Adelyn no podía dejar de pensar que había hablado con más convicción de la que en realidad sentía. Irritada, pensaba qué clase de mujer dejaría que su padre enfermo regresara a casa sin hacer el menor esfuerzo para saludarlo.

Sofía había vuelto durante su ausencia con el resto de sus cosas. Suspirando, Adelyn colocó su maleta grande encima de la cama y la abrió. Sacaba las cosas cuando tocaron a la puerta.

— ¿Sí? — se volvió para ver a Sofia, que volvía otra vez.

— Lauryn dice que el almuerzo está listo, señorita. — Los ojos le brillaban con interés, al ver la ropa interior extendida sobre la colcha.

— Gracias, Sofia — dijo Adelyn y, encogiéndose de hombros, dejó lo que estaba haciendo — . Enseguida bajo.

— Sí, señorita.

Sofía se adelantó. Sus delgadas caderas se movían muy insinuantes debajo del ligero vestido, que parecía ser lo único que llevaba puesto. Adelyn se sintió afectada de nuevo por la sensualidad tan evidente de la isleña.

Bajaron la escalera y, al hacerlo, por primera vez deslizó Adelyn la mano sobre el barandal de hierro forjado. No podía dejar de sentir la sensación de haber logrado algo. Sería el ama allí, pensaba incrédula, y un escalofrío de emoción recorría su espalda.

Sofía cruzó el vestíbulo y una de las puertas arqueadas, entrando en un enorme salón. Diseminados por él, había sofás de estilo regencia, de tapicerías a rayas, descoloridas por el tiempo; sillas talladas a mano, un escritorio francés con rosas y hojas en marquetería, mesas, taburetes y aparadores más modernos y una gran chimenea con leños apilados. Sobre la chimenea había un retrato de Mason, con la toga de la universidad; Adelyn sospechaba que de unos veinte años atrás.

Salieron a través de unas puertas dobles al patio, donde un toldo se extendía desde la pared de la casa para dar sombra. Allí, en una mesa cuadrada con cubierta de cristal, estaba servido el almuerzo. Había dos cubiertos, pero Adelyn de inmediato explicó que el señor Russell no podría acompañarla.

— Se lo diré a Lauryn — dijo Sofia y al momento desapareció, dejando a Adelyn que admiraba el enrejado con flores colgantes que marcaba el límite de los jardines posteriores de la casa.

Sofía regresó con una mujer extremadamente gruesa, cuya cara morena se iluminó con

una sonrisa al ver a Adelyn.

— Así que usted es la prometida del amo Mason, ¿no es así? — preguntó, mirando a la muchacha atentamente — . ¡Oh! Un poco joven, quizá, pero bastante mujer, creo yo.

— ¿Usted es Lauryn? — Adelyn se había sonrojado.

— Así es. Era la aya de la señorita Evie, pero ahora soy la cocinera.

— ¿Le ha dicho Sofia... que el señor Russell no desea tomar nada de momento?

— Sí — asintió Lauryn — . Lo he visto al llegar — hizo una pausa — . La señorita Evie dice que usted es su enfermera. ¿Es cierto que está mejor el señor?

Aparte de Brandon, Lauryn era la única que mostraba preocupación.

— Todavía está muy débil — contestó Adelyn — . Su corazón se está recuperando del ataque, pero debe tomarse las cosas con calma durante algún tiempo, aunque se restablecerá por completo finalmente.

— Comprendo, señorita.

— ¿Qué hay... de la señorita Evie? — inquirió Adelyn — . ¿Cuándo la voy a conocer?

— La señorita bajará cuando se le antoje — dijo Lauryn sin inmutarse, dirigiéndose a la cocina — . Traeré la comida.

La comida era deliciosa... pero Adelyn no pudo hacerle los honores. Trató de consolarse diciéndose que era porque estaba sola, porque tenía con quién hablar, pero en realidad, se sentía curiosamente vulnerable y no resultaba una experiencia agradable.

Cuando terminó de comer, esperó a que Lauryn o Sofia fueran a recoger la mesa, para preguntarles si podría ir a dar una vuelta por los alrededores. Regresó por el gran salón al vestíbulo.

Enfrente de la puerta del salón, otra, también en forma de arco, daba a lo que parecía ser el comedor formal, con una mesa larga, rodeada por sillas de alto respaldo. Había allí más retratos de Mason en distintas épocas, pero Adelyn no quiso aventurarse más adentro sin permiso. Todavía no era su esposa y, además, quería que él tuviese el placer de mostrarle la casa.

Dando un suspiro, subió la escalera y fue a su habitación, pasando por la puerta de Mason casi de puntillas. Un leve ronquido le indicó que estaba durmiendo y una sonrisa de alivio asomó a sus labios. Por fin, Mason estaba en su casa y en paz. Todo lo demás se resolvería por sí solo.

Sorprendida, notó que alguien había estado en su cuarto y abierto las maletas, colgado los pantalones, faldas y vestidos en el armario y doblado la ropa interior en los cajones de la cómoda. Recordando el inquisitivo interés de Sofia, pensó que había sido ella, cosa que no le agradó. Después se recriminó por tal ingratitud y resolvió darle las gracias a la sirvienta la próxima vez que la viera.

Como si fuera atraída por un imán, se acercó de nuevo a la ventana y miró el mar con anhelo. Seguramente Mason no se disgustaría si ella fuera a dar un paseo por la playa, pensó inquieta, pero si bajaba ahora, no podría resistir la tentación de entrar en el agua, y eso era algo que no debía hacer de momento.

Echó una mirada al baño y luego, tomando una decisión, abrió el armario y sacó una sencilla falda de algodón y un fino jersey sin mangas. Cogió ropa interior limpia de la cómoda y se dirigió al baño, abriendo la ducha.

Adelyn contenía la respiración bajo el agua fría. Cuando salió para secarse, estaba temblando y la idea de ir a la playa no le resultaba ya tentadora, pero sí el calor

exterior. Así que, tras cepillar su sedoso cabello, volvió a salir de la habitación.

La casa bien podía estar vacía. No vio a nadie y salió. Cruzó el prado de césped recortado que había enfrente y anduvo entre los árboles hasta donde podía alcanzar a ver el resplandor del agua. El olor salino era más fuerte allí y Adelyn lo aspiró hondamente, mirando la curva de la bahía que formaba un arco a su izquierda.

La casa estaba construida sobre un acantilado rocoso, y a lo lejos podía escucharse el ruido del agua estrellándose en el arrecife. Colocando la mano sobre las cejas, la joven pudo ver el horizonte y el fuego; movió la cabeza para observar toda la arena que se extendía a su derecha. El lugar estaba completamente desierto, y la playa era invitadora. Se sentía como Robinson Crusoe, descubriendo que estaba solo en la isla. Sin poder resistir la tentación, bajó el declive rocoso para llegar hasta la arena. Dejó que esta se metiera entre sus dedos al quitarse los zapatos. Corrió por la orilla del agua y dejó que la espuma limpiara sus pies, riéndose al sentir el agua en ellos y dejando sus huellas en la arena húmeda.

Giró para mirar hacia la casa. Pensó que podía localizar con precisión cuáles eran sus ventanas y las de Mason, preguntándose si ya habría despertado y si estaría pensando dónde se hallaba ella. Pero no, probablemente dormiría la mayor parte de la tarde, y no esperaba que ella se quedara recluida en la habitación hasta que despertara.

Decidió pasear a lo largo de la costa por un rato. Hacía calor, se bronceaba con bastante facilidad y una pequeña caminata no le haría daño.

La playa hacía una curva y a lo lejos podía verse el brazo sobresaliente del cabo, cerca del cual el color del agua era mucho más verde. Adelyn pensó que sería mayor la profundidad allí donde la roca afloraba, por lo que sería peligroso nadar en aquel lugar. Nunca se cansaría de ver lo translúcido en la zona de menor hondura.

Cuando miró hacia atrás, se dio cuenta de que había ido más lejos de lo que pensaba. Desde allí, la casa se hacía invisible entre los árboles. En cambio, podía ver otra, que parecía estar apuntalada, en un declive cubierto de césped, por encima de la playa. Pensó si también pertenecería a Mason; una especie de casa de playa, quizá, o un cobertizo.

Pudiendo más su curiosidad, caminó en aquella dirección, deteniéndose a unos metros de la terraza. Ahora podía ver el frente que estaba sostenido por unos postes de madera; toda la construcción era muy rústica. Mientras la observaba, vio salir a un hombre negro que se quedó mirándola desde el barandal. De inmediato, se avergonzó, sintiéndose una intrusa. Quiso alejarse rápidamente, pero tropezó con "algo" duro, húmedo y tibio y, sin lugar a dudas, humano.

— Lo sien... ¡Oh, es usted! — exclamó, retrocediendo un paso ante Preston Harvey, como si al tocarlo pudiera contagiarse de alguna terrible enfermedad.

No se había dado cuenta de su proximidad; sus pies descalzos no hacían ruido en la arena. Su cabello estaba empapado y el resto de él no mucho más seco, y a juzgar por el estado de sus pantalones de algodón, se los había puesto estando mojado. No sabía ella para dónde mirar. Se echó para atrás unos cuantos mechones del cabello con una mano y mantenía los zapatos en la otra, entonces dijo:

— No sabía que estaba detrás de mí.

— Estaba muy ocupada viendo mi casa — respondió él con sarcasmo.

— ¿E... es su casa? — preguntó, molesta por los ojos que la recorrían con mirada penetrante.

— Sí. ¿Quiere verla?

— ¿Quién, yo? — Adelyn sacudió la cabeza, deseando con todo el corazón que su curiosidad no la hubiera llevado a aquella situación — . Yo... oh... no. Quiero decir, estaba dando una vuelta y he llegado aquí casualmente...

— Lo sé. La he visto.

— ¿Me ha visto? — cambió sus zapatos a la otra mano, notándose en desventaja — . ¡Oh! Estaba nadando.

— Generalmente, no uso pantalones mojados — dijo Preston en tono burlón — . Parece que estoy condenado a recibir visitas femeninas cuando no estoy... preparado para recibirlas.

— ¿Cómo dice? No le entiendo.

Él se encogió de hombros. Aun con los pies descalzos, era más alto que Adelyn, a quien el cuello le dolía al tratar de evitar el mirar directamente su cuerpo tan musculoso.

— No tiene importancia — dijo Preston, agregando — . Permítame que le ofrezca algo de beber.

— En realidad — Adelyn se apartó de él unos pasos — , debo regresar.

— ¿Por qué? — sus cejas se fruncieron — . ¿La espera su... novio? Hasta aquel momento la conversación había sido impersonal, pero ahora le estaba dando otro tono. Había algo insultante en el modo que pronunció — la palabra "novio".

— Sí — replicó Adelyn, sin esforzarse por ocultar su desagrado.

Preston Harvey sonrió.

— Lo va a acabar en cuestión de meses — dijo ofensivamente, y las mejillas de Adelyn parecieron abrasarse.

— No creo que usted esté enterado de nada — contestó fríamente, volviéndose para irse.

Pero de pronto Preston la tomó del brazo y la acercó a él. Adelyn, sin querer, le rozó los muslos con las manos.

— ¿Por qué se casa con él, señorita Hamilton? — le preguntó de pronto y ella lanzó una exclamación de asombro, mirando al hombre que los observaba desde la terraza; no estaba dispuesta a que la tratara de aquel modo.

— ¡Si no me suelta, le diré al señor Russell exactamente cómo me ha tratado! — amenazó casi sin aliento.

— ¡El señor Russell! — se burló Preston — . ¿Y qué cree que puede hacerme Mason?

— ¡Despedirlo, diría yo! — Adelyn intentaba librarse de la presión de su mano.

— Una piel tan suave — murmuró él con voz ronca y Adelyn experimentó un pánico repentino.

— ¡Suélteme! — casi le gritó.

— Si insiste... — dijo él lentamente y dejó caer la mano.

De inmediato ella retrocedió, procurando serenarse. En su confusión, soltó uno de los zapatos y tuvo que inclinarse para recogerlo. Él la observaba, los pulgares metidos en la cintura de sus pantalones, y ella observó sus tobillos y sus muslos ceñidos por los vaqueros antes de enderezarse.

— ¿No quiere conocer a Freddie? — la invitó burlonamente, pero Adelyn no le contestó.

Dio media vuelta y se alejó rápidamente sin mirar para atrás.

Él no la siguió y Adelyn respiró tranquila. No podía creer lo que había pasado. Estaba temblando. Se había creído capaz de saber desenvolverse en cualquier situación, pero hasta entonces ningún hombre le había puesto la mano encima para intentar dominarla.

Ella se miró el brazo y acongojada vio las marcas rojas de sus dedos todavía visibles. ¡El muy cerdo!, pensó furiosa. ¿Cómo se atrevía a tratarla así? Si Mason viera aquellas marcas...

De inmediato se corrigió. ¡Si las viera! Naturalmente que Mason las vería. ¿Por qué no? Ella no tenía de qué avergonzarse, no había hecho nada reprochable. Todo lo que tenía que hacer era decirle que su encargado la había maltratado para conseguir que Preston Harvey tuviera que hacer sus maletas y marcharse de inmediato.

Presionó, con mano nerviosa, su garganta palpitante. Sólo llevaba en la isla unas horas. ¿Era posible que hubiera creado tanto trastorno en tan poco tiempo? ¿Qué efecto tendría en Mason? Después de todo, mostraba gran afecto por aquel hombre, y ciertamente Preston se refería a él con familiaridad.

¿Qué pensarían los demás empleados, si ella alteraba la rutina de la casa?

¿Creerían que ya empezaba a dejar sentir su autoridad, y que ellos también deberían tener cuidado para no encontrarse en una situación similar?

Suspiró desalentada. Era una situación imposible. Preston Harvey no era como ninguno de los otros empleados. ¿Cómo podría explicarle a Brandon, a Sofía o a Lauryl los motivos que tenía para pedir que fuese despedido? No los conocía bien.

Había llegado al acantilado y podía ver la casa en lo alto. ¿Podría Mason pensar que estaba portándose histéricamente? ¿Cómo le diría lo que Preston había comentado sobre su relación? Dudaba que pudiera repetir las palabras y, además, Harvey siempre las negaría.

¿Qué podía decir? ¿Qué había hecho él? Le había cogido el brazo mientras le hablaba y le había dicho que su piel era suave. Hasta ahí no había nada de terrible. Se inclinó y, distraídamente, se puso los zapatos, cualquier cosa para retrasar la vuelta a la casa. No podía expresar con palabras la sensación de amenaza que había experimentado al tocarla Preston. Deseaba poder ir a ver a Mason y contárselo todo. No quería compartir una intriga tan desagradable con un hombre que sentía, por instinto, que era tan poco escrupuloso como Preston Harvey. Algo en él hacía que Adelyn lo rechazara con todas sus fuerzas, y decidió que nunca le volvería a permitir otra familiaridad.

CAPÍTULO 4.

Subió la pendiente rocosa y cruzó el césped hasta llegar al pórtico de pilares. Tenía calor y se sentía incómoda por un escozor en la nuca, debido, sin duda, al cabello que llevaba fuertemente atado. A Mason le gustaba más así, que suelto sobre los hombros. Al entrar en el vestíbulo, vio a una joven sentada en el escalón más bajo de la escalera. Era pequeña y morena, con facciones firmes y arrogantes. Adelyn no dudó que era la hija de Mason.

— ¿Evie? — se atrevió a preguntar, soltándose el cabello y acercándose a ella.

La joven, que se había puesto en pie y parecía querer dar media vuelta, no tuvo otra alternativa que admitir su presencia.

— Señorita... Hamilton, ¿no es así? — preguntó con desagrado, y el ánimo de Adelyn se desplomó.

— Adelyn — contestó, procurando no demostrar desilusión — . Caitlin, en realidad, pero nadie me llama así.

— ¿Cómo está usted, señorita Hamilton? — Evie le tendió una mano con fría expresión y Adelyn se la estrechó con una sensación de molestia.

— ¿Se siente mejor? — le preguntó, adivinando que la joven no iniciaría la conversación.

— ¿Habla su formación profesional de enfermera, señorita Hamilton?

— Todavía no hay cura radical para la jaqueca, pero tengo unas tabletas que pueden aliviar su molestia, Evie. — Adelyn trataba de no intimidarse.

— Lo dudo — el tono de la hija de Mason era malicioso — . ¿Sabe? Mi indisposición no es tanto física como mental.

— Lo siento — dijo Adelyn, desconcertada.

— ¿De veras, señorita Hamilton, de veras lo siente?

Adelyn miró a su alrededor, impaciente. Evie no tenía intenciones de ser amigable y si esta no hubiera estado parada al pie de la escalera, ella hubiera subido a su habitación. Mas, dado que Evie era una barrera, Adelyn se volvió y caminó hacia el salón.

— Confío en que limpiará sus zapatos antes de entrar a la sala. — La odiosa voz de la joven, sonando a su espalda, la detuvo.

— ¿Cómo ha dicho? — Adelyn la miró.

— Sus zapatos — repitió Evie — . Están llenos de arena.

Adelyn se mordió los labios. Era cierto: sus zapatos dejaban un rastro de arena en el suelo de mármol.

— ¿Ha estado caminando? — preguntó Evie con los ojos entrecerrados. Adelyn asintió.

— Un paseo corto — contestó en tono indiferente, mas preocupada por el rubor que le subía de la garganta a las mejillas.

— ¿Se ha encontrado a alguien... durante su paseo?

— No — Adelyn se dio cuenta de que había contestado con demasiada rapidez, pero ya era tarde para recriminarse, así que intentó compensar su falta — . ¿Debía hacerlo?

— ¿Se ha lastimado el brazo? — Evie había notado las acusadoras marcas rojas.

— Me... me he caído — Adelyn esperaba convencerla — sobre una roca.

— ¡Qué mala suerte! — Evie no la creía, pero Adelyn comprendió con cierto alivio que no la podía llamar mentirosa.

En aquel momento apareció Lauryn.

El murmullo de las voces debía haber llamado su atención, pensó Adelyn. Llevaba una bandeja con ensalada, fruta y una jarra de café negro, así que la curiosidad no era la única razón de que hubiese aparecido. Se sorprendió de encontrarlas; Evie parecía furiosa.

— ¿Quiere que le lleve esto a su cuarto, señorita Evie? — preguntó.

Entonces comprendió Adelyn: Evie, dándose cuenta de que la casa estaba quieta y silenciosa, había bajado para ordenar que le subieran algo de comer. Adelyn dudaba que tuviera dolor de cabeza y su expresión debió delatar lo que pensaba.

— Ya no es necesario, ¿verdad? — dijo Evie con frialdad — . Déjalo en el patio, Lauryn; comeré allí.

— Sí, señorita.

Lauryn cruzó la sala con la bandeja y Evie se quedó mirando a Adelyn.

— ¡Bueno! — dijo a la defensiva — . ¡No tengo por qué sentarme a la misma mesa que la querida de mi padre!

— ¡Da la casualidad que no soy la querida de su padre! — Adelyn la miró con desprecio — . ¡Pero si lo fuera, tendría más respeto su padre por mí que por una hija a la que no parece importarle si vive o se muere!

— ¡Sí, me importa! — exclamó Evie, indignada.

— ¡Pues entonces tiene un modo muy raro de demostrarlo! — replicó Adelyn, enojada

— . ¡Escondiéndose en su cuarto, haciéndose la enferma! ¡Si tiene alguna objeción a nuestro matrimonio, entonces, por Dios Santo, diga lo que sea!

— Si tengo alguna objeción... ¡Oh! Me niego a seguir aquí parada discutiendo con usted. No podría entenderme.

— Haga la prueba.

— He conocido mujeres como usted, que se aprovechan de la debilidad de un hombre para que haga cosas que de otro modo no haría. Discúlpeme, señorita Hamilton, pero creo que mi café se enfría.

Rápidamente, cruzó el vestíbulo con un sorprendente dominio de sí misma, considerando que momentos antes había estado a punto de perder en la disputa. Adelyn comprendió que, al salirse de sus casillas, había caído en el juego de Evie.

Subió la escalera, pensando que todo estaba saliendo desastrosamente. Se sentía amargada, sabiendo que era una intrusa y reflexionando sobre cómo salir adelante.

Se detuvo ante la puerta de Mason, y luego, decidiendo que si no estaba despierto lo despertaría, abrió la puerta. La cama estaba vacía y miraba sorprendida, cuando él salió del baño con unos pantalones informales y una camisa blanca de seda. Su color había mejorado mucho después de haber dormido y hasta sus ojos habían perdido la expresión de cansancio.

— ¡Adelyn! — exclamó suavemente, aproximándose a ella — . ¿Dónde has estado? Iba a ir en tu busca.

Adelyn no le contestó. Mason la ciñó por la cintura y ella levantó las manos para ponérselas en los hombros.

— ¿Has dormido bien? — le preguntó — . ¿Cómo te sientes?

— He dormido muy bien y me siento de maravilla — le aseguró. La estrechó más contra su cuerpo — . Ahora contéstame, ¿dónde has estado?

— ¡Oh! He ido a pasear — dijo Adelyn con indiferencia — . Fui a la pla... ¡Oh!

Ella miró sus pies y Mason retrocedió un paso e hizo lo mismo.

— ¿Qué pasa? — preguntó — . ¿Qué es lo que ocurre?

— Mis zapatos... — se lamentó ella — . Están llenos de arena. Evie me ha dicho...

Se interrumpió al darse cuenta de lo que estaba diciendo, y Mason hizo una mueca.

— Así que has hablado con Evie — dijo, preocupado.

— Yo... pues sí.

— Yo también — añadió Mason con cierta tristeza, sorprendiéndola — . Ella ha venido aquí, hace un rato y me ha despertado. Hemos hablado... unos minutos.

— ¿Ella te ha despertado? — por un momento, Adelyn olvidó que intentaba hacer exactamente lo mismo y sintió indignación — . Qué... quiero decir... ¿Cómo está?

Mason la acercó a sí otra vez y apoyó su cara en el hueco del cuello de la joven.

— No hablemos de Evie ahora — dijo — . ¡Oh! Tu cabello está húmedo. ¿Has estado corriendo? No debes exagerar con este sol en tu primer día aquí, querida.

— Tenía calor. — Se negaba a recordar aquella escena tan terrible con Preston, que todavía tenía la capacidad de producirle un sudor frío.

— Yo sugeriría que te ducharas y después tomáramos el té juntos — dijo Mason acariciándole las mejillas y poniendo su boca sobre la de ella — . Querida — susurró emocionado — , eres tan dulce... No sé qué haría sin ti.

— Bueno, eso no sucederá — dijo Adelyn suavemente, acercando su cuerpo al de Mason, quien la abrazaba antes de dejarla ir.

— No te demores. Aquí te espero. Bajaremos juntos.

Con alivio, Adelyn observó que Evie no ocupaba ya la mesa del patio. Sin duda había regresado a su habitación y a lo mejor intentaba quedarse allí el resto del día. A Adelyn no le importaba si lo hacía o no. Tarde o temprano, ella y Evie tendrían que llegar a un acuerdo.

Era muy agradable estar sentada en el patio con la fresca brisa del atardecer, escuchando a Lauryn hacer jurar a su amo que se cuidaría. La gorda cocinera lo trataba con afecto; como Brandon, lo conocía desde niño. Nada dijo de lo que había oído que hablaban las dos jóvenes, aunque Adelyn adivinaba que debía haberlas escuchado discutir cuando preparaba el almuerzo para Evie.

Con el té indio, bastante fuerte, Lauryn les sirvió unos pequeños y deliciosos pastelillos. Cuando hubieron terminado, Mason sugirió que dieran un paseo y Adelyn estuvo de acuerdo, siempre y cuando no se fatigara.

— Nada más iremos hasta el estanque y regresaremos — dijo él, y la joven no pudo discutir, porque no sabía dónde estaba el lugar al que se refería.

Resultó ser un estanque con lirios, que se encontraba entre las plantas y arbustos silvestres que crecían más allá del enrejado del patio.

— Cuando era niño, aquí solía haber peces de colores — comentó Mason, con tristeza, y Adelyn le apretó el brazo, procurando alejarlo de allí.

— Prefiero el mar — dijo, arrugando la nariz por el desagradable olor del estanque, y él sonrió.

— Está bien. No espero que puedas imaginarte cómo era, ¿verdad? — Mason permitió que lo llevara por un camino cubierto de musgo — . Mañana, por supuesto, debes ir a

nadar. Si al menos estuviera lo bastante bien para ir contigo... ¡Maldito sea este corazón tan débil que tengo!

— Si tu corazón no te hubiera fallado, no nos hubiésemos conocido — le recordó Adelyn con gentileza, y él se inclinó para besar su mejilla.

— Y no debo olvidar eso, ¿no es así? El acontecimiento más importante de mi vida.

— ¡Oh, Mason! No digas esas cosas.

— ¿Por qué no? Es la verdad.

— Pero tu esposa... Amy.

— Me casé con Amy porque era conveniente para mí. En aquellos días el dinero suponía un incentivo. ¿Tienes idea de lo que cuesta mantener una plantación de este tamaño?

— ¿Quieres decir que te casaste con tu primera esposa... por dinero?

— ¡No del todo, no del todo! — exclamó Mason — . Era una mujer atractiva, no lo niego, varios años mayor que yo, y... bueno, no tiene importancia por qué nos casamos. Lo hicimos y fuimos felices, en cierto modo.

Adelyn le retiró la mano del brazo. No deseaba molestarlo, pero encontraba difícil aceptar lo que decía por la imagen que tenía de él. Ella, naturalmente, pensaba que había querido a su primera esposa y que por esa razón había permanecido viudo todos aquellos años. Parecía que no era así.

— Adelyn — la tomó por la cintura — . ¿Qué pasa? ¿Te he escandalizado? Seguramente no. En esta época la gente se casa por razones menos lógicas.

— Yo pensaba que habías amado a tu esposa, Mason — murmuró.

— ¡Oh, Adelyn! — suspiró — . Aquí, la conveniencia es a menudo más importante que el amor.

— Y yo te convengo. ¿Es eso lo que pretendes decir? — preguntó, tensa.

— No — él le tomó la cara entre las manos — . Tú debes saber que la conveniencia nada tiene que ver con lo que siento por ti.

— ¿Entonces es una burla lo que has dicho antes?

— Supongo que lo es — suspiró e inclinó la cabeza.

Adelyn titubeó y al ver su expresión de cansancio, dejó de mostrarse tan severa.

— ¿Y Evie? — preguntó suavemente — . ¿Es por eso por lo que no está de acuerdo?

Mason puso un brazo sobre sus hombros, y caminaron lentamente hacia la casa.

— ¿Te ha dado esa impresión también? — frunció el ceño — . Eso temía.

Adelyn se había abstenido de decirle exactamente lo ocurrido entre las dos, pero era obvio que Evie le había dicho a su padre más o menos lo mismo.

— Me tiene rencor — contestó con firmeza.

— Sí — asintió Mason con tristeza — , y debí suponerlo. Eres más joven que ella y Evie ha sido la señora de la casa por mucho tiempo.

Adelyn sintió una gran impotencia. Había tenido tantas ganas de ir allí..., y ahora todo salía mal. ¿Se debía a la actitud de Evie solamente, o sería que la confesión de Mason acerca de su esposa influía negativamente en ella? ¿Y por qué la había molestado tanto el desprecio de Preston Harvey?

Mason se tomó las cosas con calma durante unos días. A pesar de los temores de Adelyn de que pudiera dedicarse inmediatamente al trabajo de la plantación, él pareció comprender que un esfuerzo innecesario retrasaría su recuperación, y esto era lo que

más quería. Él sabía que Adelyn no consentiría en casarse hasta que no se sintiera bien, y desde que regresaran a la isla, el deseo de Mason de que se convirtieran en marido y mujer se hacía más grande cada día.

La situación en la casa había mejorado poco. Adelyn casi no veía a Bárbara y en ocasiones pensaba qué haría durante el día. En cuanto a ella, desayunaba con Mason en su habitación y mientras él se aseo, ella arreglaba la habitación. Algunas veces bajaban juntos a desayunar en el patio.

Más tarde, por la mañana, o bien iban a caminar por la playa o al pueblo.

Las tardes se le hacían largas a Adelyn. Mason siempre descansaba un par de horas después del almuerzo y ella quedaba en libertad para hacer lo que quisiera. Se había prometido ir a nadar en la primera oportunidad, pero no había podido hacerlo. No era que Mason se lo hubiera prohibido, pero le había advertido que era peligroso que lo hiciera sola, pues aunque en la laguna los corales estaban en franjas, el arrecife tenía algunas aberturas por donde un tiburón o una barracuda podían penetrar. No queriendo preocuparlo, le había asegurado que no se bañaría sola.

La noche solía ser la parte más animada del día. Algunas veces, después de cenar, iban en coche a St. Germain, y una vez fueron a casa del doctor francés a tomar una copa. A Adelyn le fueron simpáticos Zachary Burns y su esposa Cerys, que era alrededor de ocho años mayor que ella. Aunque Zachary estaba en los cuarenta, era de aspecto juvenil y atractivo. Adelyn conoció a la institutriz americana también, Raelyn Walters, que resultó ser amiga de Evie, y le demostraba a la prometida de Mason cierta hostilidad.

— Deberíamos dar una cena — le dijo él una mañana mientras tomaban café en el patio — . ¿Te gustaría?

Adelyn, que examinaba el bronceado de sus piernas con cierta satisfacción, lo miró indecisa.

— ¿Crees que deberíamos? ¿No sería mejor esperar un poquito más de tiempo?

— ¿Quieres decir hasta que esté más fuerte? Me siento mejor cada día y no creo que una cena me vaya a cansar mucho, querida. Precisamente ayer le decía a Preston...

Él se calló de repente y Adelyn se le quedó mirando.

— ¿Tú... viste a Preston... al señor Harvey ayer?

— Por la tarde vino a verme. Yo estaba echado, pero no dormía.

— No creo que deba venir cuando tú descansas.

Lo miró esperando que la censurara, pero fue él quien pareció inquieto.

— Si tienes que saberlo, yo le mandé recado para que viniera. Tenía que hablarle. Me siento tan... fuera de lugar, tan inútil... Ya debería haber ido a la oficina.

Adelyn respiró más tranquila, pero no podía dejar de sentirse molesta al saber que Mason había querido hablar con Preston sin decirlo nada a ella.

El doctor Isherwood te recomendó que tuvieras completo reposo durante tres meses, tú lo sabes.

— ¡Isherwood no tiene que manejar una plantación! — protestó Mason.

— Me parece que... que el señor Harvey la ha llevado satisfactoriamente mientras estabas ausente.

— Eso es precisamente — exclamó Mason impaciente — . ¡Si no ando con cuidado, acabaré no teniendo un puesto de trabajo!

— ¡Oh, Mason! Es tu plantación, ¿no es cierto? Nada puede alterar eso.

— Es mi isla — contestó pensativo.

— ¿Entonces...?

— Tú has oído que nueve décimas partes de los bienes son de la ley, ¿no es cierto? — dijo Mason, frunciendo el ceño.

— ¿Qué estás diciendo? ¿Qué... ese Harvey podría organizar cooperativas para los trabajadores o algo así?

— ¡Que lo intente! — rezongó él.

— ¡Oh, Mason!

— ¡Oh! No estoy diciendo que piense hacerlo. Es demasiado buen administrador. Pero los hombres lo respetan.

— ¡Entiendo que también a ti te respetan!

— ¿A una ruina como yo?

— Tú no eres una ruina...

— En cualquier caso, que Preston no intente nada de eso — murmuró Mason severamente — . ¡Este lugar es mío! ¡Lo vendería antes de permitir que se quedara con él!

— ¿Qué? ¿Aburrida tan pronto, señorita Hamilton?

El tono frío y hostil de Evie interrumpió la conversación.

— No deberías escuchar la conversación de los demás, Evie — dijo Mason muy serio — . ¿Dónde has estado? ¿No crees que es hora de que dejes ese antagonismo y hagas un esfuerzo para conocer a la madrastra?

— Todavía no lo es — dijo Evie con desdén — . Y aunque te cases con ella, que lo dudo, nunca aceptaré a una mujer más joven que yo como mi madrastra.

— ¡En realidad, Evie, esto es sumamente infantil! — Mason suspiró con cansancio.

— Bueno, yo soy tu niña. ¿No es cierto? ¿O ya se te ha olvidado?

— ¡Pero no te permitiré que insultes a mi novia! Si es necesario, ordenaré construir otra casa en la isla o fuera de ella si lo prefieres. ¡Y podrás llevarte tus resentimientos y tus agresiones!

— ¡Tú no harías eso! — se alteró Evie.

— ¿No me crees? Pues procura no hartarme. Evie dirigió una mirada maligna a Adelyn.

— ¡No esperes que sea amable... con ella!

— ¿Por qué no? Sois casi de la misma edad. Estoy seguro de que Adelyn se aburre aquí, como tú amablemente has hecho notar y me gustaría que la entretuvieras.

— ¡Oh, por favor...! — interrumpió Adelyn — . No necesito que me entretengan...

— Sabes montar, ¿no es verdad? — Mason la miró y ella asintió de mala gana.

— Montaba cuando era chica — respondió — . ¿Tenéis caballos aquí?

— Papá los desterró a los establos de la plantación cuando tuvo una mala caída — recordó Evie, con acritud — . ¿Verdad, papá?

— No había quien los cuidara aquí — replicó Mason con brusquedad. Miró a Adelyn — . Tú has visto cómo está todo y los sirvientes no son fáciles de conseguir.

— Yo realmente preferiría que no forzaras a Evie a atenderme — insistió Adelyn, pero Mason se mantuvo inflexible.

— Mañana — miró a su hija — . ¿Estás de acuerdo?

— Laseñorita Hamilton... ¿tiene traje de montar? — preguntó Evie con brusquedad — . Porque dudo que los míos le queden bien.

Era un insulto sutil, pero Mason lo ignoró.

— Adelyn tiene pantalones. No va a ir de cacería, Evie, sólo a montar contigo para distraerse.

Adelyn inclinó la cabeza. Aquello era terrible. ¿Cómo podría ir con alguien que la despreciaba tanto como Evie? A ninguna de las dos les daba Mason alternativa. Adelyn pensó en inventar una excusa a la mañana siguiente.

Aquella tarde no pudo descansar. Mientras Mason dormía, ella se puso a leer en la cama, haciendo un esfuerzo por no oír el ruido del mar, invitador. Después de la confrontación con Evie aquella mañana, era imposible que pudiera concentrarse en la trama de una novela histórica. La sugerencia de Mason de ofrecer una cena era algo que tenía que considerar, y se daba cuenta de las dificultades a las que tendría que enfrentarse, una vez que fuera la señora de la casa. Ahora Evie se ocupaba de todo.

Bajándose de la cama, fue a la ventana, no pudiendo resistir la insistente llamada del mar. Había llevado varios trajes de baño, pero hasta la fecha sólo los había usado para tomar el sol en el balcón. En Gran Bretaña, y en centros turísticos, había visto a las chicas ponerse una falda o shorts encima del bikini, ella podría hacer lo mismo.

No había nadie, y sabía que Evie no la buscaría a menos que la obligaran. Se preguntó si Evie nadaría a menudo. Nunca la había visto, pero desde luego, siempre andaba fuera de la casa.

Se puso el bikini, aunque no sabía si Mason lo aprobaría.

Afuera, el sol era candente. Rápidamente, Adelyn cruzó el césped, con miedo a que alguien la viera, y bajó el declive corriendo, hasta la playa.

¡Libertad! Suspiró, viendo por encima de los árboles las ventanas de la parte superior de la casa y sintiéndose culpable en cierto modo. Bueno, se justificó, hacía casi diez días que había llegado. Después de todo, tenía derecho a experimentar la ansiada caricia del agua.

Sentía que con toda intención violaba la confianza que Mason le tenía y se encontró caminando bastante lejos de la vista de las ventanas.

Dejó caer los zapatos en la arena y caminó por la orilla del agua. Sólo chapotearía un poco, se dijo con firmeza. Dejaría que el agua le cubriera los tobillos y se estaría allí poco tiempo.

El agua se notaba increíblemente tibia después de la primera impresión de frialdad, y con el sol dándole en los hombros descubiertos, deseó sumergirse por completo. ¿Qué de malo había en ello?, se preguntaba impaciente, sin encontrar una contestación. Su falda y sus gafas oscuras fueron a dar a la arena, junto con los zapatos, y se dejó ir sobre las olas.

Era maravilloso. Nunca había nadado en un agua que la hiciera flotar tan fácilmente. Un movimiento ligero de los brazos era suficiente para mantenerse y así nadó cierta distancia, encontrando un encanto sensual al sentir el agua sobre su piel acalorada. Se puso de espaldas y flotó mirando al cielo increíblemente azul. Luego se dispuso a regresar a la orilla.

Fue entonces cuando lo vio... un objeto negro, como una aleta moviéndose en el agua. Nunca había visto un tiburón. "No debo tener pánico", pensaba, recordando su entrenamiento de enfermera, pero su corazón latía desacompañadamente. La orilla no estaba lejos, podría llegar a ella fácilmente, pero sus brazadas no eran tan parejas ahora, y parecía no avanzar, no obstante el esfuerzo que hacía. Un sollozo se apoderó de su garganta mientras el objeto negro se acercaba sinuosamente a ella. Al volver el

rostro con expresión de terror, se encontró que "aquello" salía a la superficie.

Adelyn sintió tanto alivio que dejó de nadar, sumiéndose de inmediato bajo las olas. El agua cubrió su boca abierta y le entró por la nariz. Reaccionando, se obligó a salir a la superficie. Sintió entonces que una mano firme la tomaba por debajo del pecho, y unas piernas fuertes pataleaban con seguridad, llevándola hacia la orilla.

Al toser y frotarse los ojos impacientemente, la gratitud de Adelyn por su salvador se volvió una irritación molesta. Se tambaleó en la playa cuando él la soltó, echándose el cabello empapado para atrás y notándose muy incómoda al sentir sus piernas temblar. Tenía que ser él, pensó irritada, viendo cómo Preston se quitaba las gafas, la boquilla y los cilindros de oxígeno dejándolos caer en la arena. Se quitó la capucha del traje de buceo, sentándose junto a ella, que se había dejado caer en la arena.

— ¿La he asustado? — le preguntó, sin mostrarse preocupado.

Adelyn no se dignó contestarle. Buscó sus gafas de sol, necesitaba su protección entre ella y las penetrantes miradas de Preston.

Él la estudió por unos minutos y luego dijo suavemente:

— Podría haber sido un tiburón, ¿sabe? A veces se meten en la laguna.

— ¿Y no sabía que me estaba asustando? — preguntó con irritación contenida.

— Desde luego que lo sabía. Pero ¿qué diablos podía hacer? Si ya me había visto, ¿se habría sentido más segura si hubiera desaparecido?

— Dudo que haya pensado eso estando en el agua — replicó Adelyn, apretando los labios.

Él sonrió burlón, y se acostó cuán largo era, bajando el cierre hasta la cintura y dejando al descubierto su fornido pecho.

— Está bien — concedió — . ¡Así que soy ignorante, un sujeto indeseable! Pero eso ya lo había usted decidido antes, ¿no es cierto?

— Yo no he dicho eso — la miró indignada.

— ¿No? — sus peculiares ojos verdes la miraban detenidamente — . ¿Qué diría entonces? La última vez que nos vimos, tenía mucha prisa por alejarse.

— ¡Fue usted muy rudo! — dijo, doblando las piernas y poniendo sus brazos en torno a las rodillas.

— ¿No quiere decir rudo? — sugirió él, incorporándose un poco y recostándose sobre un codo. Como ella no contestase, agregó — , ¿no la ha prevenido su novio de que es peligroso nadar en la laguna?

Lo último que quería Adelyn era que le recordaran a Mason, justo en aquel momento. Ya estaba desconsolada por tener que quedarse allí hasta que su bikini se secara lo suficiente para poderse poner la falda. Pero, de cualquier modo, sus piernas, aún temblorosas, no la dejarían alejarse con dignidad, pensó.

— Me advirtió que no nadara sola.

— Pero no le ha hecho caso.

— No... sí. Bueno, quiero decir que no era mi intención nadar — replicó molesta.

— Trae puesto el traje de baño.

— ¡Qué observador! — replicó secamente — . También se suele tomar baños de sol en traje de baño, ¿sabe?

— Ah... — asintió — . No se va a broncear mucho si permanece sentada así.

— En este momento no trato de broncearme.

— ¡Ya...! Está haciendo un vano esfuerzo para ocultar que la molesto.

— ¡Qué vanidoso! — rió Adelyn con desprecio — . ¡Quizá le interese saber que dejé Gran Bretaña para alejarme de hombres como usted!

— ¡Oh! Creí que había dejado Gran Bretaña porque se va a casar con Mason.

— No tengo por qué quedarme aquí sentada hablando con usted — contestó bruscamente — . Le agradecería que me dejara sola.

— ¿Por qué? ¿Por qué deshago sus bien calculados planes de ambiciosa?

— ¡No soy ambiciosa! — contestó indignada, poniéndose de pie al comprender lo que él estaba sugiriendo.

— ¿No? — él también se levantó, pero con más calma — . Entonces, ¿por qué se va a casar con él?

— ¿Por qué me voy a...? ¡Quizá le interese saber que quiero a Mason! Le quiero... ¿entiende usted?

— Ya la he oído, así que no hace falta que sea tan enfática — le contestó con tono guasón, la mirada insolente recorriendo su cuerpo — . Bonitas piernas — agregó.

Adelyn no tenía con qué cubrirse y le quemaba el cuerpo su deliberado escrutinio. El taparse parte de cuerpo con la mano, sólo sería más insinuante, así que permaneció parada un momento, odiándolo por hacerla sentirse tan baja. En un intento de seguirle el juego, trató de examinar detenidamente su fornido cuerpo, pero el traje de hule mojado moldeaba sus músculos con minuciosidad y apartó su vista, turbada.

Estuviese o no seca, se pondría la falda, pensó, y le dio la espalda a Preston, comprendiendo que el temblor de sus piernas, ahora, no se debía al esfuerzo que hiciera en el agua.

Tenía tanta prisa que el cierre se le enganchó y, por más que lo intentaba, no podría arreglarlo. Él oyó su exclamación exasperada y se acercó a ver qué le sucedía.

— Deje que se lo arregle.

Ella le lanzó una mirada furiosa.

— Gracias, yo puedo — contestó, inclinando la cabeza — . ¡Sería mejor que se quitara ese traje, en lugar de perder el tiempo observándome, y se pusiera a trabajar!

— No creí que aprobara que me lo quitara ahora. Se me olvidaba que usted es enfermera. Debe estar acostumbrada a ver hombres desnudos, ¿no es cierto?

— No tal como insinúa — exclamó, ruborizándose — . No... no sabía... no pensé... ¡Oh! Es usted despreciable.

— ¿Por qué? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué le recuerdo todo lo que va a perder?

— ¡Se halaga a sí mismo en exceso!

— ¿Usted cree? — Sus manos se deslizaron repentinamente sobre los tersos hombros de Adelyn hasta el corte en "v" del sostén, y parecían quemarle la piel.

Se echó para atrás de un salto, sosteniendo su falda con una mano y con la otra, frotando furiosamente allí donde. Las manos de Preston la habían rozado.

— ¡No me toque! — dijo ahogándose y, sin poder resistir la ansiedad que advirtió en los ojos masculinos, giró y corrió, dando traspiés, a lo largo de la playa.

Bajo la protección relativa de los árboles, logró arreglar el cierre y sujetarse la falda, pero sus zapatos y sus gafas de sol tendrían que quedarse donde estaban hasta que pudiera ir a recogerlos...

CAPÍTULO 5.

Cuando salió Adelyn de la casa a la mañana siguiente, Evie estaba recostada en el capó del viejo "Mini Cooper" que usaba para ir por la isla. Sofia le había informado que la señorita Evie saldría para los establos a las nueve de la mañana. Adelyn se puso un par de pantalones gruesos y una cazadora y, con gran satisfacción de Mason salió, dejándolo que terminara de desayunarse solo. Sospechaba que parte de su interés en que ella fuera a montar, era debido a la libertad que le daría para atender asuntos de la plantación durante su ausencia, y ella no podía prohibirle, por supuesto, que viera a sus empleados.

Pensaba si Mason vería a Preston aquella mañana y sus nervios se alteraban ante la posibilidad de que le dijera dónde había estado su novia la tarde anterior. Al llegar a su habitación sin ningún incidente, Adelyn había decidido no decirle a Mason dónde había estado y, aunque trataba de convencerse de que era porque no quería preocuparlo, en realidad tuvo que reconocer que era para evitar tener que dar explicaciones sobre su encuentro con Preston. Ahora se daba cuenta de que había sido una estupidez. Si Preston le decía lo que ella había estado haciendo... ¿Y por qué no habría de hacerlo, después de todo...? Mason bien podría pensar que tenía otras razones para ocultarle su encuentro. Suspiró. Ya era demasiado tarde para pensar en ello, admitió resignada y bajó los escalones para ir con Evie, sintiéndose muy deprimida.

— ¿Estás lista? — la hija de Mason miraba con desdén los vaqueros y la cazadora de Adelyn.

— Sí. Vamos.

El modo de conducir de Evie dejaba mucho que desear. Adelyn se mantuvo en silencio, rezando para que el viaje no durase mucho. No tenía idea de hacia dónde iban o si sería muy lejos.

Pasaron por caminos entre tallos altos de caña y avanzaron luego por un sendero escabroso hacia un grupo de edificios. Podía ver varios cobertizos y una construcción con una chimenea alta, así como pequeños edificios que parecían tiendas u oficinas. No veía ningún establo, pero en aquel momento Evie frenó y Adelyn comprendió que habían llegado a su destino.

Sin esperar el permiso de la otra joven, Adelyn abrió la portezuela y bajó, apoyándose en el costado del auto. Aspiró profundamente, notando que el malestar persistía en su cuerpo al sentir la solidez de la tierra bajo sus pies. Sólo pensar en el viaje de regreso la llenaba de terror. Entonces oyó que Evie le hablaba a alguien y se apartó del coche, volviéndose para ver quién era.

Un hombre había salido de uno de los edificios para saludarlas. Era de mediana estatura y bien parecido, con bigote negro y cabello rizado, muy corto. Vestía, con mayor formalidad de lo que era costumbre en la isla, pantalones negros, chaqueta y camisa blanca, abierta en el cuello. Sonreía cortésmente a Evie, pero cuando Adelyn lo miró, sus ojos oscuros se posaron en ella, agrandándose con evidente admiración.

Evie no podía dejar de notar el cambio de su expresión y, con un movimiento brusco, empujó a Adelyn hacia delante, diciendo:

— Este es Jayden Robbins. Él trabaja aquí, en la oficina.

— ¿Cómo está? — preguntó Adelyn con una débil sonrisa.

— La señorita Hamilton, la enfermera de mi padre.

— Mucho gusto en conocerla, señorita Hamilton — la respuesta de Jayden fue efusiva

— ¿Ha venido a conocer la plantación?

— No. Ha venido a montar conmigo — replicó Evie. Miró a su alrededor y preguntó — . ¿Está Preston?

Adelyn se puso tensa, pero los otros se miraban y no observaron su reacción instintiva.

— No — dijo Jayden para alivio de Adelyn — . No lo he visto esta mañana.

— ¿Anoche lo viste? — preguntó Evie, con disgusto evidente — . Lo llamé, pero no estaba en casa.

— Preston no me tiene informado de sus actividades, señorita Russell — respondió Jayden con toda cortesía, mas Adelyn comprendió que existía una antipatía oculta entre los dos.

Por alguna razón, a Jayden Robbins no le agradaba Evie y el sentimiento era recíproco.

Parecía que Evie iba a decir algo más, pero miró a Adelyn con impaciencia y cerró los labios. Lo que hubiera entre ellos, tenía que ver con Preston, pensó Adelyn, pero no podía imaginarse qué relación podía existir.

Evie regresó al coche para recoger el sombrero y la fusta. Entretanto, Jayden le preguntó a Adelyn cómo estaba el señor Russell.

— Espero que pronto regrese a su oficina — comentó Jayden antes de agregar — . Me imagino que se habrá sentido reacio a dejar a su atractiva novia.

— ¿Usted sabe de... mi relación con el señor Russell?

— La isla es un viñedo, señorita Hamilton. Lo que se le inyecta a una uva, pronto se esparce por todo el cultivo — dijo Jayden, sonriendo.

Si así era, pensó Adelyn, alarmada, tarde o temprano Mason sabría de su involuntaria relación con Preston Harvey.

— Vamos — ordenó Evie.

Adelyn no se había dado cuenta de que la hija de Mason ya había vuelto y, con una mirada de disculpa a Jayden, la acompañó por un sendero que llevaba al establo. A un lado había una fila de pesebres. Uno o dos caballos sacaban la cabeza por encima de las medias puertas. Un hombre que barría se volvió al oír el ruido de las botas de Evie, quitándose la gorra.

— Buenos días, Abel. ¿Están listos los caballos?

Evie era autoritaria y el mozo de cuadra dejó su escoba y asintió.

— Listos y esperando, señorita.

Ella le dio las gracias con una inclinación de cabeza, antes de cruzar el patio y dirigirse a donde estaban los dos caballos atados con un ronzal a la rama de una higuera. Adelyn la seguía.

El caballo asignado a Evie era grande, mucho más poderoso que la yegua alazana escogida para Adelyn. Era otro propósito intencionado para hacer que se sintiera inferior, pero, ya sobre la silla, no había mucha diferencia entre ellas. La yegua era más joven que el caballo y, por lo tanto, más vivaz y ágil, lo que compensaba su inferioridad de tamaño.

Hacía años que Adelyn no se sentaba en una silla de montar y temía caerse o hacer el

ridículo frente a Evie. Enseguida descubrió que era algo que no se olvidaba y pronto iba a medio galope, sintiendo una ligera incomodidad al final de la espalda, por el contacto con el cuero duro.

Atravesaron la plantación hasta llegar a la parte alta de una colina, desde donde era posible ver St. Germain.

Evie no hizo el intento de ir junto a Adelyn: prefirió adelantarse, dejando que la siguiera como pudiera y como la joven inglesa no conocía la isla, en ocasiones perdía de vista a Evie sobre todo en las curvas e incluso estuvo a punto de meterse en un terreno pantanoso, antes de darse cuenta de que su acompañante no podía haber tomado aquel camino.

Aparentemente, se dirigían a la cima de uno de los cerros que se levantaban de norte a sur. Allí el viento era más fresco.

Una angosta meseta proporcionaba un lugar para descansar y como Evie bajó del caballo, también lo hizo Adelyn. Le dio unas palmaditas a la yegua en el cuello y dejó que le arrimara el hocico al hombro. Se sobresaltó al darse cuenta de que Evie estaba hablándole.

— ¡Tú debes comprender que lo que mi padre siente por ti es sólo un capricho! No se casará contigo y lo sabes. Hubo otras mujeres antes, y no lo hizo con ninguna.

— Ya lo veremos — murmuró, determinada a no enojarse.

Evie echó las riendas del caballo a un lado para sacar una cajetilla de cigarrillos de su bolsillo. No le ofreció a Adelyn. Se puso uno entre los labios, y lo encendió.

— ¿Cómo conseguiste que te ofreciera matrimonio? — insistió, volviendo al ataque — . Supongo que su enfermedad tuvo mucho que ver. Sin duda lo hizo consciente de su propia mortalidad.

— ¿Por qué te afliges con esas fantasías? ¿Por qué no puedes aceptar que tu padre enviudó hace muchos años y que se siente... solo?

— ¡No está solo! Me tiene a mí. — hizo una pausa especulativa — . Aunque no estaba con él cuando le dio el ataque. Eso pudo, quizá, impulsarlo a proponerte matrimonio, ¿no es cierto?

— ¡Oh. Evie...! — Adelyn sacudió la cabeza y se volvió, pensando que no podría lograr nada en contra de tal prejuicio. Entrecerró los ojos y miró la isla, que se dominaba desde arriba. Conmovidas sus emociones por la belleza del lugar, hizo otro intento — . Y cuando te cases, ¿quién lo cuidará?

— No me voy a casar — dijo Evie con brusquedad.

— ¿Cómo puedes decir eso? Podrías conocer a alguien...

— Ya he dicho que no me casaré... — insistió Evie con frialdad.

Adelyn frunció el ceño. Cuando estaban en la plantación, por un instante había sospechado que a Evie le interesaba Preston. Su preocupación por saber dónde estaba, qué había hecho, y el curioso antagonismo entre ella y Jayden, parecía indicar que había cierta relación entre los dos. Esta idea llenó a Adelyn de preocupación, acordándose de cómo la había mirado Preston. Por mucho que le desagradase Evie, era la hija de Mason y no deseaba que le hicieran daño.

Mas parecía que se había equivocado otra vez y, sintiéndose fracasada, hizo un ademán y se sentó en el césped.

Pensó que Evie se le acercaría, aunque fuera físicamente, mientras fumaba su cigarrillo, pero, antes de terminarlo, vio que se montaba rápidamente en el caballo y

apenas tuvo tiempo de ponerse de pie, cuando Evie ya se había ido galopando cuesta abajo, dejándola que se las arreglara como pudiese para volver al establo.

Su primer impulso fue ir tras ella, pero su orgullo la dominó y, apretando los labios, se volvió a sentar, esperando que se acallara el último eco de los cascos del caballo que se alejaba.

Una mirada a su reloj le hizo notar que iban a ser las once y, con calma, tomó las riendas de la yegua y se montó. Estimaba que había transcurrido cerca de una hora hasta llegar donde se hallaba, así que, por lógica, le debería tomar el mismo tiempo regresar. Ya en la casa, afrontaría el problema; siempre había la posibilidad de que Evie estuviera esperándola en los establos.

Después de cabalgar durante veinte minutos, se dio cuenta de que había tomado el camino equivocado. El sendero que seguía iba en descenso, pero no la llevaba a la plantación de azúcar. Sin embargo, podía ver abajo los techos de paja del poblado.

Desmontó a sus afueras, buscando a alguien a quien preguntarle el camino. Un grupo de niños jugaba en un lugar cercado. Comprendió que debían estar en una escuela. Tranquila, ató la yegua a la cerca y a continuación la puerta se abrió. Los niños la miraban con interés y Adelyn preguntó dónde podría encontrar a la profesora.

Varios de ellos trataron de contestar al mismo tiempo, y el alboroto que provocaban era ensordecedor. Estaba a punto de dirigirse al colegio, cuando un silbato autoritario los llamó al orden y Adelyn dirigió la vista hacia la terraza, con una mirada de disculpa.

Dos personas, un hombre y una mujer, salieron del edificio de la escuela. La mujer era casi tan alta como ella, delgada y muy atractiva. El hombre que iba a su lado, vestido más formalmente de lo que Adelyn lo había visto hasta entonces, era Preston Harvey.

La mujer habló unas palabras con Preston y luego bajó los escalones, dirigiéndose hacia donde estaba Adelyn. Les ordenó a los niños que entraran antes de hablar con su visitante.

— ¿Podemos ayudarla? — preguntó, sonriéndole.

Adelyn observó que la mujer tenía alrededor de treinta años. Su cutis era muy terso y, por su blancura, se notaba que rara vez se exponía al sol. Se la veía muy amigable, pero Adelyn, consciente de que Preston todavía estaba en la terraza con las manos apoyadas en el barandal, dijo:

— Es... estaba paseando a caballo y me he perdido. ¿Podría indicarme cómo regresar a los establos de la plantación?

— ¡Ah, ya veo! Por un momento he pensado de dónde vendría — la maestra titubeó, mirando hacia Preston — . ¿No quiere pasar, señorita Hamilton? Debe tomar algo antes de irse. Hace mucho calor y debe tener sed.

— Estoy bien, en realidad — contestó, adivinando que Preston le había dicho quién era cuando bajaban los escalones.

Sus ojos la miraban ahora con burla y ella tenía la sensación de un hormigueo muy desagradable al pensar cuál sería su relación con la atractiva maestra.

— Buenos días — la saludó él con calma — . ¿Ha perdido el camino?

— Así es — Adelyn concentraba su atención en la mujer — . Si pudiera indicarme dónde están los establos...

— ¿Ha estado paseando sola?

La pregunta de Preston se adelantó a cualquier contestación que la maestra pudiera haberle dado, y Adelyn hundió las uñas en las palmas de sus manos.

— No — respondió tensa, volviéndose a la mujer — . ¿Sigo por ese sendero de allá?

— ¿No le vas a ofrecer a la señorita Hamilton un refresco, Lara? — preguntó Preston.

— Se lo he ofrecido, pero dice que no le apetece nada.

Preston la tomó del hombro con familiaridad.

— Creo que Mason se opondría a que la dejáramos ir sin que tomara algo, ¿no cree? Vamos, señorita Hamilton, Lara tiene zumo de limón bien frío en el frigorífico.

— Lo siento, señorita... señora...

— Fowler — dijo Preston — , señora Lara Fowler.

Adelyn dio un paso hacia un lado, para apartarse de él, pero pensó que sería desagradable para Lara Fowler que siguiera negándose. Subió los escalones de la terraza detrás de ella y le preguntó cuántos alumnos tenía la escuela.

Lara le explicó que sólo tenía dos clases: a los niños más pequeños los enseñaba una exalumna y los otros recibían educación general de ella misma.

A Adelyn le fue simpática Lara Fowler. Entraron en una especie de sala de estar y allí la maestra habló con más libertad. Preston tenía menos oportunidad de hacer comentarios irónicos. Las dos mujeres ocuparon los únicos sillones que había en la estancia y, a juzgar por la tibieza del asiento que Lara ofreció a Adelyn, había sido ocupado recientemente. ¿Qué estarían haciendo antes de su llegada?, se preguntó. Ahora, Preston se había sentado en una silla y escuchaba la conversación. Ella sospechaba que no se le escapaba nada de lo que hablaban.

— ¿Ha estado en la isla con anterioridad, señorita Hamilton? — le preguntó Lara, después de dirigirle una mirada a Preston.

Se sonrojó disculpándose al coger el vaso y beber un sorbo de su zumo helado de limón, tratando de recuperar la compostura. Lo último que deseaba era provocar los celos de Lara. Ya tenía suficientes problemas de aquella índole.

— E... es demasiado lejos para que la mayoría de las personas puedan hacer el viaje y además muy costoso — contestó.

— Lo bueno es conseguir que alguien costee el pasaje — dijo Preston para molestarla y ella deseó poder devolverle el insulto.

— ¡Tus modales no mejoran, Preston! — exclamó Lara con voz severa de profesora.

Adelyn esperaba que él replicara, pero se asombró al ver que sonreía, mirándola con cara de arrepentimiento.

— No soy uno de tus alumnos, Lara — dijo sin rencor.

— Tanto peor — respondió ella, moviendo la cabeza.

— Sin duda usted estará de acuerdo con ella — apuntó Preston, dirigiéndose a Adelyn.

— ¿Cree que le gustaría vivir aquí? — intervino rápidamente la maestra.

— Es una isla muy hermosa — dijo Adelyn, pensando que aquello, en realidad, no era ninguna contestación.

— Quizá debas preguntarle mejor qué piensa de las personas — dijo Preston, bromeando, e Lara lo miró impaciente.

— No le haga caso, señorita Hamilton — suplicó, levantándose para servirse más zumo

— . ¿Por dónde ha estado paseando a caballo?

Antes de que Adelyn pudiera contestarle, Preston se levantó e interceptó a Lara cuando se dirigía al frigorífico. Ella volvió a tomar asiento y él cogió la jarra.

— Eso me recuerda algo — contestó, dándole a Lara el vaso lleno de nuevo — . ¿Dónde está su acompañante? Antes ha dicho que no iba sola.

— Yo... nos separamos. — Sintió su mirada escrutadora.

— Era Evie, ¿no es cierto? — dijo Preston con seriedad, y la forma rápida en que ella levantó la cabeza, la delató — . ¡Querida Evie! — miraba a Lara — . ¿Qué es lo que se propone? La isla es muy pequeña para perderse.

— Ha sido culpa mía — exclamó Adelyn de inmediato — . Yo... hace años que no montaba. No he podido mantenerme a su paso. Es probable que me esté buscando en este momento.

— No se esfuerce — respondió Preston pensativo, e Lara hizo un gesto de preocupación.

— ¡Preston! No sabes lo que ha pasado en realidad. ¡No saques conclusiones precipitadas!

— ¿No? — la miró con ojos de reto, pero al no cambiar ella su expresión, se encogió de hombros — . Está bien — volvió a mirar a Adelyn — . Para satisfacer mi curiosidad... ¿cómo fue que la invitó?

Adelyn se levantó, tratando de eludir la respuesta.

— La verdad, debo irme. Muchas gracias por el zumo de limón. Estaba delicioso. Si me indican cuál es el camino...

— Yo la llevo — dijo Preston; era precisamente lo último que Adelyn deseaba.

— Soy perfectamente capaz...

— Estoy seguro — concedió él, acercándose a Lara para besarla en la mejilla — . Te veré mañana.

Lara asintió, poniéndose de pie, pero Adelyn no se movió.

— ¿Ha venido hasta aquí a caballo, señor Harvey? — preguntó, tensa.

— No. He venido en el Jeep. Pero no se preocupe; después enviaré a alguien para que recoja su yegua.

— Preferiría regresar con ella — insistió, pero él no hizo caso de sus objeciones.

— Hace demasiado calor y, además, no trae sombrero. ¡Vamos! Lo digo en serio. Si no iba con Preston, Lara podría pensar que tenía una razón especial y mientras más discutiera, más sospechas provocaría.

Sintiéndose inútil, acompañó a Preston y bajaron los escalones de la terraza. Fue entonces cuando Adelyn trató de decir lo que sentía.

— Por favor... ¡dígame cómo regresar a los establos y deje de tratarme como si fuera una niña!

Preston le dio la vuelta al vehículo y rápidamente se sentó ante el volante.

— Suba — ordenó terminante.

— Usted me hace esto demasiadas veces — contestó Adelyn casi a media voz, viéndose obligada a hacer lo que Preston le decía.

— ¿Le hago qué? — preguntó, volviéndose hacia ella.

— Trátarme como... como...

— ¿Una mujer? — sugirió él mientras ponía en marcha el Jeep. Ella apretó los labios.

— No. Usted sabe lo que Mason haría si supiera las cosas que me ha dicho.

— Pero usted no le ha dicho nada. ¿O sí se lo ha dicho? Adelyn buscaba las palabras apropiadas.

— Eso quisiera usted que hiciera, ¿verdad? Quiere crear problemas entre nosotros. Es como...

— ¿Sí? — inquirió de inmediato y ella, mordiéndose la lengua, se negó a seguir

hablando — . ¿Como... Evie? — continuó, en el momento que golpeaban unas raíces sueltas y ella se veía obligada a agarrarse al marco de la portezuela para no ser expulsada del coche.

— No he dicho eso — respondió cuando recobró el aliento, y Preston se encogió de hombros.

— Está bien. Esconda la cabeza debajo del ala, si lo prefiere.

Adelyn prefirió no decir nada más.

Pronto llegaron a los establos, y Adelyn buscó a Evie con la mirada en cuanto bajaron del coche.

— ¿Bien? — preguntó Preston.

— Evie no está aquí.

— ¿Pensaba que pudiera estar?

Adelyn se encogió de hombros con indiferencia.

— No, probablemente me esté buscando.

La expresión de Preston era de incredulidad, pero nada dijo al respecto e hizo un ademán para regresar al Jeep.

— Vamos. La llevaré a casa. Jayden le dirá a Evie dónde está usted cuando ella aparezca.

Adelyn no tenía dónde escoger; debía ir con él porque se sentía desalentada con sólo pensar en atravesar los cañaverales, lo que no sería muy agradable a pie y con aquel calor. Subió al coche y tomó asiento junto a Preston.

No cruzaron los cañaverales; el camino que él tomó los bordeaba. En menos de diez minutos, al ver el techo del bungalow de Preston, Adelyn lanzó un grito de sorpresa.

— ¿Qué pasa? — preguntó él, mirándola de reojo. Observando sus mejillas pálidas, indagó — . ¿No se siente bien?

— E... el camino de ida... era más largo... nos ha llevado mucho tiempo. Preston apretó los labios.

— ¿De veras? ¿Han cruzado el campo?

— ¡No... no sé! Es posible... — Adelyn se removió, incómoda.

— ¡Por Dios! — gruñó Preston, violento — . ¡Sea sincera por una vez! ¿Han cruzado o no los cañaverales?

— ¡Está bien, sí! — exclamó, presionando con una mano su estómago revuelto — . ¡Y... lo siento, creo que me siento mal!

Preston pisó el acelerador a fondo y pronto llegaron a la casa. Cuando Adelyn ya no podía soportar más, él detuvo suavemente el automóvil y saltó rápidamente al suelo, ayudándola a bajar. Su mano estaba fría y le daba seguridad. Aunque se sentía mareada, se detuvo un instante y pronto se le pasó el malestar.

— Ya estoy bien — dijo, deseando que le soltara la mano, de la que tiraba para alejarla del coche.

— Vamos. Le daré café y algo de comer. No la puedo llevar ante Mason en ese estado. Adelyn se resistía y él la miró con impaciencia.

— Freddie está aquí. ¿Podrá servirnos de carabina?

— Son más de las doce — protestó ella, y Preston se encogió de hombros.

— ¿Y eso qué? Mason no almuerza antes de la una, ¿no es así? Y él cree que está usted con Evie.

— Evie puede haber regresado a casa. No estaba su coche en los establos.

— Jayden siempre lo guarda en uno de los cobertizos, para que no se caliente. El coche todavía está allá; Jayden me lo ha dicho.

— Entonces, ¿dónde está ella?

— Yo diría que en la casa de Burns. Es muy amiga de la institutriz de la hija del doctor.

— Raelyn Walters — dijo Adelyn lentamente.

— ¿La conoce?

— S... sí — titubeó — . Señor Harvey...

— ¡Preston! — la corrigió él y le indicó que pasara a la salita — . Ven. No me hagas forzarte a que aceptes mi hospitalidad.

Preston llamó a Freddie, pero éste no apareció. Era evidente que no estaba en la casa.

— Debe haber ido al pueblo. ¡Ahora me imagino que te negarás a quedarte!

— Puedo hacer café — se ofreció ella sin saber por qué, y una sonrisa asomó a los labios de Preston.

— Yo también — le dijo antes de salir — . Ponte cómoda. Regreso en un par de minutos. La estancia era sencilla, pero amueblada atractivamente. Adelyn paseó por ella, sintiéndose cada vez más repuesta. Sobre la mesa de la cocina, al otro lado de la salita, se veían dos tazas en una bandeja y una jarra para café junto a ellas, pero ¿dónde estaba Preston?

Una puerta a medio abrir en la sala de estar, invitaba a la exploración e ignorando una pequeña voz interior que le decía que regresara a la sala y esperase, Adelyn miró hacia adentro. Era la alcoba de Preston, con una cama sencilla, un armario y no mucho más. Oyó agua correr, y supuso que tendría que ser en el baño. Pero, ¿dónde se hallaba éste?

Siguió el ruido del agua, que la llevó a la parte de atrás de la casa y se detuvo torpemente en la puerta de un baño algo primitivo, donde Preston estaba de espalda a la puerta. A través del espejo la vio llegar. Una expresión de impaciencia cubrió su cara, y Adelyn no podía decidir si era consigo mismo, o por ella. Pero cuando Adelyn vio los horribles verdugones que tenía en la muñeca y en la mano, avanzó sin importarle otra cosa.

— ¿Qué has hecho? — preguntó, llegando junto a él.

Preston torció la boca, haciendo burla de sí mismo.

— No gran cosa. Me ha caído agua caliente — dijo con indiferencia, pero ella podía ver por su expresión que le dolía.

Sin pensar lo que hacía, le examinó la quemadura. La piel ya estaba hinchada; se había estado echando agua fría, pero tan pronto lo dejaba de hacer, se notaba que le escocía.

— La cafetera, supongo — murmuró ella.

— Por ansioso — contestó burlón, con los labios apretados.

— No hay mucho que yo pueda hacer — dijo pensativa — . En el hospital, el doctor Burns...

— ¡No pienso ir al hospital! — exclamó, riendo.

Adelyn le soltó la mano, retrocedió hacia la puerta.

— Yo haré el café — dijo un poco turbada y se fue rápidamente a la cocina.

Preparó el café y llenó dos tazas. Al momento de tomar la bandeja, Preston apareció en la puerta, y Adelyn observó que se había puesto una pomada sobre las quemaduras. Él se hizo a un lado y dejó que ella llevara la bandeja a la sala,

siguiéndola con un paquete de panecillos.

— Esto es lo único que tengo — los colocó en una mesa baja, junto a la bandeja, y tomó uno antes de sentarse.

Con la mano buena, tomó el café que ella le sirvió. Adelyn estaba impaciente; si no se atendía la quemadura, además del dolor obvio que iba a sufrir, también había la posibilidad de una infección con tal clima. Pero ella no lo podía forzar a que fuera al hospital, y después de todo, ¿por qué le habría de importar tanto?

— ¡Deja esa mirada de desaprobación! — exclamó Preston al fin, y ella se encogió de hombros con fingida indiferencia.

— No es cierto, no miro con desaprobación.

— Sí, lo haces. Crees que soy un tonto por no querer ir a ver a Burns.

— Eso no tiene nada que ver conmigo — contestó Adelyn fríamente, pero no logró engañarlo.

— ¿Qué puede hacer Burns? — preguntó — . ¡Darme calmantes!

— Y antibióticos — interrumpió, mordiéndose los labios cuando él sonrió burlón — . Bueno — se justificó — , soy enfermera.

— Lo sé — Preston se levantó, acercándose al sillón que ocupaba ella y parándose detrás.

Adelyn trató de no mirarlo, sorprendiéndose cuando sintió sus dedos en la nuca, aflojándole la pañoleta que le sujetaba el cabello.

De inmediato se inclinó, colocando la taza en la bandeja y diciendo:

— No hagas eso — su voz era vacilante.

— ¿Por qué no? — enredaba los mechones sedosos del pelo de ella con los dedos — . Tienes un cabello precioso. No deberías tenerlo siempre recogido.

Adelyn se puso de pie, pero él se puso ante ella, impidiéndole el paso y rozando sus senos con su pecho musculoso. Curvando la boca sensualmente, la miró y Adelyn sintió su corazón latir agitadamente cuando las manos de él la tomaron de las caderas, acercándola hacia sí.

— Preston — Adelyn casi no podía respirar, tratando de demostrar el enojo que debía sentir; pero el contacto de su cuerpo tenso contra el de ella le quitó toda energía a su protesta. Él era distinto a Mason, y no ocultaba su estado de completa excitación. Inclinó la cabeza, enterrando su cara entre el sedoso cabello, los labios separados dejaban sentir el calor de su respiración sobre la cabeza de Adelyn, que hizo un esfuerzo desesperado para volver a la sensatez — . ¿Y tu mano? — dijo balbuceando — . Esa pomada que te has puesto manchará mi ropa.

— Tendré cuidado — le aseguró bruscamente, y ella echó la cabeza hacia atrás.

— Suéltame, Preston — suplicó, pero la única respuesta fue buscar la cremallera de su chaqueta de algodón y bajarla con firmeza.

— No seas tonta — le murmuró al oído mientras ella trataba de liberarse, sus dientes mordiéndole el lóbulo de una oreja suavemente — . En realidad no quieres que te deje.

— Sí... sí quiero — insistió, pero no muy convencida y en un esfuerzo por mostrarse humorística, dijo — . Yo pensaba que... preferías a las morenas, con... cuerpos más esbeltos...

— ¿Yo he dicho eso? — murmuré, el pulgar separando sus labios y, cuando le dio un beso cariñoso en la comisura de la boca, Adelyn sintió una debilidad complaciente que inundaba todo su cuerpo.

— Se lo... diré a Mason... — lo amenazó.

Era el último recurso, pero no le causó impresión a Preston. Por el contrario, miró el mínimo sujetador, que ya había descubierto, e inclinando la cabeza, besó el hueco entre los senos. Dijo con suavidad:

— ¿Lo desabrochas, o tengo que desgarrarlo?

Adelyn lo miró desesperada. Sus ojos no reflejaban amor o ternura, sólo deseo, y ella temblaba.

— No puedes hacer esto... — Los dedos de Preston ya buscaban el broche del sujetador y sus ojos se oscurecían.

— ¿Por qué no? — preguntó, haciéndole la mano a un lado y, al abrirse el sostén, los dedos fuertes oprimieron la amplitud de los senos rosados y bien formados.

Adelyn abrió la boca para protestar, pero no pudo decir nada. Él la besó acallando su protesta y su conciencia. Acarició el contorno de sus labios antes de saborear su sensible dulzura, y Adelyn se sintió aturdida al sentir cómo él la acariciaba con pasión exigente. Sus pensamientos eran incoherentes, sólo deseaba tenerlo y una rara debilidad se le esparcía vertiginosamente por todo el cuerpo. Estaba consciente de que él la apretaba para tenerla más cerca y su propio cuerpo la traicionaba, arqueándose contra el de él, deseando sentir cada estremecimiento de sus tendones y músculos. La sensatez la abandonó, y sólo un deseo ardiente la invadía, de tenerlo todavía más cerca, de sentir todo su cuerpo tenso, sin la barrera de sus ropas.

Casi por instinto, sus dedos encontraron los botones de la camisa, y dándoles un fuerte tirón, se estremeció con deleite al sentir el poblado vello del pecho masculino contra sus senos íntimamente. Pero su mano encontró el obstáculo de la hebilla del cinturón, cuando sus dedos tímidamente se apoyaban en la cintura de Preston.

— ¡Por Dios, Adelyn! — gruñó él, tomando sus dedos y presionándolos contra su cuerpo un instante.

Luego, con un esfuerzo determinante, la alejó de su lado y se fue, casi tambaleándose, al otro lado de la habitación.

La corriente de brisa fresca que entraba por la puerta abierta, abanicó la piel ardiente de Adelyn. Le creó un enfriamiento de mente, así como de sentimientos, y el horror reemplazó el letargo que la había esclavizado. Casi incapaz de creer lo que había pasado, intentó abrochar su sujetador, y sollozó exasperada cuando sus dedos temblorosos se negaban a obedecerla.

Preston, que se había quedado mirando al mar por la puerta abierta que daba a la terraza, giró hacia ella, que se puso a su vez de espaldas. Pero él cruzó la habitación, haciéndola volverse para que lo mirara a la cara a través de sus lágrimas.

— Deja que lo haga — exclamó y, sin hacer caso de sus protestas, le abrochó el sostén, con dedos expertos — . Ya está — le dijo burlón, subiendo también la cremallera de la chaqueta — . Todo en orden.

— Tienes mucha experiencia — dijo con amargura, y él se encogió de hombros, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

— Tú no — dijo, lacónico. Adelyn se ruborizó.

— ¡Lo dices como si fuera una ofensa! — exclamó con frialdad, y él miró su boca y parecía estarla besando.

— Lo es. Te deseaba — agregó terminantemente — . Hemos podido pasar un buen rato — se alzó de hombros, como descartando la idea — , pero no podría hacerle eso a

Mason,

— ¿No? — dijo Adelyn, queriendo desquitarse — . ¿Por qué no? ¡Has hecho todo lo demás!

— ¿Qué he hecho? — Había una ligera sonrisa en sus labios — . No tienes idea de lo que quería hacer.

— Sé lo que ocasiona el sexo — replicó ella — . No estás hablando con una colegiala.

— No estoy hablando de sexo — respondió suavemente — , sino de hacer el amor. Y hay un mundo de diferencia entre las dos cosas, como descubrirás una vez que te cases.

— Estoy segura de que así será. Mason me ama, me respeta. Y eso es algo que tú ignoras.

— ¡Respeto! — su risa era insultante — . ¿Eso es todo lo que Mason siente por ti? ¡Dudo que te dé mucha satisfacción con su respeto!

— ¡Eso que dices es una cosa muy sucia! — se alteró Adelyn.

— No sé qué pensar de ti. O eres una actriz muy lista, o demasiado inocente. En cualquier caso, te compadezco.

— No necesito tu lástima...

— Quizá sí. Te aconsejaría que no dejaras que Evie supiera exactamente lo... inexperta que eres.

— Por lo menos ella es más sincera. ¡Demuestra sus verdaderos sentimientos! — dijo titubeante, y los ojos de Preston se ensombrecieron.

— ¿Preferirías que fuera sincero? — se mofó, violento — . ¿Preferirías que le contara a Mason que su novia me... me excita?

Adelyn continuaba mirándolo, de repente consciente del férreo control que tenía sobre sí mismo, cuando alguien entró por la puerta de atrás silbando. Los ojos de Preston se entrecerraron irónicamente.

— Freddie — dijo con calma — . ¡Qué suerte que tengas tu ropa puesta!

Adelyn deseó poder pensar en algo igualmente ponzoñoso para responder, cuando el sirviente apareció en la puerta de la sala de estar.

— ¡Oh, discúlpenme! No sabía que...

— No te preocupes; la señorita Hamilton ya se va. La llevaré a su casa.

— Sí, señor — asintió Freddie con cortesía. Vio la mano de Preston y sus negras pupilas se dilataron — . ¿Qué ha estado haciendo?

— Me he quemado los dedos — sólo ella entendió la metáfora — . Señorita Hamilton, ¿está lista? — inquirió Preston, echándole una mirada burlona.

CAPÍTULO 6.

Adelyn se vestía para bajar a almorzar. Se notaba molesta e inquieta. El haber llegado sin ser advertida a la Casa Grand, no había aliviado su temor, pues aun cuando Mason no estaba allí para atestiguar su llegada con Preston, ella sabía que tarde o temprano lo tendría que saber.

El trayecto, desde el bungalow de Preston hasta la casa, fue en silencio, un silencio impresionante, y sus pensamientos emotivos, iban desde el furioso resentimiento por la fría audacia de Preston hasta el admitir su propia y espantosa duplicidad. Desde el momento en que la tomó en sus brazos, que ella sintió la exaltada agresión de su cuerpo, experimentó una involuntaria respuesta en su interior, un deseo, aunque se negaba a admitirlo, de aceptar y responder a su masculinidad. Extraños y terribles pensamientos llenaron su mente. Preston era delgado, pero duro y musculoso, y sus labios le quemaban la boca, mientras que sus manos eran refrescantes en su piel ardiente. Era indudable que él tenía experiencia... ella no era la primera mujer a la que había querido hacerle el amor. Pero quizá era la primera a la que se había negado a tener. Gracias a Dios, pensó mientras se perfumaba. De otro modo, ¿cómo podría enfrentarse a Mason? Él nunca lo hubiera sabido, y una pequeña voz se lo decía burlonamente. Pero yo sí, se contestaba, horrorizada por sus pensamientos. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué le estaba sucediendo que podía pensar en semejantes cosas? ¿Aquello quería decir que su moralidad se debilitaba? ¿El despertar inesperado de una latente sensualidad dentro de ella misma? Para su tranquilidad, el espejo reflejaba sus facciones como antes, pero detrás de la máscara, sabía que algo había cambiado y la asustaba. Salió de la habitación.

Llegó hasta la puerta de Mason y, después de titubear un momento, entró. Lo encontró sentado ante su escritorio, cerca de la ventana abierta, escribiendo, y cuando la oyó entrar se puso de pie, avanzando hacia ella. Pero en esta ocasión sus facciones no se iluminaron de inmediato al verla y ella se sintió angustiada cuando la examinaba sin sonreír.

No pudiendo mirarlo a los ojos, Adelyn dirigía la vista al escritorio y de inmediato le dijo:

— Espero que no estés trabajando. ¡Te aprovechas de mi ausencia!

— ¿Dónde has estado? — advirtió que estaba bastante enojado.

— ¿Dónde he...? ¡Pero tú sabes dónde he estado! — protestó.

— Sé que saliste con Evie. Pero no has vuelto con ella.

Adelyn miró hacia la ventana abierta. La habitación de Mason como la de ella, daba al frente de la casa. Él debía haberla visto regresar en el "Jeep", con Preston.

— Yo... no... — consternada, sintió que las mejillas le quemaban — . Fuimos a pasear a caballo. Me... perdí.

— Con Preston Harvey.

— ¡No! — Adelyn no entendía por qué estaba tan furioso — . Yo... noso... es decir, Evie y yo... fuimos a las colinas. Nos... detuvimos a descansar. Cuando continuamos otra vez, yo... Evie debió pensar que la seguía, pero me perdí.

— ¿Y entonces te encontraste con mi administrador? — gruñó severo.

— No — negó, comprendiendo que lo que Mason sentía no era enojo en realidad, sino celos, que lo devoraban — . Llegué a un poblado... a una escuela. El señor Harvey estaba allí visitando a la maestra.

— ¡Una escuela! — Mason apretó los labios y, advirtiéndolo cómo sus fosas nasales se dilataban, Adelyn comprendió que la discusión no le hacía ningún bien a su condición física — . ¿Entraste en ella?

— Sí, — el entrenamiento profesional de Adelyn venció su turbación — . Mason, no te disgustes así. ¿Qué es lo que te pasa? ¡No creerás que yo quería encontrarme con Preston Harvey a propósito!

Sus palabras tuvieron el efecto deseado en Mason.

— ¡Oh, Adelyn! — gruñó con voz baja — . ¡Perdóname! Soy un viejo tonto y envidioso, que no merece tu amor. Pero al verte bajar del Jeep de Harvey... lo lamento, querida, lo lamento.

— Está bien — Adelyn nunca se había sentido como un Judas — . Por favor, Mason, no te aflijas. Ha sido culpa mía... he debido venir a verte, tan pronto he regresado para contarte lo ocurrido.

Mason no la contradijo. Le apretó las manos y dijo:

— Dices... que llegaste a la escuela. ¿Has conocido entonces... a la directora?

— ¿La señora Fowler? En efecto, — Adelyn se mordió los labios — . Ella... ella y el señor Harvey parecen llevarse muy bien.

— Sí, así es — la voz de Mason era sorprendentemente severa de repente — . ¿Qué te ha dicho Preston de ella?

— ¿Qué me ha dicho? — Adelyn estaba confundida — . Yo... ¿qué quieres decir?

— No importa. Él se ha ofrecido a traerte a casa, en su Jeep...

— Así es, Mason... y me dijo que se encargaría de recoger a la yegua y devolverla al establo.

— ¿Y Evie? ¿Qué ha pasado con ella?

— No... no sé dónde está.

— ¿Quieres decir... que también se ha perdido? — Mason recobraba rápido la compostura y había un poco de ironía en su voz.

— No lo creo — Adelyn no vio la necesidad de mentir acerca de ello — . Ella conoce la isla mucho mejor que yo.

— Sí, desde luego. — Mason suspiró, añadiendo — . Demasiado bien para perder... a alguien. A menos que esa fuera su intención.

— ¡Oh, Mason...! — Adelyn estaba llegando al límite de su tolerancia — . Por favor, ¿no podemos olvidarnos del asunto? Tú sabes muy bien que Evie no quería ir conmigo...

— Eso es exactamente. Pero yo lo quería y no debería desobedecerme.

— Mason, ¡Evie tiene cerca de treinta años! No puedes esperar que haga exactamente lo que tú quieres. Déjala sola. Ya se acostumbrará. Tendrá que hacerlo una vez que nos casemos.

— Sí — dijo lentamente, volviendo la cara de Adelyn hacia él — . Una vez que nos casemos. Qué bien suena, ¿no es cierto? ¿Cuándo fijamos la fecha?

Adelyn ignoró el pánico que súbitamente se apoderaba de ella. ¡Oh Dios santo! Ya era demasiado tarde para desear tener más experiencia, y, sin embargo, después de su

encuentro con Preston, era lo que deseaba. Pero de alguna manera, su vida, tan práctica y rutinaria hasta entonces, la había protegido contra la realidad emocional. Era su modo de hacerle el amor lo que la hacía ahora consciente de la intimidad que tendría que compartir con Mason, algo que hasta el momento ella había preferido cubrir con la capa del respeto.

— Adelyn...

Comprendió que la observaba y forzó una amable sonrisa.

— Lo lamento — murmuró apresurada — . Es... estaba pensando... en nuestra boda.

— ¿Y?

— Yo... yo creo que debíamos esperar. Un poquito más, por lo menos.

— Bueno, será como tú desees — Mason pareció no darle importancia a su titubeo y le indicó el escritorio con un movimiento de cabeza — . He estado haciendo la lista de invitados para la cena que pienso dar para presentarte en nuestra vida social aquí. Te sugiero que sea dentro de dos semanas. ¿Te parece bien?

— Dentro de dos semanas — Adelyn se quedó pensativa por un momento — . Siempre y cuando te sientas... bastante bien.

Él apretó los labios y ella empezó a comprender la irritación que le causaba que ella utilizara su enfermedad para frenar sus actividades.

— Una cena no me va a fatigar; tú te puedes encargar de todos los detalles. Te dará la oportunidad de que hagas un ensayo de ama de casa.

— ¡Oh, pero Evie...!

— Evie ha perdido todo el derecho a que le tenga consideraciones — dijo él categóricamente — . ¿Me ha tenido acaso alguna consideración desde mi regreso?

Había algo de verdad en lo que decía, y Adelyn estaba inquieta. El tener a Evie de enemiga no le ayudaría en nada a resolver su situación.

Su futura hijastra regresó ya tarde. Adelyn estaba leyendo en la cama cuando oyó el motor. De inmediato, la invadió una tensión que no se alivió en absoluto al oír que la puerta de Mason se abría.

Dejando el libro, bajó rápidamente de la cama y de pronto se detuvo cuando se dio cuenta de que no la podían ver así, con la fina bata de algodón que tenía puesta. Impaciente, se la quitó y se vistió con blusa y vaqueros.

Cuando terminó de vestirse, el pasillo estaba vacío y adivinó que Mason había bajado para hacerle frente a su hija. Quizá ella no debiera intervenir. Dudaba, pero luego, la costumbre de su profesión se apoderó de ella y supo que no podía permitir que Mason sufriera otro ataque simplemente porque ella era demasiado cobarde para apoyarlo.

Oyó voces antes de llegar al final de la escalera. Parecían venir del cuarto que Mason usaba como despacho y, al cruzar el vestíbulo con rapidez, pudo escuchar lo que Evie decía:

— Tú no puedes creer que tras llevarla la abandonaría, ¿no es cierto? La verdad, papá, ¡no soy tan tonta! Si eso es lo que ella te ha dicho... bueno, entonces sólo espero que comprendas lo que está haciendo. ¡Oh, lo admito! No quería llevarla, pero después de lo que me dijiste... — el tono convincente de su sollozo llegó a los oídos de Adelyn — . En cuanto a... hacerme dejar este lugar... — hizo una pausa — , sabes bien que no podría soportarlo, así que ¿cómo me iba a arriesgar?

Adelyn esperaba la respuesta de Mason. Su corazón latía un poco alterado cuando le oyó decir en voz baja:

— Yo no he dicho que Adelyn te haya acusado de abandonarla. Eso ha sido idea mía... Y las lágrimas no me conmueven...

Por un momento hubo silencio y las siguientes palabras de Evie sobresaltaron a Adelyn.

— Tú sabes que Preston la ha traído a casa, ¿no es verdad? Dios sabrá cómo ha sido que ella se ha encontrado con él, pero quizá Preston sepa algo que nosotros ignoramos.

— ¿Qué estás insinuando, Evie? — la voz de Mason era fría.

— ¿Insinuando? — dijo Evie con desprecio — . No estoy insinuando nada. Sólo que parece muy poco probable que se haya encontrado casualmente con Preston, ¿no lo crees? Se podría sospechar que ella se ha perdido deliberadamente.

— ¿Qué quieres decir?

— Bueno... — Evie estaba gozando con todo aquello, Adelyn lo adivinaba — . Preston es un... hombre atractivo, ¿no?

— Adelyn casi no lo conoce — respondió su padre, lacónico — . Lo ha visto sólo dos veces...

— Que tú sepas — Adelyn podía imaginarse cómo estarían afectando a Mason sus palabras — . ¿Dónde lo ha encontrado hoy? ¿Te lo ha dicho?

— Sí — contestó Mason con voz fatigada — . Estaba en el colegio. Con Lara Fowler.

— ¿Lara? — ahora Adelyn notó que la voz de Evie cambiaba y su vibrante emoción en aquella sola palabra la convenció de que no había estado equivocada al imaginar que los sentimientos de Evie en cuanto al administrador de su padre, no eran de ninguna manera indiferentes.

— Sí, Lara — Adelyn podría jurar que Mason disfrutaba el repentino cambio de conversación. — Al llegar Adelyn al colegio, Harvey se ofreció a traerla a casa. ¿Eso satisface tu mente sospechosa?

— Así que allí era donde estaba... — Evie pareció estar hablando para sí misma.

No pudiendo continuar escuchando por más tiempo, Adelyn abrió la puerta sin llamar y los miró a los dos.

— Adelyn... — Mason se acercó a ella de inmediato. Su semblante pálido, era prueba de la tensión que experimentaba — . Estábamos hablando de ti.

— Sí, lo sé. — Adelyn ignoró la mirada furibunda de Evie — . Os he oído.

— ¡Estaba escuchando! — Era Evie la que hablaba, pero su padre se interpuso entre ellas.

— ¿Qué has oído? — preguntó Mason y Adelyn lo miró con firmeza.

— Lo suficiente — contestó en voz baja — , y sólo quiero que sepas que nunca he concertado una cita con Preston Harvey, a pesar de lo que Evie piense.

El rostro de Mason reflejaba su satisfacción, y con el brazo sobre los hombros de Adelyn, se volvió para mirar a su hija. Adelyn lo hizo también, librando una batalla interna con su conciencia. Ahora luchaba por el futuro que Mason quería... el futuro que, se repetía, ella deseaba también.

Esperando que Evie dijera algo más, el silencio molestó a Adelyn. No olvidaba que Evie había observado las marcas en su brazo la primera tarde que estuvo en la isla, y si quisiera crearle dificultades con su sospecha respecto al origen de dichas marcas, Adelyn se encontraría en serias dificultades. Evie no dijo nada, y fue Mason quien rompió al fin el silencio:

— Bien, dejemos esta discusión, como tú has dejado a Adelyn en la cima de Wister Fall.

— Yo creo que Evie esperaba que la siguiera... — dijo Adelyn prudentemente, pero la otra joven la interrumpió:

— ¡No trate de disculparme, señorita Hamilton! — Airada, se dirigió a la puerta. Sus ojos echaban lumbre — . ¡Si alguna vez decido abandonarla, me aseguraré de que sea en un lugar menos accesible que las cuevas de Wister Fall! — y cerró la puerta con un fuerte golpe al salir del despacho.

Mason hizo un movimiento automático para seguirla, pero Adelyn lo detuvo.

— Deja que se vaya — le pidió — . Por favor, Mason. Nosotros... deja que se le pase. No te alteres más.

Él la miró tenso por un momento y luego cerró los ojos, como si el esfuerzo hubiera sido demasiado para él.

— Está bien — le dijo, mirándola de nuevo — . Esta vez la dejo ir, pero si vuelve a suceder algo semejante...

— No sucederá — le aseguró Adelyn con más confianza de la que sentía, deseosa de hallar un momento de calma... para los dos.

Pasaron dos días antes de que volviera a ver a Evie otra vez. Mason le había hablado a Lauryn, y era a Adelyn a quien se lo consultaban todo acerca de los menús para las comidas. La nueva situación era más agradable para Adelyn y, con gran satisfacción, acompañaba a la cocinera y ama de llaves negra, a inspeccionar todas las habitaciones de la casa que no se utilizaban.

La cantidad de polvo y deterioro de aquellas estancias era asombrosa.

— ¿Nunca entra el aire aquí? — preguntó Adelyn.

— No hay tiempo, ni sirvientes — explicó Lauryn sin inquietarse. — ¿No les da miedo que los insectos y las ratas invadan el resto de la casa? — protestó Adelyn, y Lauryn frunció los labios con indignación. — No soy adivina, señorita Hamilton. La señorita Evie dice que ella cuida las...

— Las habitaciones que están en uso, lo sé. Está bien, trataré esto con el señor Russell.

Con sorpresa, se dio cuenta de que a Mason no le preocupaba el abandono de su casa, como ella esperaba.

— Todavía no te has acostumbrado a Paradis, querida — le explicó cuando estaban de sobremesa, a la noche — . Es imposible para un hombre querer hacerlo todo cuando no tiene personal que le ayude.

— Mason, esas habitaciones estarían mejor vacías...

— ¿Qué? — la miró espantado — . ¿Qué... tirar todos esos muebles?

— Están inservibles — Adelyn buscaba las palabras apropiadas — . ¡Mason, son muy viejos! Nadie podrá volver a usarlos otra vez. Están deteriorados por completo.

— Querida, no sabes lo que dices. Hay objetos en esas habitaciones que son inapreciables. Objetos de interés muy especial para anticuarios y coleccionistas...

— Ya no, Mason.

— ¡Muchos de esos muebles pertenecen a la familia desde hace varias generaciones y tú sugieres que los tire! — La miraba como si ella hubiera perdido el juicio — . Un día...

un día quizá pueda encontrar a alguien que los aprecie como yo, y entonces tal vez me puedan convencer de vender algunas cosas. Al precio justo, desde luego. Hasta entonces... — se encogió de hombros, molesto — , déjalos ahí, que descansen en paz. — Arruinándose, querrás decir — exclamó Adelyn, sin poder creer lo que escuchaba — . ¡Mason! No sabes cómo están esas habitaciones.

— Lo sé — contestó, y Adelyn trató de no pensar que, de una forma muy sutil, Mason la había decepcionado una vez más.

Por lo menos, se encargaría de que las habitaciones en uso estuvieran más limpias de lo que se mantenían anteriormente. Con este fin, a la mañana siguiente, ella y Sofia vaciaron el salón. A la joven sirvienta no le agradó la idea de que pusiera en duda la calidad de su trabajo.

La noche anterior Mason había mandado un mensaje a la plantación, diciendo que quería examinar la contabilidad de todas las transacciones que se hicieron durante su ausencia, y antes de que terminara de vestirse, había llegado Jayden Robbins, y ahora estaban encerrados en su despacho. Adelyn, que esperaba que llegara Preston, se escurrió para cerciorarse de no verlo, pero el gran alivio que sintió al saber que era su ayudante, se transformó en mal humor por la inquietante sospecha de que Preston la eludía.

Estaba bajando el retrato de Mason cuando se dio cuenta de que alguien la observaba desde el arco que daba al vestíbulo. Impaciente, miró a su alrededor. Sofia había ido a por una bayeta para limpiar la chimenea y se retrasaba demasiado. Adelyn sospechaba que se estaría quejando con Lauryn, y estaba a punto de ir a ordenarle que se apresurara, cuando vio la delgada figura de un hombre de cabello oscuro; la última persona que esperaba ver. En consecuencia, se movió demasiado rápida y atropelladamente, perdiendo el equilibrio. El retrato quedó detenido sobre la repisa sin sufrir ningún daño, pero Adelyn, al caer, se lastimó la cadera con la piedra que rodeaba la chimenea.

Preston intentó ayudarle a ponerse de pie, pero ella retrocedió, evitando que la tocara.

— Estoy bien — exclamó — . He sido... muy torpe.

Preston la miró con fijeza, los ojos recorriéndole el cuerpo, y ella dio un paso atrás para alejarse, esperando que él dijera algo. Su mirada tenía una intensidad que parecía estar acariciándola, y Adelyn sintió que se ahogaba, respirando con dificultad. Su cuerpo la traicionaba, y el recuerdo de la intimidad que compartieron la hacía estar consciente del deseo que tenía de volver a tocarlo, a sentirlo. Entonces vio el vendaje en su muñeca, señalándolo torpemente, en un intento por romper el tenso silencio.

— ¿Cómo... cómo van las quemaduras?

— ¡Oh!... — él miró el vendaje sin darle importancia — . ¿Te lo ha dicho Mason? Hice una cosa muy estúpida. Me quemé con agua hirviendo.

Adelyn no comprendía.

— Lo sé — decía ella, cuando oyó que alguien entraba en el salón.

Se volvió rápidamente. Era Evie, delgada y elegante como siempre, con su traje de montar; los ojos negros brillaban maliciosos al mirar a Adelyn antes de dirigirse con un orgullo posesivo al hombre.

— He oído un golpe. ¿Se ha caído alguien? — preguntó burlona al ver a Adelyn desarreglada — . ¡Oh, sí! ¿Trabajando mucho, señorita Hamilton?

Adelyn no le contestó. La aparición de Evie la disgustaba, y daba gracias porque la

palidez de sus mejillas podía justificarse con la caída. Sin embargo, eso aclaraba la explicación tan indiferente de Preston respecto a su vendaje. ¿Cómo lo había sabido Mason? No tenía la menor idea. Pero lo que le preocupaba más, era su reacción al ver a Preston otra vez, y al comprender lo que sería tener una aventura con él. Adelyn no se hacía ilusiones respecto a lo que pudiera sentir por ella. Sabía que sólo por respeto a su patrón no le había hecho el amor cuando tuvo la oportunidad. Pero, ¿cuánto duraría ese respeto, una vez que ella y Mason se casaran? Una vez que ya no fuera virgen...

— Parece que la señorita Hamilton está haciendo la limpieza de primavera — dijo Preston con naturalidad.

— Yo creo que la señorita Hamilton está acostumbrada a hacer trabajo doméstico — respondió Evie — . Supongo que vaciaba los orinales en el hospital.

— No, desde hace muchos años — respondió Adelyn desquitándose — , pero a su tiempo hice lo que me tocaba, y no es un trabajo tan malo. Supongo que tú has hecho mucho menos y te ha ido peor, Evie.

— Te crees muy lista, ¿verdad? — respondió la otra, con los labios apretados — . ¡Pero no pienses que porque puedes engañar a mi padre tan fácilmente, lo puedes hacer también con nosotros!

— ¿Nosotros? — Adelyn miró a Preston y después a Evie, para fijarse de nuevo en el hombre.

— ¡Sí, nosotros! No pensarás que Preston cree en el amor que le profesas a mi padre. ¡Él sabe tan bien como yo que has encontrado en Mason Russell un seguro de por vida!

Adelyn estaba escandalizada. No debería sorprenderse al saber que Preston había discutido lo que pensaba con la hija de Mason. Después de todo, él se lo había dicho francamente. Pero en los labios de Evie, parecía obsceno y no pudo evitar la mirada de sorpresa en sus ojos.

Pero Evie no había terminado aún:

— No creas que puedes ir en busca de Preston cuando las cosas se pongan difíciles, como lo hiciste el otro día. Ya me contó cómo le suplicaste que te trajera a casa... cómo pretendiste no entender sus indicaciones.

— ¡Él dijo que...! — Adelyn empezó, incrédula, pero cerró los labios para no desmentirlo, aunque su deseo era hacerlo.

¿Qué era lo que trataban de hacerle? ¿Que admitiera lo que había sucedido en el bungalow de Preston? ¿También eso lo sabía Evie? ¿Todo lo habían arreglado entre ellos, sabiendo lo celoso que era Mason?

Preston la miraba, y ella se resistía a darle el placer de que la viese tan confundida. Metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros, y dijo con una incisividad que desconocía:

— ¿Qué pasa, Evie? ¿Estás celosa?

— Tú... — Evie añadió un insulto y Adelyn, volviéndose rápidamente, cogió el plumero y se alejó.

— Creo que pierdes el tiempo, Evie — oyó que decía Preston cuando salía, pero no sentía ninguna gratitud hacia él.

Formaba parte de todo aquello... de la conspiración para obligarla a marcharse, pero ya verían... Ella era de resoluciones firmes. El comportamiento de los dos, de Preston y

Evie, le hacía comprender el verdadero sentido de su atracción sexual hacia Preston. Se tranquilizó algo cuando, desde el vestíbulo, le pareció escuchar sus pasos sobre el suelo de mármol. Al fin se atrevió a volver al salón y vio que estaba vacío. Sin duda, habían salido de la casa por la puerta que daba al patio. ¿Se habían ido... juntos?

CAPÍTULO 7.

A media mañana, Mason le envió un recado a Adelyn por mediación de Brandon, invitándola a que se reuniera con él para tomar café, pero ella se negó, tomando como pretexto lo que estaba haciendo. Antes de la hora del almuerzo, Mason la fue a buscar y se mostró impaciente por su esfuerzo en ayudar a las sirvientas.

— No acostumbramos a hacer eso aquí. Ya es bastante difícil conservar a los criados. ¿Quieres que pierda los que tengo?

— No te entiendo, Mason.

— Sofia se ha estado quejando con Brandon de que la nueva ama no cree que su trabajo sea suficientemente bueno. Y si no tengo cuidado, Lauryn se unirá a la protesta y ya me dirás lo que haremos entonces.

— Está bien, está bien. Ya no haré nada más. Pero cuando nos casemos, no podrás evitar que me queje si la casa no está tan limpia como debiera.

— Cuando nos casemos — repitió él con satisfacción — . Sí. Esa es una de las razones por las que quería que nos acompañaras a tomar café. He estado discutiendo con Evie lo referente a la cena que quiero dar.

— ¿Ah, sí? — dijo, dubitativa. Mason no sabía nada de su enfrentamiento.

— Sí. Ella está de acuerdo conmigo... debemos invitar a todas nuestras amistades. Incluyendo las de Saint Lucia y Martinica.

— ¡Oh, Mason! ¿Tienes que hacerlo? — Adelyn no se mostraba entusiasmada — . ¿Eso no significa que algunos de ellos tendrán que pasar aquí la noche?

— ¿Y por qué no? — Mason estaba en guardia otra vez — . Ahora no me vas a venir otra vez con el cuento de que eso es demasiado para mí, ¿verdad? Te advierto, Adelyn, que ya me estoy cansando de tantos mimos.

Adelyn se mordió la lengua y se encogió de hombros. Entonces, él le dio un abrazo.

— ¡Esta es mi chica! — dijo y arrugó la nariz — . Hueles a polvo, creo que debías darte una ducha antes de almorzar. No quiero que te fatigues antes que te ponga el anillo en el dedo.

Lo que dijo le recordó a Preston Harvey y se sintió molesta. Disculpándose, lo dejó y subió a su habitación.

La ducha le refrescó el cuerpo y calmó algo sus nervios. Cuando se reunió con Mason en el patio para almorzar, se la veía más relajada.

— ¡Preciosa! — le dijo él con voz fuerte — . Así es como me gusta verte. No acalorada y sucia, apestando a pulimento para muebles. — Le tomó las dos manos.

— La transformación no es difícil de conseguir — dijo Adelyn con voz suave — . ¿Por qué no puedo hacer algunos cambios?

— Porque yo soy el amo aquí — y aunque sonrió, Adelyn supo que lo decía en serio.

Como para reafirmar su posición, Lauryn sirvió un almuerzo delicioso: sopa fría de cangrejo, chuletas de ternera rellenas y melocotones con brandy y crema. Era la clase de comida que Mason no podía comer muy a menudo, pero consciente de lo que le acababa de decir momentos antes, Adelyn no hizo ninguna objeción cuando él se sirvió crema por segunda vez.

Después estaba soñoliento, y no protestó cuando Adelyn le sugirió que debería descansar. Una vez que lo dejó en su habitación, ella bajó de nuevo.

El sol y el mar la invitaban, pero teniendo en cuenta que el bungalow de Preston estaba en la playa y el uso arbitrario que él hacía de la playa, no estaba dispuesta a ir allí. Salió de la casa y se dirigió a los cobertizos, donde guardaban la camioneta que ella y Mason a veces usaban.

Rene era el encargado de los vehículos y le sonrió amablemente a Adelyn, cuando ésta le preguntó si podría usar la camioneta.

— Ese auto tiene una avería — contestó, decepcionándola — , pero puede usar el coche de la señorita Evie, si gusta. El señor Preston la ha llevado a ella al pueblo en el jeep.

— ¿Al pueblo? — Adelyn apretó los labios y miró dudosa el "Mini" rojo, pensando qué diría Evie si supiera que Rene le estaba ofreciendo su vehículo a quien tanto la disgustaba — . No sé...

— ¿Cuánto tiempo piensa estar fuera? — preguntó Rene, dándole unas palmaditas al capó del "Mini".

— Una hora, quizá — Adelyn se encogió de hombros, incierta.

— Nadie tiene por qué saberlo — dijo Rene animado, y Adelyn sacudía la cabeza, reacia.

— ¿Usted cree que no lo sabrán? Creo que cualquier cosa que pase aquí, la acaban sabiendo todos antes o después.

— Ya sería demasiado tarde, ¿no? — dijo Rene con toda razón y, sabiendo que no podría regresar a la casa y quedarse inactiva en su habitación hasta que Mason despertara, Adelyn acabó aceptando.

El "Mini Cooper" era más fácil de manejar que la camioneta. Aun así, Adelyn pasó unos momentos de aflicción pensando qué haría si chocara y tuviera que enfrentarse a Evie. Bueno, se decía, Mason la apoyaría. De eso estaba segura.

Tomó el camino que ella y Mason seguían para llegar a St. Germain, bordeando el ondulado cañaveral. En la punta de las cañas ya empezaban a apreciarse pequeñas flores grises, y se preguntó si eso indicaría que se acercaba el tiempo de la cosecha. Sabía muy poco acerca de la producción de azúcar y sentía escalofríos al pensar en las culebras e insectos que uno pudiera encontrar al cortar las cañas.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, que no se dio cuenta de hacia dónde iba la carretera hasta que los edificios de la plantación aparecieron ante ella. Frenó, pensando que no podría regresar sin tener que pasar frente a las oficinas.

Reflexionaba sobre ello, cuando un hombre salió de uno de los edificios. Se puso tensa. Era Jayden Robbins y cuando vio el coche, se dirigió hacia él. Adelyn comprendió, de repente, que Jayden suponía que era Evie y deseó escapar; nadie debía saber que había tomado el "Mini".

Ya era tarde. Jayden había llegado a la portezuela y se apoyaba en la ventanilla, que tenía el cristal bajado.

— ¿Puedo ayudarle? — su expresión tensa se relajó — . ¡Señorita Hamilton! Pensé que era...

— Evie... sí — terminó Adelyn, un poco avergonzada — . He vuelto a equivocarme de camino. Pretendía dirigirme a las colinas.

— No se lo aconsejaría. Los caminos están muy malos y sólo el Jeep de Preston es

capaz de sortear los baches y desniveles — hizo una pausa — . ¿Sabe el señor Russell lo que intentaba hacer?

— No... Se me ha ocurrido salir de repente. El señor Russell está descansando. Es... estaba aburrida.

— ¿Por qué no me acompaña a la oficina? Tomaremos café.

— No, no... creo que debo regresar...

— Estoy solo. Me gustaría disfrutar de su compañía.

¿Por qué diría aquello?, pensó Adelyn. ¿Él también creía de ella lo que Preston? ¿Era pública opinión que ella se casaba con Mason por interés?

Sólo había un modo de averiguarlo.

— Está bien, gracias — abrió la portezuela del coche y bajó.

Jayden le explicó que compartía la oficina con Preston. Le mostró su escritorio con una impresionante cantidad de libros de contabilidad. Le dijo también que, no obstante la escasa preparación que él, Jayden, había recibido, Preston lo había llevado allí para enseñarle todo lo que sabía sobre la producción de azúcar.

— Eso fue hace diez años y ahora le he quitado a Preston mucho trabajo de encima.

— Estoy segura de que lo ha hecho bien. — Adelyn aceptó agradecida la taza de café que le ofrecía. Queriendo dejar de hablar del administrador, dijo — . ¿Usted fue al colegio en la isla?

— Sí. La señora Fowler me enseñó hasta que tuve once años. A mí y a mi hermana, a los dos.

— ¿Tiene una hermana?

— Sí, Daxton. Es cinco años más joven que yo. Ella y Preston... bueno, ella le tiene mucho cariño.

Adelyn miró su taza. ¿No habría modo de que no le mencionaran a aquel hombre detestable? ¿Qué era lo que le decía Jayden? ¿Qué su hermana Daxton era otra mujer en la vida de Preston? ¿Cuántas mujeres había? Evie... Lara Fowler... Daxton Robbins... ¿Alguna de ellas le importaba a él?

— ¿Quiere ver la fábrica? Por el momento no está trabajando, por supuesto, pero puedo explicarle el procedimiento.

— ¡Oh! Sí, me gustaría mucho.

— Bien. Iremos cuando termine el café...

La fábrica era húmeda, y con un olor desagradable; la humedad del aire producía una capa de limo en la maquinaria parada. Jayden le explicó que pronto todo volverá a la normalidad, y los rodillos aplastarían la caña hecha tiras para extraer el jugo, que se convertiría en cristales de azúcar.

— El proceso final implica separar la melaza y los cristales por medio de la fuerza centrífuga. Embarcamos el azúcar sin refinar... pues no tenemos refinería aquí, pero dado el tamaño de la isla, la producción no está mal. Nada mal.

— ¿Le estás vendiendo la industria a la señorita? — preguntó una voz burlona desde la puerta, y ambos se volvieron para ver a Preston allí, observándolos.

— ¡Preston! — Jayden parecía encantado de verlo. No así Adelyn — . Tenemos visita.

— Ya veo.

Miraba a Adelyn con insolencia y ella dijo fríamente:

— Me he extraviado y el señor Robbins me ha ofrecido una taza de café.

— ¿Ya lo has hecho costumbre? — la contraatacó Preston, y ella miró a Jayden como

disculpándose.

— Ya me retiro — dijo — . Gracias por el café y por enseñármelo todo. Ha sido muy agradable.

— No te vayas por mi causa — se burló Preston, y cuando se hizo a un lado para que ella pasara, el enojo de la joven pudo más que su timidez.

— ¡Me voy por causa tuya! — le dijo con resentimiento — . No me gustaría que creyeras que me he quedado para ver si había la remota posibilidad de que regresaras. Sabía que habías ido al pueblo con Evie y pensaba que pasarías la tarde con ella, muy contento.

Antes que él pudiera responderle, ella pasó rápido y no oyó lo que Preston le decía a Jayden antes de seguirla, porque su corazón latía frenéticamente. Había sido un gran esfuerzo enfrentarse a él, pero poco a poco se tranquilizó. Lo odiaba y lo despreciaba, y hubiera sido peor no decirle nada.

Alcanzándola, él la tomó del brazo y la obligó a aminorar el paso. Era un doloroso recordatorio de que Preston no admitía más reglas que las suyas.

— ¡Espera! — exclamó violento — . Quiero hablar contigo y es mejor que me escuches.

— ¿Me quieres soltar? — le pidió, sorprendida por el tono frío de su voz — . Prefiero no tener mi brazo lleno de magulladuras.

— ¿Me quieres escuchar?

— ¡Suéltame!

— ¿Y si no lo hago?

— Eso es bastante estúpido, ¿no crees? ¿Me vas a dejar ir o no?

— Si lo hago, ¿prometes que me darás la oportunidad de ofrecerte una explicación?

— ¡Explicación! — rió Adelyn, mordazmente — . ¿Qué tienes que explicar? Eres un mentiroso igual que Evie. Os complementáis el uno al otro perfectamente.

Él se detuvo de pronto y la miró. Tomando ventaja de su momentánea confusión, Adelyn se liberó de su mano y corrió al coche. Este había estado bajo el sol, y al sentarse tuvo que contener la respiración, ya que el asiento estaba demasiado caliente, pero el motor arrancó al primer intento. No tenía tiempo de dar la vuelta, así que dio marcha atrás a gran velocidad por el sendero.

Preston no hizo el intento de correr tras ella, pero continuó caminando en la misma dirección y Adelyn empezó a sentir la respiración agitada.

Jadeante, vio un semicírculo de grava a un lado del camino, junto a una cuneta, lo que evitó que derrapara. Si pudiera acelerar rápido y pasar sobre la grava, lograría salir, pensó.

Midió la distancia y aceleró. El motor hizo un ruido extraño, como protestando por la presión a que lo estaba sometiendo, y Adelyn gimió desconsolada cuando la llanta de atrás quedó girando en el aire. Había calculado mal, y si se movía, las dos ruedas caerían a la cuneta. Desesperada, apoyó la cabeza en el volante y sollozó, sin importarle ya lo que pudiera hacerle Preston.

— ¡Hazte a un lado!

Era una orden y ella levantó la cabeza, mirando en silencio a su perseguidor. Los ojos verdes no admitían negativas y, con labios temblorosos, ella se cambió de asiento. Él abrió la portezuela, se sentó ante el volante, y el pequeño coche se balanceó peligrosamente cerca del borde de la cuneta. Acelerando, Preston hizo salir las ruedas delanteras a la carretera sin ningún esfuerzo. Adelyn sollozaba, resentida.

— Tracción delantera — comentó él, impasible — . Ahora, ¿podemos hablar?

— No tengo otra opción, ¿verdad? — se resignó.

— Sí la tienes — dijo Preston con voz fría — . Puedo bajarme del coche y tú irte directamente a la Casa Grand.

— Entonces, hazlo — exclamó ella.

— ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

— ¡Desde luego que estoy segura!

— Está bien — él abrió la portezuela y, antes de bajarse, dijo en voz baja — . No le dije a Evie que me hubieses suplicado que te llevara a casa. Le dije la verdad. Lo que ella invente, no es asunto mío.

— ¿Cómo puedo creerte? ¿Le dijiste lo que... pasó?

— ¿En mi casa, quieres decir? No.

— Eso dices ahora...

Él la miró y estaba tan cerca que ella podía sentir su aliento.

— ¿Por qué habría de mentir?

— Para protegerte. Para hacerme decir algo distinto. Para... para crear otra situación equívoca que puedas usar según te convenga.

— ¡Oh, vamos! — su voz era grave — . ¿Qué crees que soy? ¿No te das cuenta de que si yo le hubiera dicho eso a Evie, ella tendría a Mason de su lado y a ti te hubieran echado de la casa?

— ¿Crees que te hubiera creído a ti y no a mí?

— ¡Estoy seguro de ello! — contestó violento — . ¡Por Dios! ¿No sabes lo desconfiado que es? La vez que te llevé a casa, al día siguiente me vino a ver por la noche, a mi bungalow. ¡Quería saber qué había pasado y qué te había dicho!

— ¿Qué me habías dicho? — repitió — . ¿So... sobre qué? — lo miraba incrédula.

— Vamos — dijo, cerrando la portezuela — . Podemos pasar con el coche por mi bungalow y luego te podrás ir a la Casa Grand.

Adelyn lo miraba preocupada cuando él ajustaba el retrovisor a su gusto. Lo que Preston le había dicho explicaba cómo Mason había sabido lo de la mano quemada. Pero, ¿cómo podía estar segura de que aquello no era otro truco para desacreditarla? Miraba fijamente a través del parabrisas. Debería ir a hablar con Mason y aclarar todo lo que había sucedido desde el momento de su llegada, pero le faltaba valor al pensar en lo que Evie diría de su comportamiento.

¿Qué podía hacer?, pensaba, muy abatida. ¿Debía confiar en aquel hombre? No tenía alternativa. Obviamente, no le había dicho a Mason lo que había pasado entre ellos, pero si él había ocultado aquella información por turbias razones, eso lo tendría que averiguar.

— La caña ya está casi lista para la cosecha — comentó Preston de repente.

— Me... me imagino que es un trabajo algo peligroso, cortar la caña. ¿No hay muchas... serpientes y arañas?

— No contamos con los hombres necesarios para que la recojan toda — contestó lacónico — . Quemamos los campos primero, y ese tiene dos propósitos: quemar las hojas y destruir las plagas. No daña la caña y hace nuestro trabajo más seguro y más rápido. A pesar de sus propias preocupaciones, Adelyn estaba interesada, aunque se le ponía la piel de gallina al pensar en las arañas, las llamadas "viudas negras" y los escorpiones que abundaban en los campos por donde pasaban.

En unos minutos, Preston se acercó a las afueras de su bungalow. Adelyn se puso tensa, esperando que él se bajara, pero antes de hacerlo, se volvió para mirarla.

— ¿Has vuelto a nadar? — preguntó de improviso y ella sintió que el rubor le encendía las mejillas.

— Tú... tú debes saber que no lo he hecho — tartamudeó.

— ¿Por qué habría de saberlo?

— ¿No... no te tiene informado Evie?

— Todavía no me crees, ¿verdad? — hizo una mueca.

— Creo... creo que no le dijiste a Mason lo que... pasó.

— Tienes razón.

— ¿E insistes en que tampoco le dijiste nada a Evie?

— ¿Es que no eres capaz de comprender las cosas? — exclamó Preston — . ¡Por Dios! ¿Crees que Evie se callaría una cosa así?

— ¿Como... como qué?

— ¿Qué estás tratando de hacer, provocarme? — le miraba la boca.

— No — ella se echó para atrás — . ¿Te... te vas a bajar?

— Ven a recoger tus zapatos y tus gafas. Los encontré en la playa, pero... se me olvidó entregártelos la última vez que estuviste aquí. Adelyn titubeó y él puso mala cara.

— ¿Quieres que le pida a Freddie que te los traiga?

— No — Adelyn abrió la puerta, él hizo lo mismo y se miraron por encima del "Mini" — . ¿Dónde están?

— Sígueme.

Cruzaron la extensión de césped y llegaron a la terraza.

— Te espero aquí — dijo Adelyn cuando él subía los escalones de la terraza.

No pudiendo resistir su impaciencia, se acercó lentamente a la orilla del agua, deshaciéndose de sus sandalias y dejando que las olas le bañaran los pies. Adelyn miró hacia la casa y vio que Preston bajaba los escalones otra vez, sus zapatos en una mano, y la delgada varilla de metal de los lentes sobresaliendo del bolsillo de sus vaqueros. Se acercó y se los entregó.

— Gracias — dijo al tomarlos — . Yo... yo pensé que lo más probable era que el mar se los hubiera llevado.

— Y no pensaste en venir a averiguarlo.

— Bueno... pues supongo que sí pensé en eso...

— Pero tuviste miedo de encontrarte conmigo — observó — . Sé sin cera y admítelo.

— ¿Por qué habría de tener miedo de encontrarte? — procuraba que no le temblara la voz — . ¡Eso es ridículo!

— ¿Lo es?

— Tú sabes que sí.

— ¿Lo sé?

Adelyn no quiso mirarle a los ojos.

— Se está haciendo tarde. De... debo irme.

— ¿Antes que despierte Mason de su siesta? ¡Oh, sí...! — añadió ante la expresión de sorpresa de su cara — . Conozco la rutina.

— Supongo que Sofia te lo ha dicho — respondió Adelyn, resentida por el chismorreo de la muchachita negra — . Tienes espías por todos lados, ¿verdad? ¿Es ella otra de las mujeres que parecen estar atentas a todos tus deseos?

— Se diría que estás celosa — le dirigió una mirada burlona.

— ¿Quién... yo? — Adelyn rió irónicamente.

— Sí, tú — sus ojos la recorrían — . Me gusta tu vestido. Puede serte útil, después que te cases, como vestido de pre-mamá. ¡Tiene bastante lugar para dos!

— ¿Eso es algo en lo que también eres un experto? — le preguntó, sonrojándose.

— ¡Que yo sepa, nunca he engendrado un hijo! — le dijo violento; Adelyn dio un paso hacia atrás.

Inmediatamente, sintió un dolor en el pie y lanzó un grito. El enojo de Preston se tornó en desconcierto, pero casi al instante comprendió.

— ¿Qué es? — le preguntó — . ¿Qué has hecho?

Adelyn levantaba el pie herido y Preston se puso en cuchillas junto a ella.

Los dedos toscos eran asombrosamente suaves al tomarle el pie, inclinarlo para examinarlo y ver qué había sucedido. Sus labios se apretaron al ver lo plateado del coral encajado en la planta, y luego miró el rostro ansioso de la joven.

— Has pisado una espina de coral — explicó — . ¿Me dejas que te la quite?

— Sí, sí. ¿Me dolerá? — se mordió el labio inferior.

— No más de lo que te duele en este momento. Es mejor que te sientes.

— ¿Es necesario? — su expresión le dio la contestación y entonces se dejó caer en la arena.

El primer dolor de la herida ya había pasado; sólo quedaba el escozor. Quizá pudiera llegar a casa y decirle a Lauryn que le ayudara, pero tendría que decir dónde había estado y Mason lo sabría... No, razonó, era mejor así, aunque el roce de las manos de Preston en su pie despertara sensaciones excesivamente turbadoras en ella.

Acomodándose la amplia falda entre las piernas, permitió a Preston que le levantara más el pie. Examinó la espina minuciosamente y agarró la punta, sacándola. Esto le causó dolor y, sin querer, retiró el pie. Se apretó los nudillos de una mano contra los labios, comprendiendo que debía tener más control: la espina rota en los dedos de Preston confirmaba su temor.

— Lo siento — dijo — , pero no lo he podido evitar.

Preston no contestó, tomó el pie otra vez y lo examinó.

— La punta de la espina todavía está dentro. Voy a tener que morderte para sacarla.

— ¿No sería mejor... quiero decir, no podría ir al hospital?

— Sí, podrías. Pero el coral es venenoso y mientras más pronto lo saque, mejor. ¿No quieres que lo haga?

— ¿No te envenenarás? — preguntó evasivamente.

— No. Tú sabes que no será así. Bueno, ¿lo hago?

— ¡Oh! Está bien, adelante — exclamó tensa, cerrando los ojos para no ver cómo los fuertes dientes de él se hundían en su carne.

Adelyn se esforzaba para no contraerse otra vez. Prefirió pensar en Mason e imaginar cómo sería el vestido de boda. Pero la imagen de Mason era cubierta por otra, de perfil oscuro, y unos ojos verdes tomaban el lugar de los grises. Estaba tan concentrada, que se asombró al ver que Preston escupía el resto de la espina en el agua.

— La herida está limpia — le dijo, sentándose junto a ella en la arena — . Cuando regreses a casa, ponte algún antiséptico y con eso ya estará bien. Desde luego, tú sabes eso... siendo enfermera.

— Sí — él la miraba con fijeza y Adelyn se bajó la falda otra vez, consciente de que se

le había subido por encima de las rodillas mientras él sacaba la espina — . Has sido muy amable.

— ¿Verdad que sí? — estuvo de acuerdo, sonriendo — . El agua salada no le hará daño a tu pie. ¡Vamos a nadar!

— ¿A nadar? — Adelyn lo miraba sorprendida — . Pero no... no tengo traje de baño.

— La ropa interior que soléis usar las mujeres es tan adecuada como un bikini — respondió suavemente — . No te preocupes, te prometo que no te miraré.

— Da la casualidad de que no... no... no traigo sujetador — sentía la garganta reseca.

— ¿No? — bajó la mirada y observó la redondez de sus senos antes de mirarla a los ojos otra vez — . No, ya veo que no.

— Yo... yo no digo mentiras — dijo, jadeante; él separó los labios sensualmente.

— Bueno... respecto a eso, no — la corrigió con voz ronca — . Adelyn... Ella comprendió que la iba a tocar y el pánico la invadió.

— ¡No! — exclamó, intentando levantarse para huir de él.

Preston, sujetándola por las manos, se lo impidió.

— Ya... ya es muy tarde — dijo tensa — . Mason estará pensando por dónde puedo andar.

— ¿Dónde cree que estás? — preguntó Preston titubeante, quitándole las horquillas que le sujetaban el cabello plateado, de manera que empezó a caer sobre sus hombros desordenadamente.

— Él... él no sabe — tartamudeó, tratando de sacudirse el aturdimiento que la envolvía

— . Preston, alguien puede vernos... — ¿Te importa?

— ¡Naturalmente! ¿A ti no?

— No, en este preciso momento, no — respondió, la punta de sus dedos, acariciando el seno que se marcaba a través del vestido.

Adelyn extendió la mano para detenerlo, pero sin fuerzas. Él se inclinó hacia delante, besándole los hombros y alrededor del escote de la bata. Adelyn tocaba el vello de su pecho y Preston miraba la mano primero y después a ella.

— No quieres que me detenga ahora... — susurró con voz ronca.

Adelyn sabía que toda la responsabilidad de lo que pasara, sería de ella.

— Sí, sí quiero — dijo por fin.

Con el puño cerrado sobre el ancho pecho de Preston, se apartó algo de él, observando su expresión de desencanto. Pero cuando pensó que Preston ya se había controlado, la atrajo con violencia hacia sí. Los músculos del pecho masculino aplastaban sus senos y la boca era dura y violenta buscando la de ella. Adelyn separó los labios para protestar, pero no había modo de que pudiera cerrarlos para frustrar el ataque. La boca de Preston devoraba la suya, dejándola sin fuerzas.

Empezó a debatirse, clavándole las uñas, levantando las rodillas para apartarlo, pero su fuerza superior acabó con las protestas. La acostó sobre la arena, aprisionándola bajo su cuerpo, provocando una intimidación entre ellos que acabó con todas sus defensas. Su cuerpo entero estaba dispuesto a aceptar el de él, cuando oyó su quejido atormentado antes de quitarse de encima de ella.

Adelyn se quedó acostada, jadeante, llevándose las manos al pecho y retirándolas de inmediato, con horror, al ver una línea roja debajo de las uñas. Era sangre... sangre de Preston... y cuando él se puso de pie, ella vio los surcos sangrantes que sus uñas le habían hecho en la espalda.

— ¡Dios mío! — susurró temblorosa, levantándose — . ¡Tu... tu espalda!

Con despectiva indiferencia por su preocupación, Preston estiró el brazo para tocarse los rasguños, observando después la sangre en los dedos sin espantarse. La miró.

— Esta vez sí que la has hecho buena, ¿verdad? — le echó en cara con frialdad — . ¡A ver cómo sales de esto!

— ¿Qué quieres decir? — Adelyn tragó saliva con dificultad.

— Muchas mujeres son como tú... ¡violentas cuando se las excita!

— ¿Yo, excitada? — Adelyn lo miraba, espantada — . Yo... yo luchaba contra ti.

— ¿De veras? ¿Todo el tiempo?

— To... todo el tiempo — insistió con el rostro acalorado.

— Decías antes que no mientes — le recordó, desabrochándose el cinturón de los vaqueros; ella lo miraba a la cara y luego siguió el movimiento de su mano.

— ¿Qué... qué vas a...?

— ¡No vayas a desmayarte ahora! — contestó violento, bajando la cremallera. Cuando Adelyn desvió la mirada, él agregó — . ¿Puedes pensar en algo mejor que el agua salada para aliviar estos rasguños y detener la sangre?

Cuando él se dirigía al agua, Adelyn dijo, vacilante:

— Preston... Preston, ¿qué vas a hacer?

— ¡Vuelve con tu príncipe, Blancanieves! — le gritó con sarcasmo y se zambulló entre las olas.

CAPÍTULO 8.

Mason entró en la habitación de Adelyn cuando ella se vestía para la cena. Le pareció a ella diferente con el esmoquin... más fornido y grave, pero quizá eso se debía a que estaba acostumbrada a verlo con ropa informal. Él había entrado llevando un estuche en las manos, pero no se lo dio de inmediato, prefirió admirar lo bonita que estaba su prometida.

— Deberías usar el negro más a menudo — le dijo con voz ronca y Adelyn tuvo que admitir que el vestido de chifón complementaba la tonalidad cremosa de su piel y acentuaba el intenso brillo de su cabello.

Era importante que aquella noche apareciera lo más favorecida posible y había tenido especial cuidado al arreglarse el cabello, peinándoselo en dos crenchas a los lados de la cabeza y recogiénoselo en la nuca, con una cinta adornada con perlas. Era un estilo deliberadamente formal, para darle una apariencia más madura y la aprobación de Mason confirmó su propia opinión. Los invitados, aquellos que habían llegado ya a su primera cena, eran todos coetáneos de él, y Adelyn no quería defraudarlo de ninguna manera. Además, aparentando más edad, podría sentirse mejor ante Evie, que, sin duda, se presentaría acompañada por sus amigos.

Habían invitado a diecisiete personas, un número enorme para quien no está acostumbrado a atender en gran escala, y Adelyn sabía que la presencia de Preston Harvey era probable que alterara su precaria compostura, más que la de ningún otro invitado. Se espantó cuando Mason le comentó que iría aquella noche. La joven no esperaba que el administrador fuera invitado a una reunión social como aquella.

Hacía diez días que no lo veía, diez días desde que lo dejó nadando en el mar, usando el agua salada como cura para los rasguños que le había hecho en toda la espalda. Diez días durante los cuales ella vivía con constante temor de que llegara a la casa y la denunciara, mostrándole las cicatrices a Mason, despertando sus celos, su furia y maldiciones.

Pero Preston no había ido, y Adelyn supo que no le había dicho nada a Mason, porque este había ido ya a la plantación varias veces, y sus comentarios, al regresar, sólo se referían a la próxima cosecha de azúcar.

Desde la mañana que hablara tan claramente con Evie, parecía que ésta había comprendido que sus tácticas no eran las adecuadas, y aunque nunca era amable con ella, había mantenido cierta cortesía, por lo menos en presencia de Mason. Sería diferente una vez que se casaran, pensaba Adelyn, sin descontar la posibilidad de que tuvieran familia. Tal posibilidad parecía muy remota y ella evitaba considerarla anticipadamente.

Sin embargo, era imposible no darse cuenta de que, así como Mason recuperaba sus fuerzas, también recuperaba el interés físico de su relación. Ahora, cuando sus manos la acariciaban, lo hacían con un sentimiento definitivo de posesión y sus besos eran más apasionados y frecuentes. Adelyn sabía que era cuestión de poco tiempo que fijaran la fecha de la boda, y luego Mason esperaría todo de ella...

Mason le dio el estuche que llevaba. Se puso junto a ella cuando lo abrió. Al

contemplar el anillo con un fantástico diamante, un solitario, lanzó un grito de admiración.

— ¿Te gusta? Es tuyo. En vista de que no has cambiado de opinión...

Adelyn lo miraba, sin poder articular palabra, mientras él se lo colocaba en el dedo corazón.

— ¡Tú... has comprado esto para mí! — pudo decir al fin — . ¿Cuándo?

— Eso es asunto mío. Te queda bien, como suponía. Adelyn tragaba saliva con dificultad.

— Es... todos lo notarán.

— Esa es la idea — respondió Mason con cierta impaciencia — . ¿Y qué? — su dedo índice rozaba los labios de Adelyn — . ¿No merezco un poco de gratitud?

— ¡Oh, oh... sí! — le dio un beso ligero en la mejilla — . Gracias, muchas gracias, querido.

— ¡Qué poco entusiasmo! — exclamó él, tomándola de la cintura y abrazándola estrechamente contra su anguloso cuerpo — . ¡Lo puedes hacer mejor, estoy seguro!

— Y al instante sus labios se apoderaron de los de ella.

Adelyn sintió el impulso de rechazarlo, pero afortunadamente se sobrepuso. Aun así, aquel ataque era tan poco característico en él, que le fue imposible responderle, y la presión dura de sus dientes contra los labios le provocó cierta repulsión. Cuando él separó la boca y apoyó el rostro en la curva de su garganta, percibió el aliento alcohólico y comprendió que había estado bebiendo. Más aquello, pensó, no era disculpa para que apretujara su cuerpo, desarreglándole la ropa, y dando lugar a que tuviera que alejarse de él.

— ¡Dios mío, Adelyn! Lo lamento, querida — susurró mientras ella intentaba arreglar el escote del vestido, sollozando desalentada al ver su cabello desordenado — . No sé qué me ha pasado. Lo siento — Mason repetía las palabras con torpeza.

— Está bien — se quitó las horquillas de la cabeza con dedos temblorosos. Pero no estaba bien... y los dos lo sabían — . Yo ... ¿Puedes bajar sin mí? Yo... bueno, tendré que arreglarme un poco...

— ¡Y estabas tan hermosa! — exclamó y, poniéndole las manos en los hombros, le pidió de nuevo perdón.

Adelyn tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apartarse al sentir sus manos sobre ella.

— Sí — dijo al fin Mason, como si tomara una decisión — . Bajaré. ¿Tardarás mucho?

— Lo necesario para arreglarme — sonrió para tranquilizarlo.

— Excelente. Te encuentras... bien, ¿verdad?

— Naturalmente — respondió, deseando que se fuera cuanto antes.

Al cerrarse la puerta tras él, Adelyn se quitó el anillo y empezó a arreglarse el cabello. Sus manos temblaban tanto que le era difícil reacomodarlo y, después de luchar un rato, se sentó en el banquillo, frente al espejo, y se echó a llorar. El problema era que no tenía la mente en lo que hacía. Pensaba en el comportamiento poco usual de Mason y se estremecía al recordar sus manos sobre ella. ¿Era en realidad tan poco usual?, se preguntaba. ¿Hasta qué punto conocía ese lado de su naturaleza?

¿Habría estado equivocada al pensar que él era diferente a cualquier otro hombre? ¿El manoseo que había sufrido sería un ejemplo de lo que podría esperar después que estuvieran casados?

Tembló. No. Él había bebido. Los hombres muchas veces se comportan de un modo alarmante cuando ingieren alcohol. Como enfermera que había trabajado en la sección de emergencias del hospital, debía saberlo. ¿Por qué insistía en seguir pensando en las cosas que le dijera Preston y en recordar que, aun cuando él se hubiera puesto de mal humor, no había abusado de ella como Mason lo había hecho?

Diez minutos después se dio por vencida, recogió su pelo en un moño sobre la nuca y, cuando estaba sujetándose, tocaron a la puerta. De inmediato, buscó el anillo y se lo puso antes de decir:

— Adelante.

Era Sofia. Le llevaba un mensaje de Mason, los invitados la esperaban. Adelyn le dio las gracias a la muchacha y, sintiéndose más tranquila, salió de la habitación, siguiéndola.

Seis personas pasarían la noche en la casa. Eran amigos de Mason y venían de Saint Lucia y Martinica. Adelyn conocía a cuatro de ellos. Eran los de Tynaarlo y los Saunders; Maddox de Tynaarlo era el agente holandés de Mason en la isla cercana, y Tanner Saunders, su abogado de Alfie de France. La otra pareja, los Howe, venían de Saint Lucia también.

Aparte, Adelyn conocía a los Burns, Zachary y Cerys, Raelyn Walters y, desde luego, Preston. Todavía debía conocer a una pareja francesa de la isla cercana de Passereau: Owen Mitchell y su esposa, quienes vendrían acompañados por sus hijos. Finalmente, estaban Raymond y Zoe Sexton. Raymond era un criollo que manejaba el emporio más grande de St. Germain, mientras que su esposa era una experta modista.

Cuando Adelyn llegó al vestíbulo, encontró a Mason atendiendo a algunas personas que acababan de llegar y en la sala se oía el murmullo de voces, risas y música, el chocar de las copas... Mason la vio de inmediato y al acercarse a ella para recibirla, llamó la atención de todos.

— Tan hermosa como siempre — le murmuró al oído cuando la presentó.

Todos eran amables. Martha de Tynaarlo la invitó a ir a su casa cuando quisiera descansar un poco de la isla y Taraji Saunders la secundó, sugiriéndoles, tanto a ella como a Mason, que debían pasar con ellos en Alfie de France algunos días.

Todos los invitados habían llegado, con excepción de los Burns y Preston Harvey. Evie estaba presente, desde luego, mostrando un inesperado encanto y personalidad cuando hablaba con Arnaud, el hijo de los Mitchell.

Un movimiento en el vestíbulo anunció la llegada de los Burns, y Beth se disculpó con los Howe para ir a recibirlos. Era muy agradable ver una cara familiar, aun cuando su amistad con Zachary y Cerys era reciente. Raelyn Walters llegaba con ellos, delgada y atractiva, con una falda-pantalón morada, y detrás de ellos entró Preston, moreno y casi irreconocible, con un esmoquin de terciopelo color vino.

Se le veía tan diferente... tan perturbador... que Adelyn se encontró mirándolo fijamente, sonrojándose al comprender que otros ojos interceptaban su mirada. Se dirigió entonces a Cerys, alabándole el traje y dándole a Zachary las gracias por la aprobación tan galante que hacía de su vestido.

— Lamento que lleguemos tan tarde — exclamó Cerys, quitándose el chal y dándosele a la sirvienta — . Annette estaba muy molesta al saber que Raelyn vendría con nosotros, porque no le gusta quedarse sola con la niñera.

— Debes traerla algún día para que la conozca — dijo Adelyn, consciente de la

presencia de Preston — . Me gustan los niños.

— ¿Intentas tener pronto los tuyos? — preguntó Raelyn con ironía; no fue una pregunta muy amistosa, pero por fortuna en aquel momento Mason salía de nuevo al vestíbulo al escuchar que los invitados que faltaban al fin habían llegado.

— ¡Zachary! — gritó — . ¡Pasas demasiado tiempo en el hospital!

— Siento llegar tarde, no he sido culpable esta vez — respondió Zachary de buen humor — . La culpa ha sido de Annette, que quería venir también.

— Deberías haberla traído — contestó Mason con entusiasmo. Se volvió para saludar a Cerys y a Raelyn, y finalmente dio un apretón de manos a su administrador — . Bienvenidos, bienvenidos — agregó, insistiendo en que pasaran a la sala a tomar un aperitivo.

Adelyn pudo observar el modo familiar con que Raelyn apoyaba la mano en el hombro de Preston. Sus dedos se movían sensualmente sobre la suave tela de terciopelo, como acariciando su textura. Adelyn apretaba los dientes inconscientemente. Tuvo que esforzarse para responder a las palabras de admiración que la visión del anillo le arrancó a Cerys.

— ¡Tienes suerte! — exclamó — . Mason te tiene en un alto concepto, como sabes; nos lo dijo el otro día. ¡Está loco por ti!

— Nos... parece que nos... llevamos muy bien — Adelyn trató de sonreír.

— ¡Querida, qué cosas dices! Nunca habíamos visto así a Mason, No conocimos a su primera esposa, desde luego, pero siempre pensamos que Mason era... bueno, más bien un individuo flemático... no fácil de animar. Pero desde que te conoció — se encogió de hombros sonriendo — , tú sabes lo que quiero decir.

— Sí, claro... — contestó Adelyn.

Saltó el corcho de una botella de champaña y, entre las risas de los invitados, Mason intentaba servir el líquido burbujeante en una copa. Adelyn procuraba salir de la honda depresión que la agobiaba, pero era inútil pensar que Mason debía haberle dado más tiempo antes de regalarle el anillo. Él ya había tenido demasiada paciencia y, después de todo, un anillo de compromiso no es como un anillo de boda...

Al notar que le ponían en la mano una copa de champaña, dejó sus pensamientos y volvió a la realidad. Mason la tomó de los hombros, atrayéndola muy cerca de él, para demostrar que era su dueño.

— ¡Un brindis! — dijo alguien animadamente y enseguida fue secundado. Todos levantaron las copas hacia la feliz pareja, y Mason presionó sus labios en la sien de Adelyn.

— Amigos — comenzó y ella sintió preocupación puramente profesional al ver su agitación — . Amigos — repitió Mason — , aprovecho esta oportunidad para invitaros a todos a la boda. — Antes que Adelyn pudiera asimilar esta espantosa noticia, él agregó — . No creo en compromisos largos, y ahora que estoy restablecido, no vemos por qué hemos de esperar más tiempo, ¿no es así, querida?

Mason esperaba que ella dijera algo, pero no podía. Su lengua parecía estar paralizada y lo miraba sin decir nada, consciente de su sombría expresión.

— Yo... yo — balbuceaba inútilmente, cuando la voz de Brandon desde la puerta anunció que la cena estaba servida.

Todos se volvieron para mirar al sirviente y en este lapso de tiempo, Adelyn recobró el aliento. Pero aun así, la declaración de Mason la había dejado aturdida; no podía creer

que la hubiera hecho sin antes discutirla con ella.

Como los invitados esperaban que los anfitriones los guiaran hacia el comedor, Mason no tuvo oportunidad de exteriorizar sus sentimientos, pero la mano que cubría, la de ella, la apretaba fuertemente y, llevándola junto a sí a la cabeza del grupo, le murmuró, irritado:

— ¿Qué te sucede? Con seguridad ya habrás superado esos escrúpulos ñoños que has tenido arriba. ¡Por Dios, como si ningún hombre te hubiera tocado!

Adelyn lo miraba indignada, pero ya llegaban a la larga mesa del comedor y Mason se encargó de designar los asientos, sentando a Adelyn a su izquierda y a Evie a su derecha. Preston lo hizo junto a Evie, lo que sorprendió e incomodó a Adelyn, pues quedaba casi enfrente de ella. Como vecino inmediato tenía a Tanner Saunders, con quien tuvo poco de qué hablar. Estaba consciente de que los ojos verdes del administrador la miraban cuando no lo monopolizaban Evie o Raelyn.

La cena fue un éxito y un triunfo para la experta Lauryn. La comida era exquisita y abundante, y Adelyn veía cómo Mason se acaloraba más con cada vaso de vino que tomaba. Desde su regreso a la isla, su apetito había ido aumentando, y había recuperado en parte su constitución anterior, pero ahora Adelyn temía que su corazón no resistiese el esfuerzo.

— Sonríe, ¿no puedes? — le dijo una vez, inclinándose hacia ella como si le confiara un secreto y los labios de Adelyn temblaron.

— Estás bebiendo demasiado — murmuró, y él apretó los labios, irritado.

— ¿Es eso todo lo que se te ocurre decir? Esta es la cena de mi compromiso... Me he portado como un buen chico durante mucho tiempo.

— Sólo pienso en ti — respondió Adelyn en voz baja, pero ya Mason se volvía para hablar con Callum Howe.

Después de la cena se sirvió café en la sala. Habían colocado a un lado las sillas y las mesas para que se pudiese bailar. Evie y Raelyn examinaban unos discos, cuando Adelyn se dio cuenta de que Preston estaba parado junto a ella, sosteniendo una taza de café.

— Supongo — le decía lentamente — , que es hora de felicitarte.

— No, si no quieres — contestó ella con voz tensa, mirando a su alrededor con aprensión por si los observaban, y Preston exhaló un suspiro burlón.

— Tranquilízate, nadie nos está poniendo atención. Por lo menos todavía no. — Se inclinó y puso la taza vacía en una mesa baja — . Te veo muy preocupada. ¿Qué pasa? ¿El oropel ha empezado a perder tan pronto el brillo?

— Veo... veo que ya no tienes los vendajes en la muñeca.

— Bueno, sólo tengo un parche, y pensé que sería mejor utilizarlo en otro lugar.

— ¡No... no lo dices en serio! — exclamó.

— No — concedió él. Le enseñó la cicatriz en el dorso de la mano — . Como puedes ver, está completamente curada.

— ¿Y... y... lo otro?

— Aquí no, Adelyn. Nunca. Lo sabes muy bien — los ojos de él se ensombrecieron.

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Oh, vamos...! — miraba inquieto alrededor — . ¡No creo que seas tan inocente!

Sus palabras, después de lo que Mason le había dicho, tenían un doble sentido.

— ¿Qué... qué estás insinuando?

— No es el tiempo ni el lugar para una discusión de esta clase — murmuró — . ¡No pretendas que no sabes lo que hay entre nosotros, porque no te creería!

— No... — Adelyn se llevó la mano a la garganta — . No sé de qué hablas.

— ¿No? — Preston la recorrió con la mirada y como si estuviera discutiendo sobre el clima, le dijo suavemente — . ¿Les hacemos una demostración a tus invitados?

Adelyn temía que él pudiera hacerlo tal como lo decía. Preston tenía reacciones inesperadas y ella no estaba muy convencida de que le importara tanto su posición como para no arriesgarlo todo por imponer su dominio.

— No... no serás capaz de hacerlo — tartamudeó.

— No, no lo haré — contestó Preston con voz tensa — . ¡Pero no por ti!

— Lo... lo haces por Mason. Él asintió.

— ¡Qué disparate...! ¿Verdad? — dijo con amargura y se alejó.

Mason se acercó a ella cuando Evie ponía un melódico vals y Adelyn lo notó satisfecho. Pero Preston había destruido su paz mental por completo y se encontró deseando que la velada terminara cuanto antes.

— Zachary dice que una buena borrachera de vez en cuando no le hace daño a nadie

— le dijo Mason, manteniéndola tan cerca, que los botones de su chaqueta le hacían daño a ella en el pecho.

— Eso está bien — murmuró sin atreverse a discutir, pero la contestación pareció molestarlo.

— Supongo que has decidido que ya no importa — repuso.

— No — repuso ella con cuidado — . Como Zachary Burns es médico, pensé...

— Él no es especialista de corazón — respondió Mason agresivo — . ¿Qué puede saber él?

— No discutamos. ¿Te estás divirtiendo?

— No mucho. ¿De qué hablabais tú y Harvey? ¡Parecía interesante!

¿De qué habían estado hablando? Adelyn no pudo pensar en nada más que en la innegable atracción entre ellos.

— Él... nosotros... Yo le preguntaba si... si su mano ya estaba mejor.

— ¿Cómo sabes lo de la mano?

— Tú... tú me lo dijiste — Adelyn tragó saliva.

— Yo no te dije nada.

— Entonces debió decírmelo Evie. O quizá fue él. Sí, eso fue. Aquella mañana, cuando vino a la casa y... yo estaba limpiando este salón.

— ¡Limpiando! — Afortunadamente, aquello pareció distraerlo — . No voy a permitir que mi esposa... ¡Limpiando! — sus ojos miraban la piel suave del cuello femenino con fijeza, posesivamente — . Por Dios, eres toda una mujer, Adelyn. ¡Ya me gustaría que todos estos tontos se hubieran ido para que tú y yo pudiésemos estar solos!

— ¡Mason! Todavía no estamos casados. Además... algunos se quedarán a dormir.

— Lauryn los ha acomodado en la otra ala de la casa. Le ordené que arreglara un par de esas habitaciones de las que tanto te quejaste. Con cortinas limpias y un cambio de ropa de cama, es increíble lo que se ha conseguido.

Adelyn estaba asombrada. ¿Qué quería decir Mason? ¿Había estado esperando ponerle el anillo en el dedo para demostrarle su posesión? ¿Y por qué esto era un duro golpe para ella, si en un par de semanas él tendría el derecho legal de compartir su lecho sin tomar en cuenta sus sentimientos?

La conversación fue interrumpida por Zachary Burns al acercárseles, insistiendo en que quería bailar con la novia. Mason la dejó ir sin protestar y Adelyn se alarmó aún más al verlo dirigirse hacia la bandeja de las bebidas, una vez más. No le podía prohibir que tomara más alcohol y Zachary, su único aliado posible, no estaba tampoco muy firme. Además de la champaña, el espíritu de la isla parecía flotar con toda libertad, y después de haber probado el ponche de ron, Adelyn no se sorprendía del efecto que le hacía a las personas.

Preston no se le volvió a acercar. Aunque lo vio bailar varias veces con Raelyn y Cerys, y ocasionalmente con alguna de las otras invitadas, Evie parecía ser la que más ocupaba su atención, y Adelyn pensó que así era mejor, pues Mason ya tenía bastantes prejuicios, sin necesidad de provocarlo bailando con su administrador. Sin embargo, anhelaba, con una intensidad insoportable, estar en los brazos de Preston. Comprendió que la champaña le había hecho efecto. Quizá debería beber un poco más, pensaba amargamente, y así podría olvidar las grandes esperanzas que tuvo antes de llegar a Paradis.

A las dos de la mañana, los invitados empezaron a retirarse, Adelyn se dio cuenta de que Preston se había ido inadvertidamente. Evie y Mason tampoco estaban y Adelyn sintió un poco de temor cuando reaparecieron. A juzgar por la expresión de Mason, lo que habían estado hablando no les había agradado a ninguno de los dos, y en los ojos de Evie había una mirada de enojo. Pensó si él estaría molesto porque su hija había estado toda la noche con su administrador. ¿Por qué habría de poner objeciones a la amistad de Evie con Preston? Este era su amigo y, a pesar de los celos de Mason, el único hombre capaz de dirigir la plantación durante su ausencia.

Los invitados que iban a pasar la noche allí, dieron las buenas noches y se dirigieron a sus habitaciones. Adelyn, consciente de la mirada hostil de Evie, decidió hacer lo mismo. Mason no le había dirigido la palabra desde que regresara con su hija, y sólo esperaba que el aire de la noche hubiera aliviado su embriaguez y se diera cuenta de la inconveniencia de su comportamiento anterior.

— Buenas noches — dijo ella, estando todos al pie de la escalera — . Te veré por la mañana, Mason.

— Ahora subo.

Adelyn apretó los dedos sobre el barandal de la escalera. ¿Qué quería decir? Con gran esfuerzo, alejó sus temores. Se volvió para mirar a Evie, pero ésta la ignoró y subió aprisa la escalera, dejándolos solos.

Subieron, pues, juntos, y Adelyn pudo notar cómo había afectado a Mason el gran esfuerzo y la tensión. Él se detuvo un momento cuando llegaron al rellano, jadeante, aspirando con fuerza, y después la siguió con gran dificultad por el corredor. Ante la puerta de su habitación la hizo detenerse, poniéndole una mano en el hombro. Adelyn temblaba y cuando se volvió, él estaba apoyado en la pared, exhausto.

— ¡No creo que pueda arreglármelas solo! Tendrás que ayudarme, Adelyn.

Ella titubeó. Lo último que quería era estar en la habitación con Mason. Pero era enfermera, su enfermera, y aquello lo hubiera hecho por cualquier paciente.

— Desde luego — dijo por fin — . Vamos... te ayudaré a desvestirte.

Abrió la puerta y Mason entró tambaleándose, sentándose, agotado, en la orilla de la cama. Adelyn hizo una pausa y, comprendiendo que no lo podría ayudar a desnudarse con la puerta abierta, la cerró.

Mason se quedó quieto mientras ella le quitaba la corbata y la chaqueta. Al ayudarlo, experimentó pena por él y la frialdad de su corazón empezó a derretirse, aceptando que quizá eso era lo que había sentido... lástima. Eso, y un deseo egoísta de compartir su vida con alguien que no le exigiera nada. Quizá, inconscientemente, había estado buscando la figura paterna, alguien a quien cuidar y de quien depender, que no la tratara como mujer en absoluto, como un ser humano y no como un objeto sexual.

— ¿Cómo supiste que Preston se había quemado la mano? — preguntó Mason de repente.

— Ya te lo he dicho — contestó, tratando de parecer indiferente.

— Pero no la verdad. Evie me ha dicho que tú lo sabías desde antes que él viniera a casa.

Adelyn continuó desabrochando la camisa, buscando desesperadamente algo que decir, pero qué podía añadir ya, excepto la verdad. Y quizá fuera mejor que lo supiera por ella y no por alguien que le ofreciera una versión distorsionada de los hechos.

— Está bien — dijo cautelosamente — . Ya lo sabía, es cierto. En... en realidad, yo estaba en su casa cuando se quemó.

— ¿Tú estabas dónde? — le apretó la muñeca.

— En su casa — se humedeció los labios — . Pensé que tú lo sabías.

— ¡No! — la miraba con horror — . Sigue... ¿Cómo es que estabas allí?

— El día que Evie y yo fuimos a pasear...

— ¿Cuándo te trajo a casa? ¿Lo habías arreglado todo para verlo?

— ¡No! — Adelyn estaba asombrada por la forma en que él llegaba a las peores conclusiones — . Como dices, él me trajo a casa y... bueno... había encontrado mis gafas en la playa — esperaba que Mason lo creyera — y... me sugirió que las recogiera...

— ¡Estás mintiendo!

— ¡No, Mason! ... él encontró mis gafas de sol en la playa...

— ¡Pero no fuiste a su casa por eso!

— Sí. Él... yo... me sentía mal, y sugirió que tomáramos una taza de café.

Mason le torció súbitamente la muñeca de tal manera, que ella lanzó un grito de dolor.

— ¿Qué crees que soy? — le gritó — . ¿Un perfecto imbécil?

— No...

— ¡Sí, lo crees, si piensas que voy a aceptar una historia como esa!

— Mason, él se quemó la mano haciendo café...

— Quizá, quizá. Pero lo que pasó antes de hacer el café. ¡eso es lo que me interesa!

— ¡No pasó nada antes del café! Mason, me estás haciendo daño.

— Me gustaría hacerte mucho más — su cansancio anterior había desaparecido — . No soy ningún tonto, y ya es tiempo de que lo sepas. Ahora comprendo por qué has estado posponiéndolo todo, diciendo que me podría afectar la salud. Tú querías lo mejor de los dos... ¡Mi dinero... y su cuerpo!

— ¡No! — Adelyn estaba horrorizada — . Mason, estás loco...

— Sí, lo he estado, lo admito. Y ciego también. Debería haber escuchado a Evie, ahora lo comprendo. Pensé que en realidad me querías. ¡Oh! Yo sabía que el dinero era un atractivo, pero creí que me tenías afecto...

— Así es. Sí, te lo tengo. ¡Oh, Mason! Debí decirte lo de Preston...

— Preston. ¿Ahora ya es Preston? — hizo una mueca — . Es natural. ¡Debí

comprender que una mujer como tú, no podía estar sin un hombre mucho tiempo!

— ¿Una... una mujer... como yo? — repitió sin entender y él asintió.

— Sí — miraba con insolencia sus senos palpitantes — . Estás dispuesta, ¿verdad? ¡Qué no se diga que Mason Russell fue un hombre que decepcionó a una dama! — y con un tirón la atrajo hacia él y sus labios buscaron furiosamente los de ella.

Adelyn sentía su cabeza a punto de estallar. La alternativa era rendirse y dejarse caer en la cama, y eso era lo último que deseaba hacer. Mason ya no era el débil convaleciente que regresara a la isla. En las últimas semanas, había recobrado mucho de su vigor.

Cuando había perdido toda esperanza de poder resistir, se produjo un escándalo. Se escuchaban portazos y alguien gritaba; ni siquiera Mason pudo ignorar lo que pasaba. Maldiciendo, la empujó a un lado, y poniéndose de pie se dirigió a la puerta, sin tambalearse como lo había hecho con anterioridad.

Adelyn estaba demasiado aturdida para moverse, pero el aire frío que entró al abrir la puerta, la hizo reaccionar y salió al corredor tras Mason.

Allí estaban los Saunders, también los Howe, pero era Martha de Tynaarlo quien hacía todo el alboroto. Lloraba histérica y su esposo trataba de calmarla, mientras Tanner Saunders le explicaba a Mason lo que había sucedido.

— ¡Fueron los colchones! — exclamaba violento — . ¡Infestados de cucarachas! ¡Por Dios! ¿Qué clase de sirvientes empleas? ¿No cumplen con su trabajo? Ninguna de esas camas puede ser usada.

Adelyn se recostó débilmente en el marco de la puerta. Pagaba buenos sueldos, decía Mason malhumorado, y si las habitaciones no estaban en condiciones, no era culpa suya. Adelyn lo escuchaba con incredulidad. ¡Sabía perfectamente bien el estado en que se encontraban aquellas habitaciones! Ella se lo había dicho...

Ahora todos bajaban la escalera y Mason llamaba a Brandon. Lo más probable era que no lo oyera, pensaba Adelyn, agitada.

Pero al tambalearse por el corredor hacia la escalera, vio que el sirviente se acercaba. Bajó los peldaños, lentamente, sin saber qué hacer. No podía regresar arriba otra vez, ni soportar que Mason la tocara nuevamente. Eso significaba que no podría quedarse en aquella casa. ¿Adónde iría? ¿Quién podría ayudarla? ¿Eve? Quizá, si pensaba que podía deshacerse de ella. ¿Los Burns? Estaban lejos, en St. Germain.

¡Preston...!

Suspiró, reflexionando. ¿Tenía alguna otra alternativa? ¿O acaso estaría buscando una excusa para ir con él y abandonarse a su merced?

Humedeciéndose los labios resacos con la lengua, llegó a la puerta principal. Estaba asegurada con cerrojos, y aunque rechinaron un poco cuando los descorrió, la discusión que se originaba en el salón, donde Mason había entrado con sus furibundos huéspedes, acalló el ruido.

El aire nocturno nunca había sido tan agradable para Adelyn, y salió de la casa con un temblor nervioso de alivio.

CAPITULO 9

Las luces del salón iluminaban la curva de la entrada, y Adelyn le dio la vuelta a la casa con piernas temblorosas, temiendo que la vieran y la hicieran regresar. Llegó al refugio de los árboles sin ningún incidente y allí se detuvo un momento para recobrar el aliento.

Algo se movió cerca de ella en aquel instante y casi lanzó un grito de terror. Fuera lo que fuera, no era humano, sino un cuerpo pequeño y peludo que se deslizaba en la oscuridad.

Se movió otra vez, corriendo con dificultad y sin aliento por la arena hasta llegar a la playa. No había luna y con sólo las estrellas para guiarse, le era difícil saber dónde estaba la casa de Preston. Al fin la vio, sin ninguna luz que indicase que aún estaba despierto.

Al llegar a la terraza, vaciló... Con el distanciamiento entre ella y Mason, la necesidad de huir parecía innecesaria y tonta. ¿Qué podía decirle a Preston? Excepto que había decidido dejar la isla...

Dio un paso y al rechinar la madera bajo sus pies se detuvo. Era probable que de día hiciera el mismo ruido y pasara inadvertido, pero en la noche parecía ensordecedor. No se atrevía a avanzar, pero no quería regresar tampoco. Entonces la puerta de la terraza se abrió y una dura voz masculina exclamó:

— ¡Por amor de Dios, Evie, vete a casa! ¿No te has enterado de suficientes cosas esta noche para que procures alejarte de mí?

No había luz, por lo que él no podía saber quién era, pero, de algún modo, Preston presintió que no era Evie quien estaba allí, y bajó aprisa los escalones, acercándose a ella. Sus dedos la tomaron con firmeza del brazo desnudo.

A la media luz, ella no pudo ver si todavía llevaba puesta la misma camisa y el pantalón del traje que luciera en la cena. Pero su camisa estaba desabrochada y el tibio calor de su cuerpo le llegaba a Adelyn, acelerando su corazón.

— Yo... yo — no podía expresarse — . Mason...

— Ya me lo imagino — murmuró, violento, tirando de ella para que entrara en la casa.

Cerró la puerta y echó las cortinas antes de encender la luz.

Adelyn parpadeó por la repentina iluminación, mirándose el vestido de fiesta, en estado deplorable ahora.

Preston estaba vertiendo algo de una botella en un vaso.

— Toma — le dijo — . Es un coñac bastante bueno.

Adelyn sabía que le hablaba sólo para tranquilizarla. Obediente, probó el brandy; su calor la reanimó. Apretó el vaso entre las palmas de las manos, intentando dominar su temblor.

Preston no se había servido coñac; estaba observándola con tranquilidad, los ojos entrecerrados y pensativo. Cuando se recobró lo suficiente para mirarlo a la cara, él dijo:

— ¿Quieres hablar ahora de lo ocurrido?

— Lo que quiero... es irme — musitó Adelyn.

— ¿De mi casa? — Preston frunció el ceño — . ¿O de la isla?

— De la isla, por supuesto — Adelyn apretó los dientes — . ¿Cuándo... quiero decir... cuándo podría...?

— Cálmate — le aconsejó — . No tomes decisiones apresuradas, será mejor. Son...

— consultó su reloj — , casi las tres de la madrugada. Quizá deberías esperarte hasta mañana antes...

— ¡No! — se mostraba inflexible — . No quiero quedarme en aquella casa ni un minuto más.

Preston se pasó los dedos entre el pelo, paseando por el cuarto.

— Me imagino que después de lo que ha pasado esta noche, Mason decidirá no esperar más tiempo para reclamar sus derechos — dijo con suavidad y Adelyn respiró profundamente.

— ¡Él no tiene ningún derecho! Todavía no.

— ¿Has tratado de decirle eso? — se detuvo y la miró.

— Sí — Adelyn inclinó la cabeza.

— Pero no ha hecho caso.

— No.

— Sin embargo, te ha dejado que vengas aquí.

— Él no me ha dejado venir — dijo, levantando la cara — . Nosotros... Yo estaba en su cuarto... ayudándolo a desvestirse. — Viendo la mirada de incredulidad en la cara de Preston, se apresuró a agregar — . Soy enfermera, y en ocasiones le ayudo a desvestirse cuando se siente débil. Él... me ha dicho que se sentía incapaz de hacerlo solo. Yo... he ido con él a su alcoba para ayudarlo...

— Hemos tenido un desacuerdo y des... después la señora de Tynaarlo ha empezado a gritar...

— ¿Martha?

— Sí — Adelyn hizo una pausa — . Mason le dijo a Lauryn que los acomodase en el ala vacía. Yo... yo vi esas habitaciones y le dije en qué estado se encontraban, pero no me hizo caso. Parece que... había cucarachas...

— ¡Oh, Dios mío! — Preston la miraba — . ¿Y eso ha puesto fin a la fiesta?

— Mason ha tenido que ir a hablar con ellos. Él... le echa la culpa a Brandon, pero yo sé que sólo lo hace para disculparse ante sus invitados.

— ¿Y dónde cree Mason que estás tú ahora?

— En... en mi habitación, supongo. A menos que ya me haya ido a buscar y se haya dado cuenta de mi desaparición.

— ¿Y por qué has venido aquí? ¿Por qué recurras a mí?

— No... no hay nadie más a quien pueda acudir. Nadie... nadie que no piense... primero en Mason — Adelyn se sonrojó.

— ¿Qué te hace suponer que no lo haré yo?

— No... no te pido mucho. Solamente... solamente un lugar donde pasar la noche. Me... me iré por la mañana — lo miraba, inquieta.

— ¿Y adónde vas a ir?

— Regreso... regreso a Gran Bretaña, por supuesto.

— ¿Cómo llegarás a Saims?

— Hay barcos, ¿no?

— ¿Te das cuenta de que Mason tiene control sobre toda la carga que sale y que

llega?

— ¡Yo no soy una carga!

— No. Pero eres su novia. Todavía llevas el anillo de Amy.

Adelyn miró con horror el diamante que brillaba en su dedo; se había olvidado de él. Se lo quitó y lo dejó caer en una mesa cercana.

Preston había dicho el anillo de Amy. ¿En realidad había pertenecido a la esposa muerta de Mason Russell? Levantó los ojos interrogantes hacia Preston y él asintió.

— ¿No lo sabías?

— ¿Cómo podría saberlo? Nunca lo había visto hasta esta noche.

— Así... que el compromiso se ha roto. No habrá boda — hizo una mueca — . A Evie la alegrará saberlo.

— No sé por qué yo le disgustaba tanto — suspiró Adelyn.

— ¿De verdad no lo sabes?

— ¡Oh, supongo que tenía celos de mí! — repuso, cansada — . Pero no tenía motivos.

— ¡Celos! — dijo irónico — . ¡Oh, sí, ella estaba celosa! Pero creo que tenía miedo y el temor hace que la gente sea rencorosa... y cruel.

— ¿Miedo? — Adelyn extendió las manos — . ¿Por qué habría de temerme a mí?

— Creía que te casabas con Mason por su dinero más que por sus atributos físicos. Temía que lo convencieras de vender Paradis.

— ¡Vender Paradis! — Adelyn no lo podía entender — . ¿A quién?

— ¡Ah!... — Preston se frotó la barbilla, pensativo — . Creo que esta noche la lección ha ido bastante lejos. Si yo te hubiera dicho eso, ¡quién sabe!, pudieras haber pensado que valía la pena seguir el juego, después de todo.

— Todavía crees que me iba a casar con Mason por su dinero, ¿no es eso?

— ¿Lo puedes negar? — Preston se encogió de hombros — . El hecho de que estés aquí esta noche lo demuestra. Tan pronto ha pretendido obligarte a demostrarle tu... amor, ¡has huido como una gallina asustada!

— Eso no es cierto. Tú no entiendes. En Gran Bretaña, él era diferente.

— Menos exigente, supongo.

— Me trataba como a... una dama.

— Como a una hija, ¿quieres decir? — sugirió Preston, secamente — . ¡Por amor de Dios, Adelyn! No esperarías salirte con la tuya y conformarlo con una relación impersonal.

— No me crees, ¿verdad?

— Yo creo que viste a Mason como un escape. Por alguna razón pusiste resistencia contra el contacto físico. ¡No creo que si hubiera sido un obrero te hubieses fijado en él!

— ¡Debí imaginarlo! — gritó, dirigiéndose a la puerta — . ¿Cómo se me ha ocurrido acudir a un hombre como tú? ¡Sólo ves a las mujeres como... un objeto! Para usarlas o no, según te convenga. No puedes apreciar otras cosas que tiene la vida, que las mujeres pueden tener sentimientos más delicados...

Iba a poner la mano sobre la manija de la puerta, cuando Preston la tomó de los hombros y la apretó contra él, dejándola sin resuello. La abrazó posesivamente y las manos encontraron la plenitud de sus senos. Con un sollozo de vergüenza, ella, complaciente, se ceñía más a él, anhelando sentir su cuerpo íntimamente unido al de Preston otra vez.

Permanecieron así unos segundos, mientras su respiración agonizante era todo lo que

escuchaba, y después, la hizo mirarlo a la cara y su boca encontró la de ella, temblorosa y complaciente.

— ¿Él te ha hecho esto? — inquirió Preston con voz ronca.

Adelyn movió la cabeza de un lado a otro, sin poder contestarle. Su mente daba vueltas, fuera de control, al sentir que la aprisionaba más fuerte, con una pasión que aumentaba entre los dos.

— Sabes lo que quiero hacer, ¿verdad? ¿Me vas a dejar?

— ¿Puedo... puedo impedirlo? — temblaba, estrechada contra su cuerpo musculoso.

— ¿Quieres hacerlo? — preguntó con voz ronca, tomándole las manos y colocándolas sobre él. Adelyn quedó sin aliento.

— No — murmuró con vergüenza y repitió — . ¡No!

La boca de Preston cubrió la de ella una vez más, primero suave y después, fuerte y apasionadamente, exigiendo la entrega.

Adelyn se abrazó a él con fervor, sin importarle que Mason la estuviera buscando, que en cualquier momento pudiera llegar al bungalow y abrir la puerta, sorprendiéndolos.

Preston no estaba totalmente confiado. Unos minutos después, levantó la cabeza y la miró otra vez, pero la emoción había desaparecido de sus ojos. Rápidamente, le subió el vestido a los hombros y retrocedió un paso, alejándose de ella.

De inmediato, Adelyn estuvo consciente del desorden de su cabello, pero no hizo el menor esfuerzo por arreglarlo; se limitó a mirarlo, confusa, esperando que explicara su rechazo.

— Creo que ya es hora de que te vayas a la cama — dijo secamente, y ella se humedeció los labios.

— ¿A la cama?

— Sí — se hizo a un lado como para evitar que ella viera la tensión traicionera de la tela sobre sus muslos — . Es por aquí. Puedes dormir lo que resta de la noche y por la mañana...

— ¿Contigo? — intervino con suavidad, pero él movió la cabeza.

— Te indicaré dónde...

— ¿Por qué no contigo? — exigió — . Preston...

— ¡Por Dios bendito, no hagas esto más difícil de lo que ya es! Ven por aquí...

La llevó a la habitación, dio la vuelta y fue hacia la puerta.

— Preston... — Adelyn no podía dejar que se fuera así — . Preston, ¿he hecho algo malo?

— No, tú no has hecho nada malo — replicó entre dientes.

— Entonces, ¿por qué... por qué no...? — se interrumpió — . Pre... preferiría que fueras tú... y nadie más.

— ¿Crees que no lo sé? — replicó violento, cuando ella bajó la cara, sorprendida de su audacia — . Pero si tú crees que te voy a facilitar las cosas con Mason...

— ¡Voy a dejar a Mason!

— Eso dices. Pero quizá pienses de modo diferente por la mañana, sobre todo si para entonces te consideras una mujer... ¡y no una novicia con la experiencia de una niña de pecho!

— ¡Eso es una sugerencia asquerosa! — protestó.

— Pero práctica, ¿no lo crees? Después de todo, yo no te convengo. Ambos los sabemos. No tengo dinero. No soy dueño de la isla... ni siquiera de una mínima parte

de ella. Es más... mientras Mason aquí es poderoso, pudiera ser que yo mañana me encontrara hasta sin empleo...

— ¿Eso es... todo lo que te interesa? ¿Si tienes o no empleo? — balbuceó, sorprendida.

— ¿Qué más puede interesarme? — Los ojos de Preston se ensombrecieron. Adelyn movía la cabeza de uno a otro lado, incrédula.

— Quieres decir, que tú... nosotros... — decía jadeante, la respiración entrecortada — . ¡Oh, Dios mío! Odio esta isla. Tiene algo... ¡Algo en el aire que se respira que nos hace portarnos como si fuéramos personas distintas!

— Estás equivocada — murmuró Preston — . La isla nos hace mostrarnos tal como somos, sin tapujos ni hipocresías.

— ¡No! — Adelyn se sentó en la cama, sacudiendo la cabeza.

Amor... esa emoción de la que se abusa tanto... La había conocido en la isla, y ahora ya sabía lo que era intentar demostrar ese amor y que fuera rechazado. Nunca se hubiera portado así en Gran Bretaña. La isla había acabado con sus inhibiciones y destruido el respeto que se debía a sí misma.

— Te tienes lástima — le dijo Preston severamente, viendo las lágrimas traicioneras en sus mejillas, que se limpiaba con el dorso de la mano.

— Quizá debiera tenerte lástima a ti — contestó resentida — . ¡No es saludable amarse sólo a uno mismo!

— ¿Eso es lo que crees? — le preguntó, los ojos entrecerrados por la cólera — . ¿Qué sabes tú del amor que no te haya enseñado yo?

— N... nada — balbuceaba, llevándose la mano a los labios.

Súbitamente, él acercó la boca a la de ella en un beso prolongado, que volvió a infundir cierta esperanza en el pecho de Adelyn.

— Ahora, duérmete — le ordenó, apartándose de la cama.

Aunque los ojos de Adelyn lo miraban suplicantes, no dijo nada que pudiera destruir el tenue lazo que, pese a todo, parecía existir entre ellos...

Cuando Adelyn despertó, el sol entraba por una ligera abertura de las cortinas. Por unos segundos se sintió contenta de estar allí, enterrando la cara en la almohada donde Preston había puesto la cabeza. Pero no la noche pasada, pues él había dormido en el sofá de la sala, aunque ella dudaba de que alguien pudiera creerlo. No le importaba. No le importaba nada.

Estiró las manos sobre la cabeza y miró el vestido negro, largo y de chifón, que estaba sobre una silla. Recordó que no tenía más ropa que aquella y, aunque las sábanas de algodón contra su cuerpo desnudo, tenían un atractivo sensual, no podía enfrentarse a Mason envuelta en una sábana.

¡Mason!

Su animación desapareció y, haciendo a un lado el pensamiento de su ex-prometido, saltó de la cama, envolviéndose en la sábana como si fuese un sarong. Abrió la puerta del dormitorio y se dirigió al corredor.

La primera persona que se encontró fue a Freddie, y se sonrojó al comprender lo que estaría pensando.

— Yo... ¿dónde está el señor Harvey? — preguntó, sintiéndose incómoda. El sirviente hizo una inclinación antes de contestarle:

— El señor salió hace más de dos horas, señorita. ¿Quiere desayunar?

Adelyn suspiró. Comprendía que Preston no abandonaría sus obligaciones sólo por ella. Sintió una gran angustia al pensar que tendría que enfrentarse a Mason sola. Sin embargo, lo tenía que hacer, y diciéndole a Freddie que sólo tomaría café, regresó a la habitación.

Buscando por los cajones de Preston, encontró una camiseta de algodón y unos vaqueros que, sujetándolos con un cinturón, podrían servirle. Se dirigió al baño y mientras se lavaba los dientes, trató de imaginar qué le diría a Mason. Estaría furioso, sin duda. Quizá después de haber tenido toda la noche para pensarlo, comprendería sus sentimientos.

Además, pensó, si Mason había descubierto que la noche anterior ella había salido de la casa, ¿no hubiera sido lo correcto que la fuera a buscar? Arrugó las cejas.

¿Por qué no lo habría hecho? Con seguridad porque imaginaba dónde había ido, especialmente después de la acusación que le hiciera. La única explicación satisfactoria era que, después del problema con los invitados, él hubiera estado ocupado. Quizá hasta le habría ofrecido su cama a los huéspedes. Al pensar en esto, respiró tranquila, convencida de que aquella era la razón, pues se notaba segura y apoyada al saber lo que sentía por Preston.

Al pasar del baño al dormitorio, oyó voces... una de ellas era femenina y desagradablemente familiar. Era Evie, y el ánimo de Adelyn se deprimió. ¿Qué estaba haciendo allí? Buscando a Preston... o a ella... ¿La habría enviado Mason? "Sea como sea, pensó Adelyn, no va a ser un encuentro amistoso".

En su prisa por llegar a la habitación, Adelyn tropezó con el borde de la sábana. Logró sostenerse agarrándose a la manija de la puerta, pero su grito involuntario fue claramente escuchado y, cuando trataba de enredarse la sábana más firmemente, Evie salió de la sala y la vio.

— ¡Ah, estás aquí! — exclamó con voz llena de desprecio — . Preston ya me había dicho que te encontraría en su casa.

— ¡Preston! — Adelyn la miraba incrédula — . ¿Has visto a... Preston?

— Es natural — Evie le hizo una seña a Freddie para que las dejara solas, e indicándole la salita, se dirigió a Adelyn — . ¿No quieres pasar? Tengo algo que decirte.

— Me gustaría vestirme primero, si no te importa.

— Te puedes vestir más tarde. Te he traído una muda de ropa. Preston me ha dicho que no tenías más que el traje de noche.

Adelyn se clavó las uñas en la palma de la mano, siguiendo a Evie lentamente, llena de ansiedad. La hija de Mason se detuvo en la ventana y luego se volvió.

— Mi padre ha muerto.

— ¿Cómo... qué has dicho? — Adelyn no podía creerlo.

— Ya me has oído — replicó la otra joven, sin emoción — . Brandon lo acababa de encontrar cuando Preston ha llegado a casa. Debió sufrir un ataque esta mañana muy temprano. Estaba muerto en su despacho, sentado frente al escritorio.

— ¡Oh, Evie! — Adelyn estaba profundamente conmovida — . Evie... lo lamento.

— ¡No digas eso! — Evie hizo una mueca — . No lo sientes. Nunca te importó mi padre.

— ¡Eso no es cierto!

— Sí, lo es. Sólo estabas interesada en lo que podías obtener de él. Cómo esto... — se inclinó, tomando el solitario que Adelyn había dejado en la mesa la noche anterior — . ¡El anillo de mi madre! Esto no es tuyo. Nunca te lo debería haber dado. ¡Me pertenece!

— ¡Tómalo! — gritó Adelyn, exasperada — . No lo quiero. Lo iba a devolver.

— ¿De veras? — Evie hacía girar el anillo entre sus dedos — . ¿Por qué?

— ¿Por qué? — Adelyn la miraba — . ¿No es obvio?

— ¿Por qué has pasado aquí la noche? — preguntó irónica — . ¡Oh, querida! No eres la primera mujer que pasa aquí la noche y dudo mucho que seas la última.

Escucharla hablar con tanta seguridad fue desconcertante, y Adelyn, que esperaba que se mostrara celosa, sólo vio la burla y el desprecio en su mirada.

— No intento discutirlo contigo — logró decirle, pero Evie no estaba dispuesta a dejarla ir tan fácilmente.

— Preston me ha dicho cómo viniste hasta aquí anoche — continuó, maliciosa — . No ha mencionado para nada tu rompimiento con mi padre.

— Me imagino que tiene otras cosas en qué pensar — miró a su alrededor y vio su neceser, que Evie le había llevado, cerca de la puerta — . Me voy a vestir...

— ¡Espera! — Evie se interpuso entre ella y el neceser — . Creo que hay algo que debo decirte.

— ¡Por favor Evie...! — Adelyn apretó los labios — . No tenemos más que hablar...

— No estoy de acuerdo. Quiero saber por qué piensas que Preston te ha hecho el juego desde que llegaste. ¿Por qué a ti? Cuando hay muchas otras mujeres más que dispuestas...

— ¡Por amor de Dios, Evie! Este no es el momento ni el lugar...

— ¿Qué sucede? Por qué no lo quieres discutir? ¿Es tan doloroso para ti?

— ¿Qué estás tratando de insinuar, Evie? ¿Qué quieres que te diga? Yo sé cómo te sientes, pero los celos son una emoción inútil...

— ¿Celos, yo? — Evie rió, irónica — . ¿De mi propio hermano?

— ¡Tu... hermano! — Adelyn no lo aceptaba. No podía aceptarlo.

— Mi hermano, sí, — las cejas oscuras de Evie se arqueaban desdeñosamente — . Mi medio hermano, en realidad. No sabías que mi padre tenía un hijo, ¿verdad? Pero Preston lo sabía... y estaba tan ansioso como yo de evitar que te casaras con papá. Sólo que él ha usado un método diferente, eso es todo.

— ¡No! — Adelyn temblaba incontinentemente.

— Sí, querida — insistía Evie con crueldad — . ¿Por qué no? ¿No es eso lo que ha conseguido? ¡Oh, señorita Hamilton! ¿No te das cuenta de que has caído en su trampa?

CAPÍTULO 10.

Por fin, Adelyn comprendía muchas cosas que hasta el momento habían sido confusas para ella: La familiaridad de Preston con su jefe, por un lado; por otro, su familiaridad con ella. "¡Qué horror!", pensaba mientras se vestía. "Si me hubiera casado con Mason, hubiera sido la madrastra de Preston" ¡Su madrastra! Era increíble... e imperdonable.

¿Quién había sido su madre? Amy, no, de eso estaba segura. Evie había dicho mi medio hermano, lo que quería decir que Preston era bastardo. Con dedos temblorosos, se subió la cremallera de los vaqueros. ¡Con razón él despreciaba tanto a su padre! No tenía mucho que agradecerle. Preston era mayor que Evie, lo que significaba que la relación que tuvo Mason con su madre fue antes de que se casara con Amy, o antes de que ésta concibiera a Evie. Aquel era un aspecto desagradable del carácter de Mason, y algo que ella nunca hubiera podido aceptar, lo sabía bien. Pero Evie sí lo sabía, así que, ¿por qué no había dicho ella la verdad antes?

La respuesta era igualmente clara para Adelyn: Si lo que Evie decía de Preston era cierto, no hubiera sido conveniente que dieran a conocer su parentesco tan pronto, pues si ella hubiera sospechado que Preston era hijo de Mason, se habría puesto en guardia contra él. Si hubiera prevenido a Mason de lo que su hijo estaba haciendo, ¡qué diferentes hubieran sido las cosas!

¿En realidad hubieran sido diferentes? Adelyn se cepillaba el cabello, consciente de su palidez reflejada en el espejo. El golpe recibido, al saber de la muerte repentina de Mason, había sido tan duro como la decepción que le causara saber lo de Preston, y ahora le era muy difícil pensar en lo que podría hacer más allá de las próximas horas.

Evie le había dicho que tan pronto estuviera vestida, fuera a la Casa Grand; el sepelio se llevaría a cabo por la tarde. Recordó que la hija de Mason estaba tan calmada como si en realidad nada le importara; parecía imposible que en un día la situación hubiera cambiado tan drásticamente.

Dobló el vestido negro de chifón y lo metió en el neceser con un sentimiento de repugnancia. Estaba segura de que nunca lo volvería a usar. Bebió dos tazas de café y con un gran sentimiento de fatalidad, se dirigió a la Casa Grand.

Alguien había bajado las persianas y había en el interior una atmósfera de enclaustramiento. Pensaba dónde estaría el cadáver de Mason. En su habitación, suponía, y con sólo pensar en llegar allí y verlo, se le oprimía el corazón.

El vestíbulo estaba desierto, pero podía escuchar el murmullo de voces bajas que provenían del salón. Estando allí parada, titubeando sobre lo que debía hacer, Tanner Saunders salió y se detuvo al verla.

— ¡Adelyn! — exclamó y, después, como un reproche — . Ya ha vuelto

¿Todos sabrían qué había pasado la noche en casa de Preston?, pensaba, sin poder comprender todavía la magnitud de la traición de este.

— Señor Saunders — contestó torpemente — , ¿don... dónde está?

— ¿Mason? — Saunders la miraba fríamente — . En su habitación. Pero los demás estamos aquí — le dijo, señalando hacia el salón — . Creo que debería acompañarnos.

Adelyn se quedó quieta un momento, y luego asintió, dirigiéndose a la estancia indicada. Esperaba encontrar allí a Preston y a Evie y, en su lugar, se encontró con los invitados de Mason que habían pasado la noche en la casa; además, estaban Zachary Burns e Lara Fowler. Sólo el rostro de Lara le mostró amabilidad.

El silencio que prevalecía fue roto cuando Tanner Saunders se dirigió a Zachary y dijo:

— Quizá deberías repetir los resultados de tu examen a la señorita. Estoy seguro de que querrá saber a qué se debió la muerte de... su novio.

— Por favor — murmuró tan quedo que apenas la escucharon y, después de mirar a los demás, Zachary dijo:

— La fiesta de compromiso nunca debió llevarse a cabo. Fue demasiado para él. Eso... y lo sucedido después, fueron muchas emociones para su corazón ya debilitado por un primer ataque.

Si estaba culpando a Adelyn, ella decidió no discutir. Sería inútil decirles cómo se había opuesto a aquella fiesta. Todos pensarían que estaba tratando de justificarse.

Irguiéndose, miró a Martha de Tynaarlo.

— Des... después de hablar con Brandon... se fue... ¿se fue directamente a la cama?

— le preguntó, pero fue Maddox el que contestó en lugar de su esposa:

— Él cedió su habitación, como lo hubiera hecho cualquier caballero. Martha y Taraji durmieron allí; Tanner y yo nos acomodamos en los sofás de aquí abajo.

— Usted no durmió en su habitación tampoco, ¿verdad, señorita Hamilton? — preguntó bruscamente la señora Howe y Adelyn agradeció que Lara Fowler preguntara en aquel momento cuándo sería el sepelio.

— A las cuatro en punto — dijo Preston, que entraba en el salón y de inmediato pareció electrificarse el ambiente.

Con el traje oscuro, se le veía distinto al extraño que se encontró en la playa, y mucho más parecido al hombre que había sido su padre.

Tanner Saunders pareció haberse nombrado el portavoz de todos, porque dijo:

— Comprenderán que el testamento deberá leerse después. Casualmente, tengo conmigo una copia. Mason me pidió que la trajera. Me parece que tenía idea de cambiarlo, pero, desgraciadamente, no tuvimos oportunidad de hacerlo.

Le lanzó una mirada ligera de triunfo a Adelyn, como pensando que ella hubiera sido la nueva beneficiaria. Menos mal, pensó, que Mason no había cambiado el testamento a su favor; no quería nada a lo que no tuviera derecho.

Estaba consciente de que Preston la observaba y, con toda intención, ella miró hacia la ventana. No le daría la satisfacción de que supiera cuánto la había herido. Tan pronto como terminara el funeral, se iría, y nunca más volvería a verlo, ni a él ni a Evie. Necesitaba poner gran distancia entre ella y Preston, antes que el hechizo insinuante de la isla la hiciera cometer más tonterías.

— Yo creo que todo eso deberían arreglarlo con Evie — decía Preston, las manos en los bolsillos del pantalón — . Bajaré dentro de un momento y entonces podrán hablarle.

— Esto la ha afectado mucho — suspiró Taraji Saunders — . Es una tragedia. ¡Ha sido espantoso que terminara así una de sus noches más felices!

Todas las miradas se dirigían a Adelyn, y ella se sintió nerviosa. Lara Fowler se fue a sentar a su lado y, con voz llena de compasión, le preguntó:

— ¿Y usted, cómo se siente? ¿Está bien? Se la ve muy pálida, ¿Ha tomado algo?

— Estoy bien — le aseguró, y la maestra asintió — , aunque ha sido un duro golpe

para mí también.

— No lo dudo.

Lara la miraba, comprensiva, y Adelyn pensaba cómo podía serlo cuando ella, más que nadie, tenía razón para odiarla. Pero quizá, como Evie, Lara conocía los defectos de Preston y los aceptaba. Adelyn, a pesar del calor, temblaba, pensando que nunca podría aceptar una situación semejante.

No se había dado cuenta de que Preston había cruzado el salón y estaba junto a ellas, hasta que sintió una de sus manos en el hombro. Se retiró al sentir que la tocaba, mirando con preocupación a Lara, pero ésta parecía estar atenta a la cara sombría de Preston.

— ¿Ya está todo arreglado? — preguntó la maestra.

— El ataúd estará aquí a las dos — contestó Preston en voz baja — . Si quieres verlo, ahora es el momento.

— Sí, creo que sí — dijo Lara, suspirando profundamente — . ¿Me acompañas?

— Está bien. Pero dame un minuto para hablar con Adelyn, ¿quieres?

— Desde luego — Lara le sonrió a Adelyn y, con lentitud, se dirigió a la puerta.

De inmediato, Preston tomó a la joven del brazo y esta vez no hubo escapatoria.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó en voz baja pero tensa — . ¿Por qué te has apartado cuando hace un momento te he tocado? ¿Te importa lo que estas personas digan de nosotros?

— A ti no te importa — murmuró Adelyn fríamente.

— No. ¿Por qué habría de importarme? No significan nada para mí.

— Me pregunto si te importa alguien... Pero prefiero no hablar de esto. Todos nos están mirando, y ya me imagino lo que pensarán.

— Yo también — dijo Preston — . Creen que dormimos juntos anoche y no los he desengañado.

— De eso estoy segura — murmuró amargamente y una mirada de desconcierto apareció en la cara de Preston.

— Adelyn, debo hablar contigo, pero ahora he de subir con Lara. Sal al vestíbulo cuando nos oigas bajar y hablaremos en la biblioteca.

— ¡No!

— ¿Qué quieres decir? No sé qué te ocurre, Adelyn.

— Me estás lastimando el brazo.

— ¡Y te voy a lastimar mucho más si no me dices qué diablos te pasa!

— ¿No lo adivinas — le preguntó haciendo un esfuerzo para mirarlo a la cara — , señor Harvey?, ¿O debería decir Russell?

— Evie — murmuró él con voz reconcentrada — . Debí sospecharlo.

— Entonces, ¿es cierto? — Adelyn lo miraba con ansiedad.

— Sí, es cierto — dijo él, soltándole el brazo.

— Lo sabía — añadió Adelyn con desaliento.

— Debí decírtelo...

— Sí, debiste hacerlo — repuso con voz dura — . ¿No deberías irte ya? La señora Fowler te está esperando.

— Adelyn — su mirada buscaba la de ella — . Adelyn, ¿esto cambia las cosas?

— ¿Qué quieres decir? — preguntó la joven con dificultad.

Preston observó a su alrededor, burlonamente, las miradas curiosas y acusadoras que

todos les dirigían; a pesar de ellas, le cogió una mano.

— Adelyn, ¿me amas?

— ¿Amarte? Preston... — se ruborizó.

— ¡Preston! La señora Fowler te está esperando para que la acompañes.

El tono frío de la voz de Evie, hizo que Adelyn retirara la mano de las de él, y aunque sus ojos preocupados continuaron mirándola por un largo momento, su alejamiento físico fue completo. Hubo un instante de silencio y luego Preston se acercó a su media hermana y la miró inexpresivo.

— La señora Fowler — repitió ella, indicándole la puerta — , te espera.

— Gracias, Evie, ya lo sé — replicó secamente y se alejó.

El ambiente tenso desapareció, y con el murmullo de la conversación que siguió, Evie pudo hablarle a Adelyn sin temor a que la escucharan.

— ¿Despidiéndote, Adelyn Hamilton? ¿Le has dicho a Preston que te vas hoy mismo?

— ¿Por qué estás tan segura de que me voy a ir? — se rebeló.

— ¡Oh, sí! — sonrió Evie, y para cualquiera que la observara, parecía estar consolando a la muchacha que había estado a punto de usurpar su posición como señora de la isla — . ¿No lo he dicho bien claro? La isla es mía ahora, y eso significa que soy dueña de la plantación. Por lo tanto, soy la jefa de Preston. ¿Está claro?

— Y seguramente — contestó con cautela — , si lo que dijiste antes es cierto, Preston estará tan ansioso como tú de echarme de la isla...

— Preston hace lo que se le ordena — replicó Evie con arrogancia.

— Así que si me quedo, ¿amenazas con despedirlo?

— En pocas palabras... ¡Sí!

— ¿Qué te hace pensar que Preston no se defendería?

— Porque yo tengo la última carta... podría vender la isla.

— No creo que lo hicieras. ¿A dónde irías?

— ¿Por qué habría de irme a alguna otra parte? El consorcio, que está interesado en comprar Paradis para convertirlo en un lugar de recreo para millonarios, necesitará personal... y consejeros. Pudiera incluir un empleo en el contrato... si quisiera.

— Entonces, ¿por qué no podrías incluir a Preston?

— ¡Oh, señorita Hamilton, sabes muy poco acerca de él! ¿Todavía no has aprendido que la gente que trabaja en la plantación es todo lo que a él le importa? ¡Crees que se perdonaría el destruirles su modo de vivir, sólo por ti! ¿Por cuánto tiempo se lo podrías compensar? ¿Un mes, seis semanas? Tres meses a lo sumo. Y después te odiaría por haberlo hecho perder el respeto que se tiene a sí mismo.

Adelyn ya había escuchado bastante. Se apresuró a cruzar el salón y, sin importarle las miradas curiosas que la seguían, atravesó el vestíbulo corriendo. Subió la escalera y, al llegar al corredor del primer piso, se encontró con Preston y Lara, que se disponían a bajar.

Sollozando, los miró consternada y Preston exclamó:

— ¿Dónde vas?

— A mi habitación — dijo con dificultad — ; tengo que cambiarme.

— ¡Espera! — Preston miró a Lara de modo suplicante, y ella asintió.

— Te veré abajo — y cuando Adelyn abrió la puerta de su habitación, Preston la empujó hacia el interior y entró tras ella.

— Ahora — dijo dando un portazo — , explícame lo que pasa.

Adelyn sabía que no lo podía decir. Aunque sospechaba que él tenía interés por ella, dudaba que la quisiera tanto como ella lo quería a él; de otro modo, no haría tanto alarde de sus otras mujeres delante de ella. Pero era hijo de Mason, y quizá, como su padre, no podía conformarse con una sola. Cualquiera que fuera la verdad de todo ello, creía lo que Evie le había dicho respecto a su amor por la gente de la isla, y por tal razón, no podía pensar que era mentira lo que había dicho su media hermana, y vivir abiertamente con él. El matrimonio no parecía estar en su lista de prioridades, pero aunque así fuera, el resultado sería el mismo. Evie tenía todas las cartas en la mano, y era lo bastante falta de escrúpulos para jugar con ellas. Adelyn no podría vivir sintiéndose más culpable de lo que ya se sentía.

Se dirigió a la ventana, abriéndola para que entrara un poco de aire. La habitación se notaba cargada.

— ¡Adelyn!

— ¿Qué ocurre? — preguntó haciendo tiempo, y él avanzó hasta el centro de la pieza.

— Ven acá — pidió.

— No... no tenemos nada que decirnos — insistió vacilante, y miró sus ojos verdes brillar peligrosamente.

— ¿No tenemos nada que hablar?

— No — repitió — . Preston, en realidad debo cambiarme. No puedo quedarme con estos vaqueros... ¡Oh!

Sus palabras fueron cortadas por el grito de sorpresa que dio cuando él la asió bruscamente, atrayéndola hacia sí, con un gemido de satisfacción en el momento en que sus labios se juntaron con los de ella, ansiosos.

— ¡Suéltame, Preston! — le suplicó, notando que su voluntad se debilitaba.

— ¿Crees que necesito que me recuerdes, que no debería hacer esto, aquí... y en este momento? Debería estar abajo, lo sé... — su boca buscaba la de ella otra vez y luego se retiró un poco para continuar la exploración seductora de su rostro — . ¿Crees que no comprendo mis responsabilidades? ¡Por Dios, Adelyn! Te necesito...

La volvió a besar y la pasión que ambos sentían era innegable. Los dedos de Adelyn se entrelazaban entre los botones de su camisa, y él deslizaba la mano debajo de su ropa, encontrando la plenitud de los senos.

— ¡Por Dios, Adelyn! — gimió — . Te amo. Deja que te ame...

— ¡No, Preston!

— No quiero decir en este momento — exclamó con violencia — . Aunque Dios sabe que podría hacerlo — ella torció los labios sensualmente.

— Pues yo no, Preston — apartó su rostro — . Ni tampoco cuando... cuando todo esto... termine...

— ¿Qué estás tratando de decirme? — la apretó entre sus brazos.

Era el momento más difícil de su vida. Adelyn se mojaba los labios, buscando las palabras adecuadas.

— Quiero decir... que después del funeral... me iré.

— ¡No te vas a ir! — Sus ojos brillaban coléricos y ella se sentía moral y físicamente enferma, por lo que se forzaba a hacer.

— Sí, me iré, Preston — repitió — . Debo hacerlo. Regresaré a casa con los de Tynaarlo...

— ¡No!

— No vas a cambiar mi decisión — insistió, aunque estaba perdiendo el valor, sintiéndose desfallecer. Él la sacudió con violencia.

— ¿Por qué? Ahora que... mi padre ha muerto, ¿por qué tienes que fingir?

— No estoy fingiendo, Preston. Sé que nunca amé a Mason, pero... pero tampoco te amo a ti.

Esto último lo dijo casi ahogándose y los ojos de Preston se entrecerraron con tristeza.

— Entiendo — dijo al fin, y ella pensaba qué sería lo que entendía — . Se me olvidaba que no tengo nada que ofrecerle a una chica como tú, ¿verdad? Y además, soy un bastardo.

— ¡Oh, Preston!... — Adelyn no pudo reprimir el involuntario grito, y cuando él se alejaba, alguien llamó a la puerta.

— A... adelante — logró decir. Se abrió la puerta y apareció Sofia.

— ¡Señorita Hamilton! — Adelyn, abatida, vio que Preston aprovechaba la interrupción para marcharse.

— El almuerzo está servido, señorita. La señorita Evie me ha mandado avisarle — anunció Sofia, perpleja, al observar el rostro de Adelyn.

— Gracias, Sofia — Adelyn no escuchaba lo que la muchacha le decía.

A través de la puerta abierta, su mirada seguía a Preston, hasta que él desapareció por la escalera.

No hubo servicios religiosos formales. Un sacerdote de la iglesia católica de St. Germain precedió la comitiva y el ataúd de Mason salió de la casa a hombros de su hijo y de cinco de sus compañeros, hacia el panteón familiar. Adelyn se sintió aliviada cuando terminó la breve alocución y todos pudieron retirarse.

Lara se constituyó en su protectora, y cuando el testamento fue leído, ella y Adelyn se sentaron en el salón mientras que Preston y Evie se fueron al despacho con Tanner Saunders para escuchar la lectura del documento.

— Me ha dicho Preston que se va esta noche. ¿Se quiere ir realmente?

Adelyn titubeó. No debía confiarse a la maestra, pero la tentación de pedirle un consejo fue irresistible.

— Usted conoce a Preston desde hace mucho tiempo — dijo.

— Se puede decir que sí.

— Entonces debe saber cómo quiere a la isla.

— Sí.

— ¿Usted cree que podría vivir en algún otro lugar?

— Cualquier persona puede si se ve obligada a hacerlo.

— Lo sé, pero... sólo pensaba — se estaba complicando demasiado y lo sabía — . Quiero decir, si usted cree que él dejaría la isla por su propia voluntad.

— ¿Quiere decir para siempre? — Lara se encogió de hombros — . No lo sé. ¿Por qué? ¿Acaso él le ha dicho que quiere irse?

— ¡Oh, no! No es eso. Pero... bueno, se me ha ocurrido que... como la isla ahora pertenece a Evie...

— Ella pudiera pensar en despedirlo, ¿no es eso lo que quiere decir? — sugirió Lara — . No creo que Evie pueda manejar la plantación sin Preston.

— Estoy segura de que no podría. — No quería que Lara le dijera a Preston que quizá Evie tenía otros planes respecto a él — . Pero se ha hablado de... bueno, vender la isla,

¿no es cierto?

— Ya entiendo — Lara la miraba con curiosidad. Luego dijo — . Quizá lo que me está diciéndome es que usted no podría vivir en la isla.

— ¿Yo? Yo no soy de aquí. Eso lo sabe usted bien.

Lara la miraba pensativa, cuando los demás volvieron al salón. Evie se apoyaba en el brazo de Tanner Saunders y Preston y Taraji Saunders llegaban detrás de ellos. Era evidente, por la expresión de Evie, que algo estaba mal. Lara se puso de pie y fue a hablar con Preston. Adelyn permaneció donde estaba, involucrada a su pesar en lo que estaba pasando.

Evie se sentó en una silla y mientras Tanner le servía una copa, Preston, Lara y Taraji hablaban en voz baja. ¿Qué había sucedido? ¿No habría alguien que quisiera molestarse en decirle qué significaba todo aquello?, pensaba Adelyn.

Cuando Evie bebió un sorbo y el color le volvió a las mejillas. Tanner se volvió para hablar con Preston, e Lara aprovechó la oportunidad para regresar a su asiento. Se acomodó junto a Adelyn y le dijo en voz baja:

— Mason le ha dejado la isla a Preston. Había un segundo testamento. Todo lo que Evie tiene ahora es una pensión anual.

Adelyn no podía creerlo. ¡La isla pertenecía a Preston, no a Evie! Ya no podría hacerles más daño. ¡La posición de Preston estaba a salvo!

— Se ha puesto roja — le dijo Lara — . ¿Se siente bien?

— ¡Oh, sí! — Adelyn se mordió el labio inferior, mirando a Preston que se hallaba al otro lado de la habitación, deseando que él la mirara y cuando lo hizo, fue como si le cayera una ducha de agua helada encima. La expresión de sus ojos era de absoluto desprecio.

— Mason estaba con vida cuando Preston llegó aquí esta mañana.

— ¿Vivo? — repitió Adelyn, incrédula, e Lara asintió.

— Así es. A Evie no se le dijo por qué, de todos modos él estaba moribundo y no hubiera dado tiempo de avisarle — hizo una pausa y agregó de un modo significativo — . Además, Mason no quería verla.

— ¿Qué quiere decir? ¿Qué fue lo que dijo?

— Aparentemente, él y Evie habían... hablado después que usted saliera de la casa. No sé lo que se dijeron, no me lo ha dicho Preston, pero el resultado de todo fue que Mason decidió cambiar el testamento en las primeras horas de la madrugada, y Brandon y Lauryn fueron testigos. Todo es perfectamente legal. Tanner ya le ha dicho a Evie que no hay posibilidad alguna de que pueda impugnarlo con éxito. Preston es su heredero, tal y como debería haberlo sido desde el principio.

Esto último fue dicho con cierta amargura, pero Adelyn no lo advirtió. Estaba demasiado preocupada por su propia desgracia al comprender con claridad lo que Preston pensaría: que el hecho de que se hubiera convertido en el nuevo dueño de la isla, la había hecho cambiar de opinión, y no habría modo de que ella pudiera convencerlo de lo contrario. A menos que Evie le dijera la verdad... ¿Pero lo haría? Adelyn miró a la otra muchacha y vio que ella la miraba también. Todavía había hostilidad entre ellas, lo sentía, y como si Evie supiera lo que estaba pensando, desvió los ojos hacia Preston. Después volvió a mirarla a ella con un vago aire de triunfo, y Adelyn supo que no tendría ninguna posibilidad de persuadir a Evie para que la ayudase.

CAPÍTULO 11.

La embarcación se mecía en sus amarres, y Adelyn, sentada en su camarote, sentía que su estómago se movía con las olas. Debería haber comido algo, pensó, antes de intentar hacer el viaje, pero no soportaba ver comida. Los de Tynaarlo todavía estaban en el muelle, hablando con Manuel, el piloto del pequeño barco de motor que los llevaría de regreso a Saint Lucia. Guardó el equipaje debajo de los asientos y se sentó a esperar a los de Tynaarlo, ansiosa de zarpar antes que el anhelo de recurrir una vez más a Preston la hiciera regresar.

Después de la devastadora noticia de Lara aquella tarde, y sabiendo lo que significaba para Preston, la invadió una gran tristeza. Era cruel lo que pudiera pensar de ella, aunque tenía razón. Después de todo, nunca creyó que ella se casara con Mason más que por el dinero. ¿Por qué tendría que pensar de modo diferente ahora? Sobre todo, después de su comportamiento con él antes del funeral...

Si hubiera pensado que Evie fanfarroneaba... pero nunca soñó que Mason pudiera dejarle la isla a su hijo. No le había insinuado nunca el parentesco que lo unía a Preston y, aunque le daba pena su muerte, no era fácil olvidar el sufrimiento y el dolor que en vida ocasionó.

Sin embargo, Preston nunca le había reprochado nada. Estaba dispuesto a trabajar para su padre como cualquier otro empleado, quedándose en la isla, cuando quizá hubiera sido más feliz en otro lado.

Los Saunders y los Howe se habían retirado una vez leído el testamento, seguidos por Zachary y Cerys Burns. Adelyn, Lara, y los de Tynaarlo, eran los únicos que habían permanecido en el silencio del salón. Evie se había ido con los Burns, sin duda para ver a Raelyn y aceptar su compasión.

Jayden Robbins había llegado media hora antes, y estaba con Preston en el despacho. Adelyn suponía que habían estado revisando cuidadosamente los documentos de la finca de Mason, y conforme iba recuperando su ánimo, había pensado que Preston no le pediría que cambiara de opinión y se quedara. En cuanto a él, las últimas palabras que ella le dijera en la alcoba, fueron terminantes y nada podría alterar el daño que las mismas habían causado.

Lara había intentado una o dos veces que Adelyn se le confiara, pero ella sentía que no tenía nada que pudiera decirle. Deseaba que los de Tynaarlo se pusieran ya en camino para terminar lo peor.

Casualmente, Lara la dejó sola para ir a buscar a Preston. Adelyn esperaba aprensiva su regreso. Ella pensaba que tan pronto como él apareciera, los de Tynaarlo emprenderían la marcha y llegó a una decisión desesperada. Preston no le iba a pedir que se quedara, ¿y si ella le suplicara que le permitiera quedarse? Valdría la pena intentarlo. Con el tiempo, quizá pudiera convencerlo de lo que le había dicho Evie, si de verdad la amaba...

Pero Lara había regresado sola y su expresión fue de disculpa cuando Martha de Tynaarlo le preguntó dónde se encontraba Preston.

— No está aquí — Adelyn se desanimó — . Uno de los hombres de la plantación...

Sansón y otro, han tenido una pelea y Preston ha ido a hablar con ellos. Pide que lo disculpen, que vendrá tan pronto como le sea posible.

Maddox de Tynaarlo se había puesto de pie entonces.

— Entiendo — miró a su esposa, titubeante — . Creo que quizá sea mejor que nos vayamos. Empezó a oscurecer y estamos bastante lejos. ¿No está de acuerdo, señorita Hamilton?

— Como... como usted diga — murmuró ella.

La valentía que había sentido por breves minutos, desapareció. Difícilmente se podría quedar si ellos se iban. ¿Cómo podría llegar a Saims sin su ayuda? Les había pedido que la dejaran ir con ellos y habían estado de acuerdo. No podía retractarse ahora, puesto que no tenía idea de cuándo habría otro barco.

Así que allí estaba, a bordo del Silver Wave, esperando salir de Paradis por primera y última vez. Pensaba qué haría Evie ahora, si continuaría viviendo en la isla o se iría a otro lugar. Preston, sin duda, dejaría que Evie decidiera, mientras que él...

Tembló, mirando el agua ondulante del puerto. ¿Qué haría él? ¿Se casaría ahora que era el amo de la isla? Tendría que ser el creador de una nueva generación, si Paradis tenía que sobrevivir. Si se casaba, ella esperaba que fuera con Lara. Era mayor que él, era cierto, pero lo quería y él a ella también.

El rechinar de unas llantas hizo que Adelyn levantara la vista y la dirigiera hacia el muelle. Los faros de un coche alumbraban al pequeño grupo de personas allí reunidas, tras las que se detuvo el automóvil. Alguien salió del mismo y habló rápidamente con Maddox de Tynaarlo. Adelyn advirtió que era el Jeep. Y entonces vio a Preston que subía a bordo de la lancha de motor.

La embarcación se mecía violentamente cuando Preston miraba a su alrededor, asegurándose de que no había nadie en cubierta, antes de bajar rápidamente los escalones de madera hacia el camarote. La única luz que había en la cabina era la de una pequeña lámpara en un rincón, y como estaba detrás de Adelyn, su rostro era una sombra. Pero el de él no, y cuando lo vio, pudo observar cómo se contraían los músculos de su mandíbula. La miraba ceñudo.

— ¿Qué diablos estás haciendo aquí? — le preguntó tenso, y con gran esfuerzo para controlarse agregó — . ¿Por qué has salido sin despedirte?

— No... no estabas allí — tartamudeó — . Yo... yo pensé que no querrías verme otra vez.

— Vacilante, se puso de pie.

Preston dio un paso hacia adelante y ella notó su rostro demacrado, el cabello en desorden, como si se hubiera pasado los dedos impacientemente por él y la camisa desabrochada, mostrando el metal brillante de su medallón.

Adelyn pensó que iba a decirle algo o quizá tocarla y se movió ligeramente hacia él, que miró a su alrededor y le preguntó:

— ¿Dónde están tus maletas?

Adelyn hizo un ligero ademán señalando los asientos.

— Las puse ahí abajo — lo miró azorada, al ver que las sacaba — . Preston, ¿qué estás haciendo?

— ¿Qué crees que estoy haciendo? — respondió, violento — . Tú regresas conmigo, así que no tiene objeto que dejes las maletas a bordo, ¿verdad?

— Regresar... contigo — dijo Adelyn titubeante y él se giró de repente, acercándose

más de lo que ella esperaba, los ojos perturbadoramente sensuales fijos en su boca.

— ¿No quieres? — le preguntó, emocionado, y Adelyn no podía negar el movimiento afirmativo de su barbilla. Lo miró suplicante y, con una exclamación ronca, él la abrazó.

— ¿Por qué siempre me provocas en los momentos más inconvenientes? — murmuró, enterrando la cara en el cabello sedoso — . No podemos hablar aquí, pero necesito esto... — Y su boca separó los temblorosos y dulces labios de ella.

El beso se prolongó hasta que por fin él levantó la cabeza, y ambos estaban pálidos y sin aliento.

— ¡Y me ibas a dejar! — le reprochó severamente, como resintiéndose por el atractivo que ejercía sobre él.

Antes de que ella pudiera oponerse, ya Preston había subido los escalones y estaba en cubierta, tendiéndole la mano para ayudarla a salir al aire fresco de la noche. Maddox y Martha de Tynaarlo los observaron saltar ágilmente de la lancha.

— ¿Te la vas a llevar contigo? — Preston asintió — . No te culpo.

— Ven a verme la semana entrante. Discutiremos el nuevo arreglo. — agregó Maddox

— Gracias, Maddox

Manuel ayudó a guardar las maletas en la parte trasera del Jeep. Preston se sentó junto a Adelyn, levantó la mano y se despidió de los de Tynaarlo antes de dar la vuelta en círculo para alejarse del puerto. Adelyn estaba nerviosa, esperando que Preston le dijera algo, pero él se concentraba en la conducción del vehículo y los minutos se hacían interminables. Por fin, no pudiendo esperar más tiempo, habló:

— Me dejaste creer que querías que me fuera, ¿verdad?

— Tú me dijiste con mucha seguridad que te irías — le recordó. — Eso... eso fue antes... — repuso, desconsolada.

— ¿...antes que heredara Paradis? — la interrumpió severamente — . Sí, lo sé.

— No iba a decir eso — protestó temblando — . No en el sentido que tú lo dices.

— ¿Qué otro hay?

— ¿Me estás diciendo que has venido a buscarme creyendo que la única razón por la que regresaría, es Paradis?

— Espera que lleguemos a casa...

— ¡No! — ella se volvió bruscamente para mirarlo con una expresión de tristeza — . No quiero esperar. Quiero saberlo ahora. Y si eso es cierto, ya me puedes llevar de regreso al barco ahora mismo.

— No seas melodramática, Adelyn — le contestó, cansado, mientras ella buscaba el modo de bajarse desesperadamente del Jeep. — ¡Quiero que te detengas! — exclamó, la respiración agitada — . En este momento. ¡Detente o saltaré!

Con una maldición, él pisó los frenos y, antes que Adelyn pudiera recuperarse de la repentina sacudida, la tomó en sus brazos.

— Lo siento — dijo con voz ronca, poniéndole la cara en el cuello. — Eso no es suficiente — protestó.

— ¡Oh, Adelyn! — gruñó, levantando la cabeza y apoyando la frente contra la de ella

— .Lo siento. No por no creerte, sino por fingir que lo hacía.

— ¿Fingiendo? ¿De qué hablas?

— Adelyn, yo sólo te estaba atormentando, como tú lo has hecho hoy y todos los días desde que llegaste a la isla.

— ¿Qué... qué quieres decir?

Sus dedos se metían por el escote de la camisa de algodón.

— Este no es el lugar para decírtelo — murmuró — . ¿Quieres regresar conmigo? Te prometo que te lo explicaré.

— Quieres decir... ¿Qué no crees que regreso contigo sólo porque eres dueño de la isla?

— Te hubiera hecho quedarte de todos modos — aceleró el motor otra vez — . Te dije que no te dejaría ir. Pero no creo que regreses porque sea el dueño de Paradis.

Preston no la llevó a la casa que había pertenecido a los Russell durante varias generaciones. La llevó al bungalow, con vista a la playa, donde ella había comprendido, por primera vez, que nunca podría casarse con Mason.

Preston estacionó el Jeep y la guio hacia la sala. Adelyn escuchaba el golpe de la resaca en el arrecife. ¿Oiría aquel ruido el resto de su vida? Temblaba.

¿Era mucho pedir?

Preston se adelantó y encendió la luz de la sala. Con lentitud lo siguió, cerrando la puerta tras ella. Preston corrió las cortinas y una ola de incertidumbre la invadió.

¿Podría seguir adelante con aquello? ¿Era suficiente amarlo? Él sabía que ella era inexperta. "Esperemos que sea amable conmigo", pensó.

Habiéndola traído a su casa, ahora Preston parecía no tener ninguna prisa.

— ¿Quieres beber algo? — Adelyn, que tenía el estómago vacío, negó con la cabeza.

— ¿Don... dónde está Lara? — preguntó, nerviosa, y tan pronto como pronunció estas palabras, pensó que había dicho una estupidez. Preston no se mostró disgustado.

— Se ha ido a casa, supongo — respondió tranquilo. — ¿Y... y Evie?

Al oír el nombre de su medio hermana, las facciones de Preston se endurecieron.

— En casa de los Burns. Raelyn va a tener vacaciones y creo que ella y Evie piensan ir de viaje a los Estados Unidos.

Adelyn sintió cierto alivio. Aunque las cosas no salieran como esperaba, Evie no estaría allí para humillarla.

Preston se le acercó.

— ¿Puedo hacerte unas preguntas? Tú pareces no querer hacer ninguna.

— Has dicho que me explicarías...

— Y lo haré. Antes que nada, quiero saber lo que te dijo Evie.

— ¡Oh! — Adelyn entrelazó los dedos — . ¿Evie?

— Sí, Evie. Te dijo algo, ¿no es cierto?

— Pues sí. ¿Cómo lo sabes? — su rostro mostraba alivio — . ¿Ella te lo ha dicho? ¡Oh! Esperaba que lo hiciera, pero no me atrevía a soñar...

— Ella no me ha dicho nada — la interrumpió — . No voluntariamente. Continúa, quiero saber qué fue lo que te dijo. Adelyn inclinó la cabeza. Era más difícil de lo que había imaginado.

— ¡Oh, Preston! ¿Tenemos que hablar de Evie?

— Es necesario — contestó con voz ronca — . Por lo menos, en esta ocasión.

— Pero si ya sabes...

— Quiero que tú me lo digas — insistió, alargando la mano y tomándola de un brazo — . ¿Es mucho pedirte?

— Supongo que no, pero... bueno. Ya pertenece al pasado.

— Relacionado con el presente. Adelyn, casi logra separarnos. ¿Eso no significa nada para ti?

— Antes... antes del funeral, me dijo que ahora que era la dueña de la isla, podía despedirte.

— ¿Por qué habría de querer despedirme?

— Si... si tú... si tú y yo... — sus ojos miraban implorando — . ¡Oh, tú sabes lo que dijo!

— Adelyn se encogió de hombros con tristeza.

— Está bien. Ya sé lo que dijo. ¿Qué importa? ¿Por qué no le dijiste que se fuera al diablo?

— ¡Porque me amenazó con vender la isla! — Adelyn sacudió la cabeza — . Yo sabía que tú no querías que eso sucediera, y... y yo no podía arriesgarme a que tú creyeras que eran... fanfarronerías de ella.

— ¿Por qué no?

— ¡Oh! — inclinó la cabeza — . Evie dijo que te sentirías a disgusto en cualquier otro lugar... que yo no podría compensarte por lo que perdías... que me llegarías a odiar por destruir el respeto de ti mismo...

— Adelyn — la atrajo hacia él, tomándole la cara entre las manos y acariciando sus labios con los pulgares — . Adelyn, Adelyn — gemía — , ¿no sabes que sin ti estaría perdido... completamente perdido?

— Tú no querrías dejar la isla — protestó ella y Preston movió la cabeza.

— Yo dejaría la isla en el momento que tú quisieras — le dijo con firmeza — . Si tengo que escoger entre la isla y tú... siempre ganarás tú.

— Eso está mal... tú quieres la isla.

— Te quiero más a ti — le confesó, besándole tiernamente el contorno de los labios — . ¡Oh, lo admito! No quiero irme de aquí, pero si eso es lo que tú quieres...

— Yo no quiero — exclamó ella, rodeándole la cintura y apoyándose en su cuerpo — . Sólo lo que tú quieras, eso es todo.

— ¡Adelyn! — su boca se abrió sobre la de ella y sus manos se deslizaron por los hombros, hacia la espalda.

Los dos estaban ávidos, el uno del otro. A Adelyn todo le daba vueltas bajo el ataque de sus caricias. Él exploraba cada centímetro de su rostro con los labios, que regresaban una y otra vez a la dulce humedad de los de ella. Su respiración se agitaba más y más al corresponder su cuerpo a la presión complaciente de ella.

Con un gruñido sordo, la llevó al sofá, acostándola sobre los cojines, cubriéndole el cuerpo con el suyo, haciéndole sentir el vigor de su cuerpo musculoso, tenso y excitado, y cuando sus dedos desabrocharon los botones de la blusa, ella le colocó la cabeza entre los senos.

La besó muchas veces, largamente, besos ardientes que la hacían anhelar la satisfacción que sólo él podía darle, pero gradualmente Preston fue tranquilizándose y, cuando ella protestó, le dijo con voz ronca:

— No tengo la menor intención de hacerte el amor aquí en un sofá, cuando hay una cama perfectamente cómoda en la habitación.

— ¿Me vas a dejar que me quede contigo esta noche?

— ¡Claro que sí! — murmuró, pero después se apartó de ella — Sin embargo, hay cosas que necesitan una explicación. Por qué no te dije que era hijo de Mason, por ejemplo.

Adelyn se enderezó y, con dedos vacilantes, Preston le abrochó la blusa.

— Demasiada tentación — le dijo, cuando ella levantó las cejas sonriendo — . No lo

supe hasta que tenía quizá unos siete u ocho años, pues pensaba que mi padre estaba muerto. Cuando me enteré, ¡cómo deseé que lo estuviera! — hizo una mueca — . No tienes idea de lo que fue saber que era hijo de Russell y nunca reconocido como tal.

— ¿Ya estaba casado con Amy? Ella era la madre de Evie, ¿no es así?

— Sí, eso es. Pero eso a él no le importaba. Él estaba casado con Amy cuando yo nací. Sólo que ella era mayor que él y parecía que no podría tener familia. ¡Él tenía que probar su masculinidad!

— ¡Oh, Preston!

— Evie y yo jugábamos juntos de niños. Ella no lo sabía, ¿entiendes? ¿Cómo podría saberlo? Era demasiado joven... e inocente.

— ¿Pero lo supo?

— No... hasta anoche.

— ¡Anoche!

— Sí. Traté de decírselo de muchas maneras. Ella... bueno, se interesó por mí, y tuve que hacerla a un lado. Al principio pretendí que comprendiera que era porque yo sólo era un administrador, y los dos sabíamos que Mason nunca permitiría que su hija se casara con un empleado, pero fue difícil cuando él estuvo fuera. Yo solía llamarla hermana Evie, pero me imagino que ella pensaba que era porque habíamos sido como hermanos. — Entiendo — Adelyn sintió piedad por la otra muchacha. Debió ser terrible para ella saber que tenía un hermano, además de otras cosas — . ¿Qué pasó anoche?

— Anoche... en la fiesta... no me dejó solo. Yo no me atrevía a hablarte mucho, porque ella empezaría a sospechar que había algo entre nosotros y convencería a su padre para que se deshiciera de mí. Yo sabía que si dejaba la isla, tú te casarías con él...

— ¡No! — Adelyn le oprimió la mano contra su mejilla — . ¡No, no lo hubiera hecho!

— ¡Pero llevabas puesto su anillo!

— Déjame explicarte eso. Yo... después que estuve contigo en la playa, las cosas empezaron a ponerse mal, ya sabes lo que quiero decir. Y esa noche, la noche de la cena, yo le quise decir que todo había terminado, pero él entró en mi habitación con el anillo y... después de dármelo, él... él trató de... bueno, me besó y... y... lo... lo odié. Yo quería que se estuviera quieto, pero él no lo hacía y luego... luego, cuando logré alejarme de él, dijo que lo sentía. Pero no era cierto.

— ¡Oh, Adelyn! — los ojos de Preston se ensombrecieron, y con pasión se inclinó hacia ella — . No tenías que darme ninguna explicación.

— Quería decírtelo — susurró, dejando que sus labios acariciaran los de ella ligeramente. Luego Preston se echó hacia atrás y añadió:

— Así que... salí temprano de la fiesta, pero Evie me siguió. Mason debió verla salir porque fue tras ella y se lo dijo... tan insensible, tan duro... que estábamos emparentados. La destrozó, realmente. Pero no lo demostró. Hasta después...

— ¿Después? — Adelyn estaba perpleja — . ¿Quieres decir... después que yo salí de la casa?

Preston asintió.

— ¿Te dijo Lara que Mason estaba todavía con vida cuando yo llegué a la casa esta mañana? — Adelyn afirmó y él continuó — . Estaba moribundo... Tenía el testamento en la mano e insistía en que yo debería guardarlo, no dejando que Evie lo viera. Yo... tuve que acceder. Él estaba desesperado. Me dijo que ella le había dicho unas cosas imperdonables, y que él le había pedido a Saunders que estuviera allí porque quería

cambiar el testamento. Creo que lo iba a cambiar a tu favor.

— Gracias a Dios que no lo hizo — murmuró Adelyn.

— No sé. Quizá debió hacerlo; de cualquier modo, tu huida lo hizo cambiar de opinión otra vez.

— Evie debió suponer que él haría algo...

— No — Preston sacudió la cabeza — . Él. me dijo que Evie se burló diciéndole que ya no podía hacer nada ahora y lo amenazó con vender la isla en cuanto la heredara y otras cosas desagradables. Y Mason se vengó.

— ¡Qué horrible! Preston asintió.

— Me sentí mal. Muy mal. Tuve ganas de romper el testamento. Pero me hizo jurar por la vida de mi madre que yo no lo haría, y creo que si no hubiese estado de acuerdo, habría obligado a Brandon a ir a buscar a Tanner o Maddox o alguien más.

— Pobre Preston. ¡En qué situación te colocó!

— Que en nada mejoró cuando me dijiste que te irías.

— Tú sabes por qué.

— Ahora ya lo sé. Gracias a Lara.

— ¿Lara? — Adelyn se puso tensa.

¿Aquella mujer siempre tenía que estar detrás de todo, lista para recoger los pedazos si algo iba mal entre ellos?

— Sí, Lara. Tú le habías hablado, ¿no es cierto? Le hiciste una pregunta algo hipotética sobre si yo dejaría la isla.

— Pues... sí.

— Sí, ella me lo contó. Eso fue lo que me hizo sospechar.

Adelyn estaba azorada. De haberse hallado en el lugar de Lara, no hubiera hecho otro tanto por ella.

— ¿Has hablado con Evie?

— Sí. Pero no quiero hablar de eso ahora.

— Sin embargo, ella te ha informado de lo que me había dicho a mí.

— Sí, en efecto. ¡Después de desahogar su ira por las injusticias de la vida! — rió con tristeza — . ¡Oh, pero no pensemos más en Evie en este momento! Tarde o temprano lo tendremos que hacer, pero ya lo arreglaremos. Ella estará más tranquila viviendo en los Estados Unidos después que nos casemos.

— Después... que nos... casemos... — repitió débilmente.

— Tú te vas a casar conmigo, ¿no es cierto? — le preguntó y ella vio la mirada de tormento en sus ojos al esperar la contestación.

— Sí... si tú me quieres. — Una inmensa gratitud hacia Lara la invadía.

— ¿Si te quiero...? — la hizo sentarse sobre sus rodillas, lastimándole la boca con la suya al besarla — . ¡Por Dios! ¿Qué piensas que quería?

— No... no lo sabía — tartamudeó — . Tú parecías saber... es decir... había otras mujeres...

— ¿Qué otras mujeres? — gruñó.

— Bueno, pues... Raelyn...

— Nunca he tenido nada que ver con ella.

— Entonces, la hermana de Jayden Robbins, ¡Daxton!

— ¿Cómo sabes de ella?

— Él... él me dijo...

— Me gustaba Daxton, es cierto. Siempre me han recibido bien en su casa. Pero cuando tú llegaste a la isla... — sonrió — , me maldije por ser tan tonto, pero ya no hubo ninguna otra mujer.

— Pero... Lara...

— ¿Lara? — la miraba incrédulo — . ¡Por Dios! ¿No lo sabes? ¿No te lo dijo ella? ¡Lara es mi madre!

— ¡Tu madre!

— ¡Por Dios! ¿Qué habías pensado? — Preston se reía.

— Así... así que por eso quería ver a tu... tu padre. — Sus ojos mostraban preocupación — . Sería muy joven cuando tú naciste.

— Tenía quince años. Su padre dirigía el colegio, tal como lo hace ella ahora. Era medio criollo, creo. Mi padre no la dejaba en paz, la perseguía. Ella era mucho... mucho más deseable, supongo, que Amy. Cuando yo nací, él sobornó a mi abuelo para que no le dijera a nadie que la criatura era suya.

— ¡Oh, Preston!

— De todos modos, yo crecí en la isla, y cuando tuve la edad suficiente, Mason pagó mi educación en Gran Bretaña. Lo odiaba, pero sabía que era el único modo que tenía de poder recibir una buena educación. Después, él se dio cuenta de mis posibilidades y me empleó como su administrador. No tenía que aceptar el empleo, pero luego pensé que Lara tenía todo el derecho de ver a su hijo convenientemente situado en la isla y ella me importaba demasiado. Luego llegaste tú...

— Evie me dijo que ni tú ni ella me queráis en esta isla.

— Es verdad. No quería que te casaras con Mason, usurpando el lugar que, en mi opinión, le correspondía a mi madre.

— Preston...

— Eso fue antes de conocerte, antes que empezaras a meterte muy dentro de mí...

— ¿Y luego?

— Después no quería que te casaras con él porque te deseaba para mí. Adelyn sintió un escalofrío.

— Cuando conocí a Lara, Mason se portó algo raro, el día que me llevaste a la casa. Él estaba enojado, pero cuando le dije que había estado en el colegio, cambió. Me acuerdo de que me preguntó qué me habías dicho tú. No entendí entonces, claro.

— Supongo que estaba pasando un mal rato. Probablemente, ésa fue la razón por la que después vino a verme a mi casa. Tenía que estar seguro.

— Pero tu nombre es Harvey y el de Lara es Fowler.

— Mi madre se casó... hace como diez años. Él era un misionero, que vino a visitar al padre Negesco en St. Germain. Desgraciadamente, lo mataron en América del Sur a los dieciocho meses de haberse casado.

— Entiendo — Adelyn suspiró — . Y lo siento.

— La verdad, no creo que en realidad Lara quisiera casarse. Creo que al único hombre que amó, fue a mi padre.

— Y no obstante, no fue hostil conmigo... como Evie.

— Ella no te culpaba a ti, entiende — le dijo Preston suavemente, acariciando su cabello — . Ella conocía sus debilidades, tal como tu conoces las mías.

— ¿Las conozco? — susurró.

— ¡Oh, sí! — sus labios le acariciaron los párpados — . ¡Tú eres mi debilidad, maldita

seas!

— ¿Maldita? — Los labios de Preston se deslizaron a sus orejas. — Sí, maldita por hacerme que te necesite más que a la propia vida.

— ¡Oh, Preston!

— Tú nunca sabrás todo lo que pasé después de aquella escena en la playa — murmuró — . Por Dios, ¡quería ir a la casa, llevarte ante Mason y hacer que te echara! Me mantuve alejado porque no tenía valor para herirte.

Ella deslizó los brazos alrededor de su cuello.

— Temía que vinieras — confesó — . Creí que me odiabas.

— ¿Odiarte? — gruñó — . Bueno, quizá sí te odiaba. Muchas veces, es cierto, estuve muy cerca de hacerlo.

— ¿Todavía crees que me casaba con Mason por su dinero? Preston se quedó pensativo.

— Creo que tú pensabas que no. Parece que el lado romántico de vivir en el Caribe tuvo mucho que ver con que consintieras.

— Quizá tengas razón. Pero... — titubeó — , si alguna vez quieres irte de aquí, viviré contigo donde sea. En una cueva si es necesario.

— Así es como debe ser — dijo burlonamente — . ¡Oh, Adelyn! Casémonos rápido. Quiero hacer las cosas bien esta vez.

— Cuando tú quieras — murmuró; él la besó apasionadamente. — Tan pronto como se pueda arreglar todo. ¡Diablos! Nunca pensé que tendría algo por lo que darle las gracias a mi padre. Sin él, nunca te hubiera conocido y le estoy muy agradecido, lo aprobará él o no.

— ¿No crees que lo aprobase? — inquieta, apretaba el medallón de bronce.

— Él debió saber dónde estabas anoche y, sin embargo, me dejó Paradis. No era ningún tonto — Preston se encogió de hombros.

— ¿Fui... fui yo... tú crees que yo fui culpable de que sufriera el ataque? — titubeó, expresando la pregunta que la había preocupado todo el día.

— Adelyn, nadie tuvo la culpa de su ataque. Él se lo causó. Pasaron tantas cosas... la fiesta, su abuso con la bebida, el disgusto por lo de las camas, y finalmente Evie... Su corazón no aguantó. Ya oíste lo que dijo Burns.

— Sí — Adelyn asintió — . Pero de todos modos, la gente hablará.

— ¿Te importa?

— ¿Y a ti?

— Yo conozco la isla y sus gentes. Ellos respetaban a Mason, aunque sólo en apariencia, lo sé.

— Les dio tierras para vivir de ellas.

— Que permutaban entre ellos mismos — dijo Preston, lacónico.

— Quieres decir...

— Quiero decir que ellos olvidarán a Mason como me olvidarán a mí.

— ¡Oh, Preston!

— Bueno, dejemos ya eso — le ordenó suavemente — . Ahora dime, ¿dónde quieres vivir? ¿En la Casa Grand?

— ¿Es necesario?

— No. Estoy pensando ofrecérsela a Zachary. Él podría tener un hospital más grande y yo construir una casa nueva para nosotros.

— ¡Eso suena maravilloso! ¿Qué pasará con Lauryn ... y Brandon?

— Naturalmente, se quedarán con nosotros.

— ¿Y Sofia?

— Eso depende de ti — sonrió él.

— Se puede quedar — dijo Adelyn con una mirada traviesa y Preston se echó a reír a carcajadas.

— ¡Oh, Adelyn, Adelyn...! — exclamó, estrechándola de nuevo apasionadamente contra su cuerpo — . ¡Vamos a ser tan felices...! Era algo que ella no pensaba discutirle.